

DESTROZAME LA VIDA



MARTA MONROY



DESTRÓZAME

LA VIDA



Primera edición: Junio de 2021

©2021, Marta Monroy

Portada: Tatiana Mier (@tatiana_mier)

Corrección y maquetación: Marta Monroy

Con la colaboración de:

www.autoresconectados.com

ISBN: 9798511579467

©Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización por escrito del titular del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Sinopsis

Me creerías si te digo que un día abrí los ojos y me encontré sumergida en una relación tóxica. Me creerías si te digo que puedes acabar siendo consciente, queriendo incluso escapar de esa relación.

Me creerías si te digo que siempre hay una mano amiga que tendrás delante. Una persona que verá la vida que puedes vivir y que tú no ves con claridad.

Me creerías si te digo que el miedo siempre te acompañará. Que no solo tendrás que superarlo, sino aprender a vivir con él.

Me creerías si te digo que lo difícil no es estar en este tipo de relaciones, sino todo lo que viene cuando sales de ella.

Hola, soy Vicky, y esta es mi historia.

«Queremos historias que nos lleguen al corazón y esta sin duda es una de ellas».

@librossinmiedo

«Muy bien trabajado el tema».

Nina Vera

«Una historia de superación, amor..., y contada con una delicadeza absoluta. Tierna y dura por igual; realista y esperanzadora».

Sonia R. Salvante

«...queda un poso de ternura, no de rabia, cuando acabas de leerla».

@aredboots

«Era el hombre que la miraba con ternura, le dedicaba frases preciosas y le hablaba sucio en la cama. El que acataba sus deseos con paciencia, pero aparentaba necesitar entenderlos. El que se encerraba en su despacho durante horas y después la fascinaba con monólogos inteligentes o asombrosos. El que cargaba con un pasado que prefería no desvelar, aunque luego te soltaba lo primero que se le pasaba por la cabeza sin filtro alguno. Roberto era el que tenía un frigorífico doble que te fabricaba el hielo a demanda y al que se podía programar para hacerte la compra, pero hacía el café en una vieja cafetera italiana porque aseguraba que era el que más le gustaba. El que se compraba casi todos los DVD de las nuevas películas y series que salían al mercado, mas no estaba para nada interesado en la televisión por cable. El que escuchaba ópera y música clásica, aunque la sorprendía nadando a ritmo de Eminem, tal y como había sucedido el día anterior. Roberto era único y tan especial que, más a menudo de lo que quisiera reconocer, se cuestionaba qué diablos había visto en ella».

Vencer al miedo. Jaque
Sonia R. Salvante

Prólogo

—¿Sabes por qué estás aquí? —preguntó la psicóloga a la mujer asustada que se encontraba sentada frente a ella. Parecía mentira... Una mujer con ese porte, alta, de ojos llamativos, e incluso vivos; inmersa en una situación así. Aunque para ser claros, ninguna mujer tenía un perfil preconcebido para cubrir dicho rol. Era mejor no preguntarse los motivos por los que sucedían estos hechos. Sonia lo sabía, su experiencia se lo mostraba día a día.

Biel, el hombre que la había acompañado hasta allí y viejo conocido de la profesional, esperaba fuera, desesperado por la pobre Vicky. Hacía dos días que le había llamado y, desde mucho tiempo antes, ya sabía cómo ayudarla, por eso no dudó en llevarla a la consulta de Sonia. Había conocido a esa psicóloga y sus métodos de la mano de su propia hermana que, como Vicky, tuvo la mala suerte de cruzarse con uno de los muchos cabrones que andaban sueltos por el mundo.

Vicky, frente a la prudente Sonia, asentía ante la pregunta con una actitud cohibida. Tenía claro el motivo de su presencia en aquella consulta. Pero el hecho de ser consciente no lo hacía que fuera más fácil de llevar. Estaba asustada e intranquila. No sabía qué iba a suceder a partir de ahora y esa incertidumbre la abrumaba.

—Bien —continuó la psicóloga ante aquel mutismo—. Pues voy a contarte un poco cómo funcionamos. Después de oírlo, podrás tomar tu propia decisión. ¿Te parece bien? —Sonia mantenía una actitud relajada y cercana, y más sabiendo lo importante que era mostrarse abierta ante mujeres que habían pasado por experiencias tan duras—. El programa consta de una serie de sesiones individuales. En ellas, trataré de enseñarte formas distintas de enfrentarte al miedo, a la ansiedad, a afrontar nuevas situaciones; o lo que surja y necesites. —Decidió continuar al ver que Vicky no la interrumpía—. Además, cuentas con las sesiones grupales. Serían dos o tres días a la semana, y la participación en esos casos es totalmente voluntaria —se apresuró a aclarar cuando los ojos de Vicky se abrieron de esa manera que solo el pánico consigue—. Estarán ahí para cuando estés preparada para ello, aunque eso sea dentro de años. Pero me gustaría que estuvieras abierta a escuchar a personas que han vivido lo mismo que tú. Créeme que ayuda.

Vicky se mantenía en silencio. No sabía si era adecuado hablar o no. Hacía mucho tiempo que las decisiones de su vida no venían tomadas por ella misma y, ahora, a pesar de lo que todo el mundo podría suponer, no se veía capaz de expresar lo que anhelaba. ¡Ni tan siquiera sabía qué quería!

Llevaba dos noches en casa de Carolina, madre de unos amigos de la juventud entre cuyos hijos se encontraba Biel. Sola, en Madrid, lejos y distanciada de la poca familia que tenía y... aterrorizada, confundida, agobiada... Tanto era así, que hasta pensaba que no era su vida la que estaba viviendo. Esos dos días, solo se había dejado llevar por las peticiones y sugerencias de la madre de Biel, y por las de él mismo, pero, a fin de cuentas, era lo que mejor le salía, hacer caso sumiso a todo lo que le pedían.

Las lágrimas invadieron sus ojos, esas lágrimas de impotencia y desesperación, y no pudo contener sus sollozos que se hicieron con el control de su cuerpo. Sonia, cariñosa, pasó su mano por la espalda de Vicky, aunque sabía que el verdadero consuelo no se encontraba ni tan siquiera cerca, y la dejó llorar de la manera desconsolada en que lo hacía.

Bokeh

(Calidad subjetiva del enfoque)

Inquietud. Eso era lo que sentía Biel al ver que la hora de la sesión terminaba, y que nada había cambiado con respecto al momento de inicio ni con respecto a las sesiones anteriores. Miraba de reojo hacia su lado izquierdo, esperando algún movimiento por mínimo que fuese, pero nada. Ella no hacía nada. Permanecía quieta, atenta quizá, o tal vez ausente; ni siquiera era capaz de interpretar qué pasaba por la cabeza de Vicky. Cada vez dudaba más de que aquello fuera una buena idea a pesar de que la psicóloga, y ya amiga, se lo hubiera repetido miles de veces, y que incluso hubiera tenido la experiencia con su propia hermana.

Cuando todo terminó, esperó a que los miembros que componían aquella extraña reunión se concentraran junto a las mesas de refrescos y canapés que, en todas las sesiones, preparaban los mismos asistentes. Esperó también a que ella se colocara tímidamente en su esquina de siempre, e incluso esperó, a pesar de esa inquietud que se lo comía por dentro, a que entablara conversación con alguien. Fue entonces cuando vio el momento idóneo para salir de allí en busca de Sonia que, como hacía habitualmente, abandonaba la sala unos minutos para regresar después a tomar algo con sus pacientes.

—¡Sonia! —gritó para detener sus pasos—. Necesito hablar contigo —dijo una vez a su altura.

La psicóloga observando su semblante casi rabioso le hizo un gesto para que entrara en su despacho. Ella ocupó su sillón y él, a pesar de la invitación de Sonia para que tomara asiento, declinó su oferta y siguió de pie paseando por la estancia, mostrando con esa conducta que la charla que le esperaba a la psicóloga no sería fácil.

—¡Cuatro meses, Sonia! ¡Llevamos viniendo a estas sesiones dos o tres veces por semana durante cuatro meses! —La irritación iba dominando sus palabras y su voz amplificando el volumen.

—¿Y? —preguntó ella con total tranquilidad.

—¿¡Cómo que «y»!? Tengo claro que sería lento, ya sabes que conozco el proceso, pero esto... Me parece demasiado. Ni mi hermana tardó tanto en contar su historia.

—¿Y qué prisa tienes? Ya te he dicho que cada persona es un mundo y gestiona sus vivencias de forma distinta.

—Sonia, por favor... —protestó sin saber bien por qué lo hacía. Era una sensación interna la que le pedía a gritos que Vicky saliera ya de la pesadilla en la que vivía.

—Voy a preguntártelo mejor: ¿Qué interés tienes, Biel? —formuló la pregunta queriendo descubrir una respuesta rápida, sin embargo, obtuvo un silencio que duró algunos segundos más de lo esperado—. Entendí tu prisa y necesidad cuando era a tu hermana a la que acompañabas, y a la que te unen lazos de sangre, pero... ¿ahora...?

—Es mi amiga. —Y lo dijo como si ese apego fuera motivo más que suficiente para que el ansia lo empujara de esa forma y, además, justificara su actitud.

Él se había desplazado con su enorme altura hasta la ventana del despacho, aquella que daba al edificio de enfrente. Sin mirar nada en concreto, como si hubiera perdido el punto exacto en el que fijar la vista, soltó:

—No te lo creerías, pero mis motivos tengo —añadió tras darse cuenta de la pobreza de sus palabras anteriores, mientras pensaba si alguien aceptaría la opción de enamorarse de la risa de una persona como posible fundamento. Cambió sus ojos de dirección y los clavó en Sonia sabiendo que no le contaría nada. ¡Era una locura!

Guardó sus manos en los bolsillos de su pantalón y con la mirada dirigida a sus propios zapatos, relató el suceso que pensó que ella vería como algo propio de chiquillos.

—Vicky entró en casa hace tantos años que parece que fue en otra vida. Mi hermano hacía acto de presencia con una chica de su mano. Creo que rondaba los quince años. No la vi de pronto, fue su risa tras una broma que mi padre hizo para romper el hielo la que me llevó a salir de la habitación, aquella donde permanecía veinte de las veinticuatro horas encerrado. Nunca he sido muy sociable, ya ves.

Se encogió de hombros como dando esa información por sentada. Pero sus ojos se clavaron de pronto en los de Sonia. Parecían buscar dentro de las pupilas de la psicóloga la respuesta a la pregunta que desde entonces rondaba sus días y sus noches.

—¿Sabes cuando buscas algo en concreto en una persona? —Retiró sus ojos sabiendo que podía incluso tildarlo de loco—. Eso me pasó a mí con ella. Cuando la oí reír junto a mi hermano... Aquella risa... Al verla, preferí no haber salido de allí. Sus enormes ojos y esas mejillas rosadas rodeadas por su siempre rebelde pelo negro llamaron la atención de todas mis hormonas. Imagina, era un crío a punto de estallar.

»Pasé mal aquel noviazgo que afortunadamente solo duró un año. Ella se marchó de la ciudad con su familia a su pueblo natal, lo que supuso que todo lo que había entre ella y Tito se terminara con la distancia. Te mentiría si no te dijera que para mí fue doloroso a pesar del alivio que suponía. ¿Sabes qué es que te guste la novia de tu hermano? —Un suspiro por su parte dejó clara la respuesta—. En muchas ocasiones pensé que era el verla como una mujer. Ya sé que no lo era —sonrió como si de aquel chiquillo de entonces se tratara—, pero para mis doce inocentes años lo parecía. Créeme que lo parecía. Quizá sus curvas no estaban tan marcadas, o su mirada tan vivida, pero era tan hermosa... Como ahora —soltó esto último en un susurro que pretendía no ser oído—. No pude olvidarme de aquella risa, incluso la busqué durante años, pero nadie podía brillar como ella mientras reía. Creo que es el motivo que me empuja a ayudarla... Un recuerdo, si quieres verlo así.

—Biel, ¿estás enamorado de ella? —preguntó Sonia entendiendo que un hombre con el carácter cerrado de él, no lo diría abiertamente. Pero no hizo falta. Su mirada, o lo que podía verse en ella, fue señal más que suficiente para aclararle los motivos de que estuviera tan ansioso, por lo que no insistió—. Sabes que tarde o temprano hablará. Hay mujeres que necesitan más tiempo que otras, depende mucho de su propia personalidad, pero lo conseguirá. Lo que sí tengo claro es que forzarla o insistirle no es lo recomendable. —Añadió obviando la pregunta que había hecho tan directamente.

—Lo sé —contestó Biel cabizbajo—. Confía en que no lo haré. No quiero hacer nada que pueda perjudicarla. Nunca.

—Siento no haberte ayudado. Lo único que has podido es desahogarte.

—Bien que me ha venido.

—Biel —dijo ella haciendo que la atención de aquel hombre se concentrara en sus ojos que se habían acercado hasta él—, solo quería decirte que no puede tener a su lado a un hombre mejor que tú. Todo lo que haces por ella es... Creo que no tiene palabras.

—Solo quiero que se recupere y esté bien con ella misma. Quiero ver en ella los cambios que vi en mi hermana —aseguró, asintiendo levemente ante el apoyo que las palabras de Sonia intentaban brindarle.

Volver a recordar a su hermana le evocó todo lo que ya había vivido en cada sesión; en lo irónica que podía ser la vida que ponía en su camino dos mujeres con la misma mala experiencia. Una sonrisa de resignación asomó leve por sus labios, lo suficiente para que Sonia se percatara de ella y posara una de sus manos en su antebrazo en señal de apoyo.

Ninguno de los dos, que permanecían concentrados en aquel pensamiento, escucharon los golpes que sonaron en la puerta, la cual, acto seguido, se abrió. La cara apenada y triste de Vicky se asomó por la

apertura. Cambió su expresión por una de culpabilidad al pensar que había interrumpido algo que pasaba entre ellos.

—Lo siento —murmuró rápido mientras cerraba y volvía nerviosa a la sala con los compañeros de sesión.

Biel se libró del roce de la psicóloga y corrió tras Vicky.

—¡Espera! —gritó más alto de lo que hubiera querido, pero su miedo a que ella se sintiera mal era mucho mayor que su cordura en ese momento.

Consiguió asirla del brazo y los ojos de Vicky se abrieron desmesuradamente. Él, al ver la reacción, la soltó rápido. Se sintió un idiota por hacer esas cosas con ella. ¡Es que no aprendía!

—Vicky, yo... Siento haberte agarrado así. —Intentó seguir de corrido, pero sabía que había metido la pata con aquel contacto tan impetuoso—. No tienes nada que sentir —continuó con su intento de mejorar el estado emocional de aquella mujer—. Solo estaba hablando con Sonia.

—Oh, no tienes que darme explicaciones, de verdad, lo siento mucho, no debí...

—Vicky, por favor, no más lamentarse de los actos. No has hecho nada malo.

Ella, casi asustada, asintió, pero el resto de su lenguaje corporal demostraba todo el daño que pueden hacer las vivencias. Biel, paciente, y con un poco más de control sobre la situación, posó suavemente su dedo índice en la barbilla de Vicky, elevándola, e hizo que sus ojos se encontrasen.

—No has hecho nada malo. ¿Está claro? —Intentó no sonar contundente para evitarle a ella malas sensaciones, así pues, junto con las palabras que salían de sus labios, estos mostraron una enorme sonrisa.

Vicky volvió a asentir algo más convencida y, como pudo, respondió con otra sonrisa que contentó a Biel lo suficiente como para volver con el grupo. Allí pasaron un tiempo más, hasta que algunos de los asistentes comenzaron a despedirse de Sonia y de todos los demás. Ese fue el momento en el que Biel, con un tono de voz de lo más dulce y con su mano en la espalda de Vicky, se acercó a su oído para preguntarle si deseaba irse ya.

—Cuando tú quieras.

—Lo tomaré como un sí, a pesar de que no es la respuesta que me gusta oír —admitió él. Esperaba que algún día le llevara la contraria, lo hiciera enfadar incluso, o que impusiera por una vez sus deseos.

Fueron a despedirse de Sonia y salieron del edificio en el que se reunían los martes, jueves y algunos sábados. Al llegar al coche de Biel, este abrió la puerta del copiloto invitándola a pasar.

—¿Te llevo a casa? —cuestionó extrañado al verla tan quieta.

—Prefiero ir... Verás, yo... —Vicky no sabía cómo declinar su oferta, que, por otra parte, era la de todas las sesiones, ya que se encargaba tanto de recogerla como de llevarla de vuelta—. Hoy prefiero ir andando, necesito pensar. —Su reacción más inminente fue agachar la cabeza, acto que ya parecía ser reflejo ante cualquier comentario que ella sospechara pudiera sentar mal a su oyente.

—¡Eh! —Biel llamó su atención y volvió a buscar su mirada, pero en esta ocasión no levantó su barbilla, sino que bajó sus ojos hasta dar con los de ella, lo que lo llevó incluso a agacharse—. Eres libre de hacer lo que te apetezca. Me entristece que no quieras mi compañía, pero... —dijo esto último soltando cierto sentido del humor en sus palabras. Solo quería que no se sintiera mal.

—No es eso, de verdad... —se apresuró a decir.

—Lo sé, Vicky, lo sé. Te vendrá bien el paseo.

Biel acercó sus labios a una de sus mejillas y dejó allí un beso tímido, sensible, cariñoso y no tan lento como le hubiese gustado. Ella sonrió por el gesto y comenzó a andar en dirección a la que ahora era su casa.

—¡Vicky! —la llamó él antes de que le diera lugar a alejarse—. Sonia y yo no tenemos nada.

—No tienes que darme explicaciones, ya te he dicho...

—Lo sé, sé que no tengo obligación ninguna, pero quería que lo supieras. Simplemente, me quedo más tranquilo —soltó con una sonrisa que hacía que cualquiera confiara en él.

Así, con aquella información que en parte agradecía, echó a andar dirección a su casa mientras por el camino pensaba qué hacer con su vida.

Trípode

(Aparato para evitar el movimiento)

Aquella mañana Biel llegó demasiado pronto, o demasiado tarde según sus propios deseos. Su madre y Vicky andaban desayunando en la cocina cuando entró.

—Buenos días, chicas —dijo animado al ver a las dos mujeres con tanta complicidad.

—Buenos días —contestaron ambas mientras algunas risas escapaban de sus bocas.

Biel las observó más detenidamente, queriendo encontrar el foco de su buen humor. Fue su madre, Carolina, la que sacó de aquel misterio a su hijo.

—Cariño, apostábamos cuánto tardarías en llegar —rio a la vez que decía aquello—. Ninguna hemos acertado. Has venido antes de lo previsto incluso para las dos.

Entonces Biel, sonriendo a la vez que ellas, vio que su madre llevaba demasiada razón. Vicky aún lucía su pijama y casi podía decir que su pelo estaba demasiado revuelto para lo que era habitual. Sus mejillas mantenían el color rosado que tanto le gustaba y que daban al rostro de aquella muchacha cierta candidez.

—Pues si ninguna habéis acertado, gano yo, ¿no? —soltó queriendo formar parte de aquel juego que tanto parecía gustar a las dos.

—No —dijo Vicky sin parar de reír por la ocurrencia de él—, eso sería como hacer trampas y tú no eres ningún tramposo.

Biel sonrió hasta que su mueca se reflejó en los enormes y hermosos ojos de Vicky. Le encantaba encontrarla de tan buen humor, más aún teniendo en cuenta que era sábado por la mañana y que ese día, precisamente, tenían sesión. Ella, tímida al ver cómo los ojos de Biel se hacían notar con ese extraño brillo que percibía en algunas ocasiones, se levantó sin tan siquiera alcanzar por ello la barbilla del hombre que se erguía ante ella, y eso que no era precisamente una mujer bajita. Cogió aire con tanto pudor que sentía que lo estuviera robando y detectó, en esa bocanada, el aroma tan característico que la llevaba a alejarse de todos los males.

Le debía mucho a aquel hombre, demasiado. Nunca en la vida podría pagarle lo que estaba haciendo por ella. Ni a él, ni a su madre, ni a su hermana... Eran tres personas muy importantes en su vida actual. Incluso Tito, el hermano mayor de Biel, y su primer amor, había llamado desde los Estados Unidos para hablar con ella en varias ocasiones. Eran una familia increíble, y jamás podría compensarles por todo el apoyo que de ellos recibía.

—Voy a darme una ducha, no tardo —titubeó cuando tuvo la sensación de que por el momento tenía bastante aroma de Biel en sus fosas nasales.

En el baño, mientras el agua recorría su revuelta melena empapándola poco a poco, vino a su cabeza la imagen de su salvador en aquel reencuentro tan afortunado. Recordó cómo se sintió al recorrer su altura, encontrar su pelo rubio, su fuerte espalda o su mirada tan penetrante que aquellos iris marrones no sabían esconder. Cerró fuerte los ojos para quitar de su mente cualquier reflejo más allá de la amistad que ahora tenían. No quería perjudicarle, y ella estaba tan cargada de problemas que prefería no compartirlos con nadie, mucho menos con él, ya que hacerlo no sería más que una manera de destrozarle la vida tal como habían hecho con la suya.

Mientras Vicky se duchaba y preparaba, Biel y su madre tomaban café en el mismo lugar donde había estado sentada ella segundos antes.

—Biel, te noto raro —dejó caer Carolina como quien no quiere la cosa.

—¿Raro? —preguntó él casi ofendido.

—Cariño, no puedes negarme que Vicky te trae un poco descolocado.

—Pues si ya sabes qué pasa, ¿por qué me preguntas?

—Quiero que me digas qué pasa con ella. Creo por su actitud contigo que no ha pasado nada entre vosotros, pero también veo que tú cada vez quieres más... Y los dos sabemos que no está preparada.

—Lo sé, mamá, lo sé —contestó él demasiado apenado porque realmente era así—. Es solo que hay días que no tengo prisa... Y otros... Es tanta la que tengo que la obligaría a que soltara todo.

—No queda mucho para eso. Ten paciencia, cariño. —Su madre acarició su mano tratando de calmar la desazón que veía en él.

Como madre, Carolina no quería ver cómo su hijo lo pasaba mal por la situación que envolvía a aquella muchacha, pero no podría dejar que Biel actuara mal con ella, nunca lo permitiría. Dormía tranquila porque estaba segura de que el pequeño de su familia la trataba con tanto amor como sus ojos transmitían en cada una de sus miradas. Además, era consciente de que su marido, antes de morir, había hecho una muy buena labor educativa junto a ella, tanto con él como con sus hermanos.

—Estás tan enamorado que hasta me duele verlo. —Carolina no callaba una. Era una mujer con muchas cualidades, pero la discreción no estaba entre ellas.

—¿Tanto se me nota?

—Digamos que, si ella no lo ha visto ya, debería graduarse la vista. Aunque dicen que siempre la otra parte implicada es la última en enterarse.

—Ella lo sabe —farfulló aquello para calmar la inquietud que pudiera surgir en su madre—, o eso espero.

—¿Se lo has dicho? Eso sí que no me lo creo. Te conozco. Sé que serías capaz de mover la pirámide de Keops piedra a piedra para demostrarle que estás enamorado de ella, antes que decírselo. —La risa de Biel respondió por él. Estaba claro que su madre lo conocía demasiado.

—La besé. Antes que todo esto empezara, antes incluso de que decidiera dejar al malnacido ese. La besé cuando descubrí en sus ojos un atisbo de la Vicky que fue antes, cuando vi las lágrimas caer por sus mejillas, esas lágrimas que te muestran que te has dado cuenta de lo que está pasando a tu alrededor... Cuando fui testigo inédito de que quería dejar la vida que llevaba. Es cierto eso que dices, siempre el más implicado es el último en saberlo. Y no sabes cómo me jode no haber aparecido antes en su vida. La besé el día que me llamó porque se sentía superada por todo. Justo antes de traerla a casa. En aquel instante, con sus lágrimas por el dolor de lo vivido y el odio instalado en sus ojos, comprendí... —calló por no ser capaz de sincerarse ni con su propia madre—. Ni siquiera creo que se diera cuenta de aquel beso en el estado en que estaba.

—Hijo... Siento tanto que el amor te esté complicando la vida.

—No, mamá, no lo sientas. Estoy donde tengo que estar, donde quiero estar. Y todo lo que vivamos, tanto ella como yo, servirá para hacernos más fuertes.

—Eso espero, hijo. No desesperes. Fuiste capaz de estar todo un año aguantando que tu hermano saliera con ella, creo que ahora no será peor.

—¿Cómo sabes que...? —La incredulidad se instaló en su rostro tan exagerada que Carolina tuvo que reír al ver la expresión que se dibujó en el semblante de su hijo.

—¿Nunca has oído que las madres lo sabemos todo? —Carolina reía viendo como aquel hombre que encerraba a su pequeño Biel seguía observándola.

Tras unos segundos de silencio, la seriedad volvió al rostro de ambos, y fue cuando Carolina aprovechó para darle a Biel una información que atesoraba desde hacía un par de días.

—Hoy será. Hoy Vicky ha decidido que tiene que hablar. No digas que te lo he dicho, e igual al final

no se atreve. Ya sabes que esto no es solo querer, luego tienes que dar con el valor suficiente para hacerlo.

—Pero, ¿te lo ha dicho ella misma? —preguntó ansioso porque había llegado el primer paso de la recuperación de su amiga.

—Me ha dicho que tiene ganas de contar su historia. Que durante estos meses ha comprendido todo y que está capacitada para contarlo, pero...

—¿Pero...?

—Valor, hijo, le hace falta valor.

—Lo importante es que al menos contigo se esté abriendo. Ya es un paso. Está claro que hice bien en proponerle que viviera aquí. —La mirada que Carolina le dirigió a su hijo no concordaba con el comentario que este acababa de hacer.

—¿Seguro?

—Bueno me hubiera gustado más que se quedara en mi casa, para qué vamos a engañarnos, pero sé que no era lo mejor. Mi trabajo no me permite algunas veces ni dormir en mi apartamento. No quería que estuviera sola y a ti la compañía tampoco te venía mal.

—Pues la verdad es que no. Además de que Vicky es ya como de la familia.

—Lo sé, mamá. Sé cuanto la aprecias, solo hay que veros juntas. Pero no te encariñes demasiado porque, en cuanto todo esto pase, pienso devolverle el lugar en mi apartamento que le corresponde.

La risa de Carolina fue interrumpida por la aparición de una mujer de apariencia decidida, de ojos valientes y de mente hundida en la incertidumbre, que no podía ser otra que una Vicky intentando salir de sus problemas.

Llegaron al edificio donde desde hacía meses se reunían en grupo para hacer lo que Sonia llamaba: «apoyo mutuo». Durante el trayecto, habían hablado poco y los movimientos constantes de las manos de Vicky pusieron a Biel en alerta ante el nerviosismo que ella mostraba, simplemente, distinto al de otros días. ¿Sería cierto que había decidido hablar? Nada le haría más feliz, pero no si ello le costaba un ataque de ansiedad.

Bajaron del coche. Queriendo infundirle esa valentía que Vicky pensaba no tener, acarició su espalda. Fue un gesto galante y confortable que desencadenó sonrisas y miradas que decían mucho más, y que los dos se negaban a ver en el otro y a reconocer incluso en sí mismos.

No tardaron en estar en la sala con todos los demás. Se percataron que eran los últimos en llegar ese día. No era extraño, dado que se habían entretenido con Carolina y un segundo café que compartieron los tres.

Tras media hora de terapia de grupo y con un Biel más convencido de que Vicky volvería a casa como siempre, sin hablar, escuchó un leve susurro a su lado que lo dejó paralizado.

—Hola. Me llamo Vicky. Nací hace treinta y tres años en Madrid. —Aquel leve sonido de su voz se fue haciendo cada vez más audible—. Pasé en esta ciudad dieciséis años. Aquí estudié y hasta conocí a mi primer amor, ese que por un momento crees que será el único, pero que luego la vida te deja ver que ni siquiera era amor, sino más bien un capricho adolescente. Fui muy feliz aquellos años, incluso se podría decir que era una chica risueña. —Sus palabras empezaban a brotar con más confianza, a pesar del nudo que le atravesaba la garganta a la pobre muchacha.

Biel, por su parte, no quería ni moverse. Por nada del mundo quería hacer que ella frenara aquel gran paso que estaba dando. Sin embargo, al ver que las manos de su amiga casi tenían vida propia, se decidió a coger una de ellas en un intento de que se calmara. El frío de su piel, a pesar de la agradable temperatura

de la sala, le sorprendió, puede que hasta llegar a preocuparle.

—Pocos meses después de mi dieciséis cumpleaños, mis padres me dieron la noticia de que volvíamos al pueblo —continuó ella con su relato—. No es que no me gustara el pueblo de mis padres, íbamos todos los veranos, pero mi vida ya estaba hecha y eso de romper con todo siempre es molesto. No me quedó más remedio que hacer lo que se tenía que hacer. Dejé Madrid. Nos instalamos en el sur, cerca de Sevilla capital. Mis padres me prometieron una vida mejor y así fue..., hasta que... Ellos murieron en un accidente de coche. —En el momento de recordar aquellos hechos, la voz de Vicky se quebró, la mano de Biel apretó un poco la suya para recordarle que estaba ahí, junto a ella, pero el sufrimiento era inevitable, ese que queda después de los años, ese que te hace rememorar momentos, rostros, gestos y hasta olores. Ese que por mucho que Biel quisiera, era solo de ella, de la única hija de aquel matrimonio.

—¿Estás bien? —le susurró él acercándose a su oído tras esperar lo que pareció demasiado tiempo a que se recompusiera.

—Aquella noticia fue... No sé cómo fue. No puedo ponerle nombre —prosiguió con voz dolida.

Estaba claro que era algo que no había superado. Es más, ahora tras las sesiones individuales que había tenido con Sonia, sabía que aquel dolor por la pérdida, aquella sensación de abandono que la embriagaba, era uno de los pilares del que se aprovechó aquel hombre del que se creyó enamorada.

—Es normal, Vicky. Esos momentos no tienen nombre para nadie. Tranquila. —La animó Sonia que estaba acostumbrada a vivir esas tensiones.

—Mi abuela se hizo cargo de mí lo que duró el duelo, porque yo ya alcanzaba la mayoría de edad. A pesar de eso me quedé a vivir con ella y así nos hacíamos compañía. Por motivos que supongo entenderéis, dejé de estudiar y empecé a trabajar en unos grandes almacenes, concretamente en el departamento de deporte. Tengo que hacer un apunte que creo puede ser importante para entender mejor mi historia: ya no era la muchacha risueña de antes. Fue demasiado duro para... Es demasiado duro...

Biel notó la lágrima que sin ser vista había caído sobre el dorso de su mano. Comprendió que, aunque solo fueran palabras, eran mucho más difíciles de decir de lo que había pensado siempre. Y eso, si encima teníamos en cuenta que no había prácticamente ni empezado.

—Creo... —balbuceó Vicky de pronto. Soltó la mano de Biel a la que se había aferrado como si de ella dependiera seguir con vida y, secándose las lágrimas bruscamente, se incorporó en su asiento—. Creo que no voy a continuar. Yo no... No puedo hablar como vosotras de lo que me ha pasado. No tengo en mi cuerpo ninguna cicatriz de ello que me acompañe el resto de mi vida, no puedo contar ningún suceso concreto en el que me viera en las situaciones que vosotras se han visto. Yo... No creo que pueda decir que he sido una mujer maltratada.

Los murmullos comenzaron a hacer eco en la sala. Vicky, inquieta, optó por levantarse, pedir disculpas y abandonar la estancia. Su preocupado amigo fue a seguirla, pero Sonia frenó sus intenciones siendo ella la que salió a su encuentro.

—Vicky, ¿estás bien? —se interesó la psicóloga antes de entrar en el problema real que la atormentaba.

Ella seguía con la mirada a ninguna parte, los ojos llorosos y cierta agitación que era demostrada por el intenso movimiento de su pecho, el cual, marcaba el rápido compás de su respiración.

—No lo sé, pero no puedo seguir con esto, de verdad...

—Estás haciéndolo muy bien. Ya te dije que no te sentirías muy segura al principio, que tu caso es algo menos común, pero no por ello menos importante.

—Pero... He escuchado a cada una de las mujeres que han hablado en la sala. He escuchado la visión de sus acompañantes de lo que percibieron en ellas, y a pesar de todo, no siento que yo haya pasado por cosas así. Nunca me pegó.

—Debes hablar con más propiedad. Nunca te hizo daño físico, pero ya habíamos concluido que su maltrato ha sido puramente emocional. Tus cicatrices están ahí —aclaró señalando la cabeza de ella.

Vicky asentía reconociendo que todo aquello ya lo habían hablado, ya habían definido de dónde venía y en qué punto estaba ahora. Pero no veía que sus experiencias tuvieran la misma magnitud. El sufrimiento de esas mujeres que se veían encogidas en el suelo mientras sus parejas, sin ningún tipo de compasión, pateaban sus costillas, no se iba de su mente. Todo lo que ella había sufrido era un mal agarre de vez en cuando que solo había perdurado en forma de hematoma un par de días.

—¿Volvemos? —sugirió Sonia viendo en sus ojos que estaba retomando las técnicas que le dio en las sesiones personales para controlar sus estados de ánimo.

—Volvamos, pero por hoy prefiero dejarlo.

Sonia asintió a la petición de su paciente. Sabía a ciencia cierta que forzarla no era ni la forma ni la solución a su problema. Ahora se planteaba la charla, esa que, minutos después, tendría con el asustado Biel.

—¿Cómo puede pensar así?! —gritó Biel mientras andaba arriba y abajo por el despacho de Sonia—. ¡Solo hay que verla para darse cuenta del sufrimiento que esconde!

—Biel, mírame. Ya lo hemos hablado, Vicky ha sufrido un maltrato emocional muy bien estructurado, no es fácil percatarse de ello y mucho menos reconocerlo. Ella espera tener un momento concreto en el que entrara en su casa y él le abofeteara, pero no es así. En el maltrato psicológico muchas de esas bofetadas se convierten en caricias que son incluso más peligrosas que la agresión física.

—Pero reconoce que no debería seguir negando lo que ha vivido.

—No lo niega, solo le cuesta apreciar los detalles. Ella creía haberlo identificado, pero llegada la hora de narrarlo se ha dado cuenta que no tiene un momento concreto: un primer empujón, o un primer insulto... No es capaz de dar con su primera vez. Es un tipo de agresión bastante frecuente en las parejas y que nadie ve claro nunca. En muchas ocasiones el maltrato emocional es tan delicado que es admitido por todos, nadie lo ve extraño, es más, son comportamientos que se aprueban en ciertos grupos sociales.

Biel rebufó tan enfadado con Vicky como consigo mismo por sentirse así con ella. Y sabía que precisamente era su amiga la que menos culpa tenía de todo, aunque se le hacía imposible no sentir esa frustración. Pensó un segundo en las veces que vio a ese cabrón, antes de verlo con ella, y después. Las ocasiones que lo tuvo frente a él y la actitud que tenía con Vicky, y esos recuerdos no ayudaron mucho en que recuperara su calma.

—Piensa un instante en el caso de tu hermana —las palabras de Sonia lo sacaron de sus pensamientos e hicieron que se concentrara de nuevo en la conversación que ya sabía con certeza la finalidad que tenía: calmarlo—; tu hermana fue algo físico e inmortalizó como comenzó todo. ¿Recuerdas cuando nos contó que de novio la izó de un brazo con tanta fuerza que le marcó los dedos en segundos? Aquello es algo que ella determina como punto de partida, pero Vicky solo tiene en su cabeza una relación que ha terminado mal. Sí, ella sabe que está aquí por eso y está segura de que no ha sido una relación sana, pero no quita que le cueste ver los momentos. Además, ya te dije que los *gaslighter* son hábiles.

Biel asintió apesadumbrado. Sabía de sobra que todo lo que Sonia le contaba era cierto, pero la impotencia era tal que le hacía hervir la sangre por dentro. Además, temía su reacción ante Vicky. No quería herirla más de lo que estaba, y tenía que reconocer que era injusto si además se comportaba de esa forma tan cruel con ella.

Tras unos minutos más en el despacho, salieron para reunirse con el grupo. Unos refrescos y varias

anécdotas divertidas de algunos acompañantes hicieron más amena la hora y media restante.

—Te invito a comer —propuso Biel de mejor humor en dirección hacia el coche.

Los pasos de Vicky se frenaron, agachó la cabeza y se sintió desagradecida con todo lo que él estaba ayudándola. Sin embargo, tenía esa espina clavada en la mente desde hacía algunas horas y no evitó el soltarla.

—Sé que habláis de mí en su despacho.

Biel se quedó inmóvil y mudo con aquellas palabras. Por un momento no fue ni capaz de mirarla a la cara de lo avergonzado que se sentía.

—Vicky... —Hizo un intento de disculpa que fue interrumpido.

—Si no estáis liados, es la única razón que se me ocurre para que cada dos días estés en su despacho. —Tal como ella argumentó aquello sus hombros se encogieron, su cabeza se agachó hasta dejar sus ojos en dirección a sus pies y Biel presenció como una persona podía hacerse más pequeña de pronto, ante sus propios ojos.

—Eh, Vicky. —Él tomó las riendas e intentó que ella se acomodara con lo que había dicho—. Tienes razón... y no pasa nada porque me digas lo que sientes. No te gusta que lo haga..., pues no lo volveré a hacer más.

—No debí recriminarte nada. Me estás ayudando demasiado. Lo siento.

—He dicho que no me pidas disculpas por lo que sientes. Sabes que puedes decirme lo que sea, no me enfadaré... O sí, pero forma parte de la vida. Lo hablamos y listo.

—No me gusta que hables de mí. Prefiero saber lo que piensas. Háblalo conmigo —pidió ella sacando ese valor que solía esconder por miedo.

—Vicky, no voy a ese despacho por hablar de ti a tus espaldas, es más, si quieres te cuento todo lo que hemos hablado. —La miraba con tanta inocencia que a ella no le cupo ninguna duda de sus palabras—. Más bien lo hago porque no me veas enojado.

—¿Estás enfadado? —preguntó asustada.

—Bueno se puede decir que hay veces que las actitudes de los demás me irritan. No puedo entenderte, ya lo sabes, e inconscientemente es más fácil juzgarte... Me gustaría que no malinterpretaras mis palabras —aclaró.

Vicky entendía que tuviera esas sensaciones, hasta ella se había enfadado consigo misma. Había comprendido por fin su situación y no era capaz de exponerla, y encima sus compañeras sí habían pasado por verdaderos calvarios. Se sentía como una hipócrita con su propia actitud.

—Te entiendo. No me gusta mi forma de tomarme esto. A partir de ahora será mejor. Voy a intentar que sea mejor.

—No, Morena —habló Biel acercándose a ella y pasando su brazo por su cintura, acto que a ella no le desagradaba—. No quiero que lo hagas por mí. Quiero que lo hagas cuando estés preparada y solo por ti. No más encierros en el despacho de Sonia, prometo aprender a llevar estas emociones de mejor manera y hablarlo contigo.

El cuerpo de Vicky se tensó un segundo haciendo que él apreciara ese cambio en ella. Lo miró directamente a los ojos como si hubiera visto un fantasma.

—Biel, por favor, no me prometas nada —exigió habiendo escuchado demasiadas promesas que nunca llegaron a cumplirse. Promesas de cambio, de mejora, de tiempo... En las reconciliaciones, Santi era todo promesas. Lo malo, que al parecer ella nunca se las ganaba.

Fotograma

(Imagen obtenida sin el uso de una cámara)

—No puedo contar un suceso concreto de cuando todo empezó, ni siquiera creo saberlo. Sí puedo decir que todo me parecía siempre de lo más normal. Un día cualquiera en el trabajo podía vivir muchas veces la situación que me llevó a conocerlo. —Las palabras de la chica salían con más soltura que en su última ocasión, y eso contentó a Biel que escuchaba, atento y concentrado, cada una de sus frases. No conocía nada de la historia que Vicky había compartido con su «enemigo», y enterarse se convertía en una forma más de conocerla—. Una señora se acercó a la caja donde yo me encontraba para pedir la devolución de unos pantalones de deporte. Eran largos y de la talla diez, lo cual dejaba claro que eran de un niño. Saqué la prenda de la bolsa y junto con el tique, empecé a marcar en la caja los códigos necesarios para las devoluciones. Cuando fui en busca de la etiqueta de la prenda, esta no aparecía. La señora, sabiendo lo que estaba haciendo, comenzó a ponerse nerviosa y fue entonces cuando algo me dijo que revisara el pantalón. Así lo hice hasta dar con un pequeño roto en la rodilla del mismo. «Señora, no puedo devolverle la prenda sin etiqueta» dije para no acusarla directamente de nada. «La etiqueta no la tenía el día que lo compré, se le cayó en el probador», a lo que le respondí que era imposible. Aquella mujer empezó a gritarme, a acusarme de insultarla, que pretendía hacerla pasar por una ladrona, y comentarios similares. Al final tuve que acudir al roto de la rodilla de aquel pantalón para hacerle entender que no podía devolverlo en ese estado. A pesar de tener todas las pruebas a mi favor, aquella mujer insistió en hablar con el jefe de departamento para poner una queja sobre la atención que yo le estaba dando. —Observé a todos los reunidos y agregé—: Creo que podéis llegar a entender la situación.

Todos en la sala asintieron sin ser vistos por Vicky que había bajado su mirada hacia sus manos, las cuales jugueteaban con sus propios dedos.

—En ese instante apareció él. Podría decirse que llegó en el momento oportuno. Un tipo apuesto, trajeado, con buen porte y pelo negro. Mostraba una seguridad incluso excesiva, engalanada toda ella con una barba de dos días que le daba un toque... chulesco. «Buenas tardes, señora. Soy Santiago, el jefe de departamento. ¿Puede decirme qué le ocurre?». Esa fue su entrada triunfal en la conversación, de ahí, a convencer a esa mujer que el pantalón era el mejor del mundo incluso con agujero. Tanta era su habilidad que acabaron charlando de cosas personales, aunque ahora sé que en todo lo que él decía no había ninguna verdad.

»Cuando la señora abandonó la tienda se acercó a mí. «Hola» dijo fijando sus ojos en la placa identificativa que colgaba en mi uniforme, «..., Vicky. Me llamo Santi y acabo de salvarte el culo». Y sí, me salvó si tenemos en cuenta que no era mi jefe, y que ni siquiera trabajaba allí. Simplemente era un cliente más que paseaba por el departamento con la ropa indicada y en el momento preciso para hacerse pasar por alguien que no era. «Creo que después de lo que he hecho por ti me debes algo, ¿no crees?». No salía de mi asombro. Fuera como fuese había conseguido quitarme un marrón de encima, así que lo menos que pude hacer fue agradecerse, pero él no se quedó contento con eso. «No me vale con un "gracias". Es mejor que me invites a un café, como mínimo». Sonreí ante su sugerencia. Hay que pensar que no todos los días un hombre como él quiere tomar un café con una mujer como yo —comentó abriendo sus brazos para mostrar su cuerpo. Un cuerpo que a Biel no le hacía rechazarla, un cuerpo que, a pesar de no cumplir cánones de belleza, estaba bien formado y tonificado.

Vicky aprovechó ese gesto propio para tomar un poco de tiempo, pero era valor lo que necesitaba para continuar con su relato sin que los recuerdos la martillearan. Las palabras se le agolpaban en la garganta mientras recordaba como Santi le sonreía, cómo entablaba el primer contacto físico llevando la mano a su

mejilla, cómo la hizo sentir aquello, y cómo el paso del tiempo y lo vivido habían transformado aquel recuerdo en una experiencia que prefería olvidar por el asco que le provocaba ahora.

—Acepté. Y eso fue lo peor que hice en mi vida. Aquella misma tarde, sobre las ocho, Santi me esperaba en la puerta de salida de personal tal como le había indicado yo. Mentiría si os dijera que vi algo en él que no me gustó, o que se comportó de tal modo que me hizo sentir mal. Nunca podría decir algo así, ni de aquel día ni de muchos otros. Fue galante y educado. Me llevó a un local de copas cerca de mi trabajo. Él pidió un café, yo un refresco. Casi todo el tiempo hablaba él. Me contó algunas locuras que había hecho como la de ese mismo día, pero que nunca habían tenido la finalidad de conocer a una chica tan bonita... Algo parecido fue lo que me soltó. ¿A qué mujer no le gusta oír eso? Ya he aprendido que es mejor que te demuestren las cosas a que te las digan. ¿Podemos hacer un descanso? —demandó de pronto Vicky levantándose rápido de su silla—. Necesito ir al baño.

Sonia, que marcaba el ritmo de las sesiones, asintió. Hoy no tenían mucho más tiempo, pero no podía negarle despejarse un poco después de todo lo que se veía que estaba recordando. No era cuestión de obviar que revivir esos momentos le causaba daño. Como era de esperar, Biel solo tardó unos segundos en salir de la sala tal como Vicky la abandonó y, aunque iba a darle el espacio que necesitaba, estaría ahí, justo al otro lado de la puerta de los aseos, para que fuera él la persona que recogiera los trozos de aquella, su Morena, que lo volvía loco.

Tardó unos diez minutos en salir, los minutos más largos del mundo para Biel.

—¿Estás bien? —indagó con sus manos en los bolsillos de su vaquero.

—Sí, pero será mejor que tanto tú como yo nos acostumbremos a esto. No puedes estar cada dos por tres preguntándome si estoy bien.

—¿Por qué no? —cuestionó con una sonrisa que convertía en broma aquellas palabras.

—Oh, Biel. Eres adorable, ¿lo sabes?

Vicky se acercó casi por instinto cuando los brazos de él se abrieron para reconfortarla. Era poco el contacto físico que tenían a pesar de lo mucho que se veían, pero ni ella quería darle pie a nada, ni él quería atosigarla. Era ese el motivo por el que cuando estos contactos se daban, se prolongaban en el tiempo, sin que ellos se dieran cuenta, como si de un deseo oculto, por ambos, se tratara.

—No sé por qué no tienes una mujer a tu lado. Eres guapo, atento y todo un amor —elogió Vicky alisando las inventadas arrugas de su camisa cuando se obligó a abandonar el cobijo que él le daba.

—Porque te estaba esperando —fue la contundente y segura respuesta de él, aunque susurrada. Esa que, precisamente, hizo que Vicky carraspeará y quitara sus ojos del cuerpo de Biel poniendo distancia entre ambos.

Volvieron al grupo tras unos segundos de miradas dilatadas y sonrisas dulces. Tal como Sonia predijo, el tiempo no dio para mucho más y la sesión pasó a la zona de los refrigerios donde los diferentes miembros podían entablar relaciones más de tú a tú, darse ánimos o analizar cuestiones.

—Lo has hecho muy bien —opinó Sandra, una de las mujeres del grupo, acercándose a Vicky—. Sé lo duro que es empezar, pero lo estás haciendo genial.

—Gracias.

—Seguro que hay momentos en los que puedes hasta sentirte culpable, pero no olvides que no es el caso. Nunca tenemos la culpa.

Los consejos de Sandra siempre eran bien recibidos por Vicky. Se podría decir que era con quién más *feeling* había tenido y eso que era algo mayor que ella. También contaba con su veteranía, y encima era la que más había pasado en su relación con el hombre que la llevó al hospital en contadas ocasiones.

La salida definitiva de aquel jueves la hicieron casi el grupo en su totalidad. Vicky, tras el rato de charla amena, había conseguido relajarse bastante confirmándose que el resto de la tarde, y la noche, la

pasaría mucho más animada.

Biel y ella llegaron a casa de Carolina, donde ella estaba viviendo. Consiguió aparcar y subieron con el propósito de ver una película y cenar con la madre de Biel. Era una mujer poco hogareña e incluso había que frenarla, pero desde que Vicky vivía allí se preocupaba de estar por las noches siempre que había sesión. Sabía por su hija que todo lo malo se removía en aquella sala, y eso la inquietaba. Los chicos llegaron risueños, igual fue eso lo que más turbó a Carolina, pero lo dejó estar. No tardaron en cenar y tras acabar, ellas ocuparon el sofá, mientras que Biel se sentó en el sillón lateral para evitar la mesa que le chocaba en las piernas dada su altura. Además, aprovechó para reclinarlo y así poder acomodarse algo más.

Pronto se hizo el silencio y la atención de los tres se centró en la película, o más bien de las dos, porque Biel no tardó en dejar caer sus párpados. Cuando esta terminó, Carolina comprobó que su hijo dormía y no quiso molestarlo, por lo que lo tapó con una manta, a pesar de la sugerencia de Vicky por despertarlo. Insistía con la idea de que se echara en una de las camas de la habitación que tenía libre, sin embargo, Carolina no lo vio necesario. Era una mujer práctica, pensaba que si estaba dormido era porque estaba cómodo y no veía sentido en interrumpir su sueño.

Las dos mujeres oscurecieron la estancia y se marcharon a descansar. El detonante de aquella noche fue la conciencia obstinada de Vicky, que seguía martilleando porque había dejado al pobre Biel en un sillón durmiendo, por muy cómodo que fuera. Una hora después de dar vueltas en su cama, no dudó en levantarse e ir hacia el salón, pero su sorpresa fue mayúscula cuando comprobó que nadie ocupaba el sillón. Volvió a la cama con el pensamiento de que Biel se habría marchado a su casa. En ningún momento le dio por comprobar la antigua habitación que Tito y él compartían cuando vivían con sus padres. Así fue que regresó al dormitorio que fue de Lina, y que ahora, ocupaba ella.

La noche no tardó en volverla a tomar con Vicky. Pocas horas después el sudor, la tensión muscular y los malos recuerdos de su último encuentro con Santi surgieron para recordarle que había abierto la caja de Pandora de sus problemas. Sus movimientos se hacían cada vez más duros y sus gemidos se convirtieron en voces que atrajeron a Biel y Carolina hasta su habitación, en la que entraron tomándose total libertad con el fin de ayudarla.

—¡Vicky! ¡Vicky! ¡Despierta! —chilló un Biel asustado que agarraba el cuerpo agitado de la joven.

Ella abrió los ojos en un sobresalto que fue frenado por las manos de Biel. Este la abrazó fuerte y ella no dudó en aferrarse a esos brazos en los que se sentía a salvo de todo mal. Carolina, paciente, esperó lo suficiente para ver que Vicky recuperaba su calma y le acercó un vaso de agua para terminar de consolarla. Tras unos minutos, la madre de Biel abandonó la habitación, dejando que su hijo se hiciera cargo de todo.

—¿Estás mejor? —preguntó él una vez a solas.

—Sí, hace mucho que no me pasaba —confesó la joven casi avergonzada por el espectáculo que había dado.

—Es normal. A mi hermana le volvieron las pesadillas cuando empezó a contar su caso. Imagino que son secuelas del proceso. —Con aquella explicación quiso tranquilizar a Vicky y, sin saberlo, a él mismo —. Será mejor que descanses —propuso levantándose de la cama donde permanecía sentado.

—¡Biel! —Vicky agarró la pernera de su pantalón con desesperación, abrumada por el miedo que todavía recorría cada nervio de su cuerpo.

Fue a hacer una petición, pero no se decidió en exigirle al pobre de Biel que hiciera más todavía por ella, sin saber que él estaba deseando que le suplicara que pasara la noche allí. Se miraron, o más bien se llenaron con cariño mutuo, y ella soltó el pantalón de él para dejarlo marchar con el susurro de un «gracias», que fue lo que consiguió pronunciar.

No tardó en levantarse de la cama tras la salida de Biel porque el sueño no le llegaba. Era más que comprensible teniendo en cuenta que le incomodaba verse sola después de lo vivido esa noche mientras dormía y que, a veces, se sentía tan real como si lo estuviera padeciendo de nuevo. Salió del dormitorio en dirección a la cocina, pero no pudo evitar pararse ante la puerta de la habitación donde supuestamente descansaba. Sonrió pensando que había creído que él se había marchado, pero más se ensanchó su sonrisa cuando cayó en la cuenta de lo bien que le había venido que decidiera pasar la noche allí, con ellas. Fue a seguir su camino cuando la puerta se abrió encontrándose justo ante Biel.

—¿Estás bien? —preguntó en susurros para no preocupar a su madre y no agobiar a su Morena, como le gustaba llamarla para sí mismo y que poco a poco lo dejaba escapar también para los demás.

—Sí. No puedo dormir y había pensado tomar un poco de agua.

Se miraron encontrándose en la tranquilidad que se proporcionaban mutuamente. Él necesitaba estar cerca para saber que estaba bien, ella, ella lo necesitaba en todo momento.

—Deberías descansar —apuntó Vicky—, mañana tienes un viaje pendiente y no darás pie con bola.

—No te preocupes, dormiré en el vuelo. ¿Quieres pasar? —preguntó al ver que ella no se movía y que en el vaso que llevaba en la mano aún quedaba agua—. Hay dos camas, puedes echarte en una de ellas y hablamos hasta que nos llegue el sueño.

Tras dudar unos segundos si era justo para él que aceptara aquella invitación, lo hizo. Pasó y ocupó la cama que vio deshecha, esa donde su amigo había intentado descansar. Aquello extrañó a Biel, que pensó que ocuparía la cama de su hermano Tito, pero esa extrañeza le duró poco porque pasó a ser algo gratificante para él. «¡Qué absurdo!», pensó al ver con que poco se contentaba. Ella, por su parte, sabía que había elegido bien y se lo confirmaba el aroma que llegaba a sus fosas nasales, el olor a calma, a paz, a ayuda, a amor. Biel encajó la puerta, temiendo que cerrarla por completo pudiera incomodarla, y acto seguido, ocupó su nueva cama sin quitar siquiera la colcha, tumbándose de lado, observando en la oscuridad los ojos de Vicky.

—¿De qué tema te gustaría hablar? —pronunció en susurros.

—Háblame de tu viaje de mañana, ¿dónde vas?, ¿qué harás...? —contestó Vicky, aunque algo había escuchado cuando se lo contó a Carolina durante la cena.

—En unas horas salgo para París. Allí una *boutique* me ha contratado para hacerle las fotos de la nueva campaña de temporada. Ya sabes, lo de siempre. Llegar, alojarme en el hotel e ir al estudio para hacer las fotos.

—Para hacer arte, querrás decir.

—No, no es tanto el misterio de fotografiar. —Aquellas palabras vinieron acompañadas del recuerdo de Vicky, de cómo la encontró, de todas las fotos que de ella guardaba—. Las fotos no dejan de reflejar belleza o fealdad allí donde los ojos del que la mire quieran verlo. Al final todo queda reducido a eso. La foto de algo malo o algo poco atrayente, puede resultar de lo más hermosa si los ojos que la observan ven la belleza que esconde. Yo solo intento con mi cámara ver más allá y sé que en el fondo no es el objetivo el que me permite encontrar ese misterio, son mis ojos, los que se esconden detrás del objetivo, los que saben apreciarlo. Aunque no te voy a engañar: a las modelos se les pasa por un montón de programas informáticos para mejorar lo que ningún ojo puede ver bien.

La carcajada espontánea de Vicky le hizo sonreír a él también. Sabía que mañana sería muy duro marcharse de allí y dejarla con sus pesadillas, por eso quería aprovechar cada segundo con ella.

—Lo sabía —aseguró ella—, usas tantos retoques como todos.

—No siempre. Guardo fotos que son tal cual se hicieron y que para mis ojos no necesitan nada más.

—¿Y quién es la afortunada que no necesita retoques hoy día? —preguntó sin la intención de referirse a nadie en concreto, como una pregunta retórica de la que no necesitaba respuesta.

—Casi todas son tuyas... —musitó Biel consiguiendo que un silencio intenso se instalara en la habitación—, de las sesiones en las que nos vimos.

Y así, con aquellas palabras rondando la mente de los dos, se quedaron callados, sumidos en una mudez que les ayudó a dormir las pocas horas que los separaba del amanecer.

Biel despertó demasiado temprano, ya que el horario lo empujaba a ello y no podía perder el vuelo. Contempló preocupado el rostro de Vicky, deseoso de que aquella noche no volviera a repetirse la turbación de sus sueños y, mucho menos, sin él presente. Salió de la habitación y se resignó a hacer aquel viaje, el primero en el que no podría volver en un par de días, el primero que lo mantendría lejos de su Morena durante cuatro largas noches. Tomó un café rápido que le ayudó a arrancar y se marchó, sintiendo el peso de que algo no iría bien en su ausencia.

Histograma

(Representación de los distintos tonos de una imagen)

Vicky se despertó demasiado tarde. Comprobar que Biel se había marchado y, especialmente, no haberse podido despedir, le molestó, pero recuperó algo de su buen humor cuando vio el mensaje que tenía en su teléfono: «Despego en diez minutos, tú descansa, volveré pronto». Miró el reloj del mismo móvil y supuso que estaría a punto de aterrizar si no lo había hecho ya.

Recogió la habitación recordando los años pasados cuando era de la mano de Tito que entraba en ella. Sonrió al pensar en que los sentimientos que tuvo por él no eran amor de verdad, sino el cariño desmesurado unido a la atracción, esa que la adolescencia te hace confundir. Volvió a la que era su habitación y recogió también allí las cosas que la noche anterior había dejado por medio. Observó las cajas con sus pertenencias amontonadas en una pared de la misma y pensó con tristeza cómo había cambiado su vida. De estar con su familia y amigos, a estar sola con un hombre que la había terminado de hundir en la miseria. Afortunadamente, el ver ese montón de cajas allí le hacía recapacitar en el giro que su vida estaba dando. Cambiar era lo que estaba haciendo. No sólo había cambiado su dirección, no solo había cambiado su número de teléfono y sus hábitos a petición de Sonia y del abogado; también tenía intención de cambiar su futuro y sus compañías, y eso lo estaba consiguiendo gracias a Biel y su familia.

Se dio la ducha más rápida de la historia de sus duchas y salió para saludar a Carolina y ayudarla con las tareas de la casa. Al llegar a la cocina vio un papel donde la madre de Biel indicaba que había salido a comprar un par de cortinas nuevas para su dormitorio, por lo que repasó la casa para ver dónde había tarea pendiente. Lo cierto es que no había mucho por hacer. Desde que eran cuatro las manos que se encargaban de todo, las tareas se aligeraban mucho más.

Ensimismada con la idea de salir a pasear, preparó un aperitivo ligero puesto que dada la hora no le parecía bien desayunar más copiosamente, se colocó sus zapatillas de deporte y salió a caminar. En ello estaba cuando una primera interrupción en forma de llamada vino a distraerla. Era Biel.

—¡Hola! —respondió ella al teléfono cuando comprobó de quién se trataba.

Tampoco era muy posible que fuera alguien muy ajeno a su vida, ya que ese nuevo número lo tenían muy pocas personas y dado que con su familia había perdido todo contacto, se podía decir que solo recibía llamadas de Biel, Carolina o Sonia, básicamente.

—¡Hola, Morena! —respondió alegre Biel al notar el buen humor de Vicky—. Quería saber si se había despertado, señorita. Y por lo que veo lo ha hecho con buen humor.

—Sí, y todo gracias a ti, como siempre. —El sonido de la risa de Biel al escuchar aquellas palabras llegó hasta Vicky, que no podía dejar de sonreír a su vez—. ¿Sabes? Estoy dando un paseo por Madrid. Increíble, ¿verdad? Me apetecía salir y tu madre ha ido a por unas cortinas nuevas, no hay quien la pare —rió con su comentario—; además, era un buen día para hacerlo, parece que estoy un poco más... liberada. No sé si es demasiado pronto para aventurarme, no he avanzado mucho en la terapia, pero hoy por primera vez he visto las cajas de la habitación y más que verlas como un peso encima de mí, las he observado como peldaños en los que auparme a una vida nueva.

Biel permanecía en silencio, encantado de escuchar no solo el contenido de las palabras de Vicky, sino la forma en que se expresaba. Esa manera acelerada de hablar le mostraba que realmente estaba mejor.

—No sabes cómo me alegro de oírte hablar así. Además, ya era hora de que valorases las cosas desde una perspectiva positiva. Me alegra saber que Sonia te hace tanto bien. Te dije que era la mejor.

—No es solo Sonia, y lo sabes. Tú, tu madre, sus charlas y su experiencia, tu hermana... Todos aportáis algo.

—De todas formas, me preocupa un poco la noche que has pasado. ¿Has llamado a Sonia para contárselo? —El silencio por parte de Vicky fue respuesta más que suficiente para saber que no lo había hecho, incluso se aventuraba a pensar que no tenía ni la mínima intención de hacerlo—. Vicky, por favor. Debe saber cómo te están perjudicando los recuerdos y revivir todo aquello.

—Lo haré, pero no hoy... Hoy me encantaría que estuvieras aquí.

—Joder —masculló sintiéndose mal—. Morena, no puedes decirme esas cosas, ya sabes que...

—Lo siento —corrió a decir—. Lo siento, Biel. No debí decirlo. Perdóname.

—Eh, vale, tranquila. No tienes que disculparte de esa manera. —Ese acto reflejo de casi suplicar un perdón que tenía Vicky era algo que le preocupaba en gran medida. Lo anotó para llamar luego a Sonia y junto con las pesadillas comentarle aquello que aún presenciaba en ella, ese reflejo de lo vivido, del miedo, de los arraigados sentimientos de inferioridad. Lo haría en su próximo descanso y a sabiendas de que ella no la llamaría—. Solo lo he dicho porque me fastidia mucho más estar lejos si piensas eso.

Vicky había pasado de la casi euforia de la alegría encontrada a trompicones, a un estado reflexivo de sí misma. Biel percibió aquel silencio y se sintió miserable por haber provocado aquel cambio en ella. «Para un día que se levanta con la felicidad por delante», pensó mientras apoyaba la frente en la pared del estudio a la que se había acercado para tener mayor intimidad en la conversación.

—Vicky... Yo...

—Luego hablamos. Te llamaré esta tarde, ¿te parece? —Ella intentó desviar toda la conversación a otros derroteros. Prefería terminar el paseo y pensar si la leve alegría del día no era solo una manta con la que tapaba lo malo.

—Vicky, pero... —insistió él sin saber por dónde llevar la conversación. Aquello se le hacía demasiado cuesta arriba. Sonia le había advertido que el maltrato psicológico no solo era más difícil de detectar, identificar y solucionar, sino que, además, cualquier palabra o tono podía hacer surgir de nuevo las sensaciones vividas y provocar conductas o reacciones. Eso complicaba mucho más su relación con Vicky y sus deseos de verla a su lado todos los días.

—Estoy bien, Biel —se forzó a decir con una sonrisa obligada que intentaba engañar a Biel y a ella misma—. No te preocupes. Luego hablamos.

Se hizo el silencio en la línea y él no tuvo más remedio que regresar al trabajo con un nudo en el pecho que le hacía sentirse mal por ella, por él, por todo.

Vicky continuó su paseo algo más alicaída, pero intentando a cada paso volver a levantar el ánimo. Volvió a las palabras que le había dicho a Biel y entendió que no podía ser tan injusta con él. Ella quería a Biel, y lo sabía, pero tenía que determinar si eso que sentía era amor. Además, ella estaba llena de taras que no podía obviar y sabía que le acompañarían para el resto de su vida, lo cual la frenaba demasiado ya que no quería darle una relación problemática, no se lo merecía. Por todo ello había tomado una decisión tajante. No tendría más relaciones hasta que ella, la verdadera ella, estuviera recuperada por sí sola, como mujer, con su total confianza y seguridad.

La segunda llamada que interrumpió su paseo la cogió mucho más por sorpresa, ya que no recordaba que había dado su número a nadie.

—Dígame —contestó formal y atenta.

—Señora Ortiz, le llamamos de la inmobiliaria en referencia a la venta de su vivienda en el distrito de Moratalaz. Tenemos buenas noticias. Una familia está interesada y vamos a realizar la segunda visita con ellos. —Vicky recordó que dejó sus datos en la inmobiliaria que se encargaría de vender el piso que compartió junto a sus padres.

—Eso es estupendo —dijo sintiendo que todo empezaba a mejorar para ella.

—Solo queríamos informarle y que, probablemente, le llamaremos si el cliente decide señalar la

vivienda para firmar algunos papeles.

—Esperemos que así sea. Gracias por avisarme.

—De nada, señora Ortiz.

Aquella llamada casi la devuelve al estado inicial de alegría con el que se había levantado. Pensó en mandarle un mensaje a Biel, pero se contuvo. Se lo diría luego en la llamada que dijo de hacerle por la tarde y a la que no pensaba faltar. Sin embargo, dada la magnitud e importancia de la noticia, se aventuró a mandar un mensaje en el que le informaba de la buena nueva, mensaje que él no tardó en recibir y que consiguió alegrar un poco más su maltrecho día.

Vicky regresó a casa y encontró a Carolina probando sus nuevas y originales cortinas, como no podía ser menos siendo como era la madre de Biel. Le contó la noticia del piso y decidieron comer temprano para acercarse a por las últimas cajas que quedaron pendientes allí. Así el comprador podría ver mucho más despejado el salón y apreciar mejor el espacio. Llegaron al portal a eso de las cuatro de la tarde. A pesar de que no era más de quince minutos a pie la distancia que separaba las viviendas, no tuvieron más remedio que coger el coche de Carolina para transportar las cajas, pero supuso el problema de aparcamiento que todas las ciudades padecían.

—Te dejo en el portal, vas vaciando el buzón y subiendo al piso. —Carolina soltaba una por una las cosas que Vicky tenía que hacer—. No te olvides de abrir las ventanas unos minutos, así cuando venga el comprador no dará olor a cerrado. —Vicky asentía con una sonrisa mientras pensaba que Carolina no podía dejar de lado ese carácter activo que tenía.

Bajó del vehículo y vio cómo se alejaba en busca de un lugar donde aparcar. Sabía que le quedaba un buen margen de tiempo, porque no era tarea fácil encontrar un hueco que no quedara demasiado lejos para no tener que cargar con las cajas mucho trayecto.

Vicky se dirigió al portal llave en mano. Entró en el recibidor del edificio bombardeada por millones de recuerdos de sus padres, de sus últimas visitas a aquel lugar, pero solo le dio tiempo a meter la llave del buzón en su correspondiente ranura.

—Vicky —aquella voz la sobresaltó.

Su cuerpo reaccionó encogiéndose, sus ojos se humedecieron y su piel se erizó, eso sí, en el peor de los sentidos. Y todo ello pasó cuando notó el calor que emitía Santi al hablarle, ese calor que llegaba a su coronilla y que no era más que la respiración de él. Nunca le había pegado, jamás. Sin embargo, aquel dato no le aliviaba su tensión. Sabía que podía ser capaz de hacerle mucho daño sin necesidad de ponerle una mano encima.

—Vicky, necesito hablar contigo. Ese tipo te está engañando, mi vida. Te ha metido cosas malas sobre mí en la cabeza y lo único que quiere es aprovecharse de ti, y tú no te das cuenta. No va a cuidarte como lo hago yo. —Vicky notó el movimiento de su mano que se acercaba a ella y comenzó a temblar de forma literal—. Ves el miedo que me tienes, eso lo ha provocado él —decía con voz suave y melodiosa.

Vicky no conseguía pronunciar palabra ya que no era capaz ni de dominar su respiración. Encogió sus hombros todo lo que pudo y aguantó las náuseas que le llegaron a la garganta cuando notó la mano de Santi en su cintura. No giró la cabeza, no quiso enfrentarse a sus ojos porque sabía que la sumisión y el miedo serían capaces de hacerla caer de nuevo en el ciclo del que quería salir. Fue esa la idea a la que se aferró entre todas las que pasaban por su cabeza en ese instante, quería salir de esa relación, había escapado de ella... Y, sin embargo, no contaba con la seguridad suficiente para no salir de allí con él de la mano. No lo haría por amor, eso lo tenía claro, pero algo dentro de ella le impedía enfrentarse de lleno a

ese hombre.

—Hoy estás más guapa que nunca —empezó a decirle con la finalidad de hacer que ella volviera a confiar en él—, incluso más que el día que te conocí, ¿lo recuerdas? Seguro que sí. Siempre has sido muy bella, no sabes las de veces que miro tus fotos acordándome de ti, tú ya me entiendes. —Su mano bajaba lenta hasta llegar a la nalga de ella, donde apretó sus dedos y consiguió que Vicky soltara sus primeras lágrimas.

—No... —musitó ella suplicante. La voz no salía de su garganta, no podía gritar, aunque deseaba hacerlo—. Por favor —rogó.

Los golpes en la puerta del portal hicieron que él se alejara automáticamente. La fortuna quiso que Santi no hubiera coincidido nunca con la madre de Biel y, pensando que era una vecina del bloque, vistió su rostro de la amabilidad que le correspondía y abrió la puerta a aquella señora esperando que no se demorara demasiado en desaparecer. Hizo como tantas otras veces y se colocó delante de Vicky que, al ver a Carolina, se había girado topándose con la espalda de Santi.

Parecía todo un misterio que aquel olor que ella había deseado en tantas ocasiones, aquellas manos que tantas otras veces la acariciaron y que con tanto anhelo ella esperaba a diario, ahora le provocaran en el estómago un dolor tan fuerte que dudaba si podría aguantar sin desmayarse.

—Buenas tardes, señora —saludó el educado Santi. Vicky se mantenía aterrada y sus ojos eran solo una pequeña muestra de ello.

Carolina no tuvo que analizar mucho aquella situación para tener la certeza de que ese individuo era el malnacido del que ella huía.

—Caballero —acertó a decir Carolina con una seguridad y tranquilidad que le daban diez vueltas a la del mismo canalla que tenía ante ella—. Si no le importa, márchese de aquí antes de que llame a la policía y lo detengan por incumplir la orden de alejamiento que mi abogado tramitó. —Señaló la puerta del portal como una invitación visual a que se alejara de Vicky.

Santi de pronto experimentó varias sensaciones que fueron pasando por sus brazos hasta llegar a sus manos. La primera de ella hizo que abriera sus palmas al verse descubierto y sorprendido de aquella manera, pero no duró mucho, ya que pasó al enfado y la ira por no saber quién era aquella mujer que parecía conocer a Vicky, y eso provocó que sus manos se cerraran en dos furiosos puños a la vez que se frunció su cejo. Él debía saber todas y cada una de las relaciones que ella tenía, ya fueran familiares o amistosas y esto de ocultarle conocidos era algo que no le perdonaba. Se giró para clavar en ella los ojos llenos de furia y un rostro marcado por la maldad que podía decirse era innata en él. Aquella mirada provocó que el miedo corriera por el cuerpo de Vicky, que hiperventilara, y que un posible ataque de ansiedad se quedara a las puertas.

—¡He dicho que te marches! —repitió Carolina sin amilanarse y con un tono de voz que así lo demostraba.

Santi volvió a poner la atención en el rostro de aquella señora y con un bufido de derrota y rabia, salió del portal como alma que lleva el diablo. Carolina aprovechó el primer movimiento de él para acercarse a Vicky que, por cuestiones obvias, permanecía tan estática como una piedra, con su respiración agitada y el miedo reflejado en sus ojos.

—Tranquila, cariño, ya se ha ido —aseguró Carolina con la esperanza de calmarla. Vicky necesitó unos segundos más solo para volver en sí, además de un tiempo para recuperar el aire que no conseguía llevar a los pulmones por mucho que lo intentaba.

A pequeños pasos y casi empujones, Carolina consiguió llevar a Vicky hasta el ascensor, accionar el mismo y llegar hasta el piso. Dejó a la pobre muchacha en el sofá mucho más sosegada y fue a por un vaso de agua al tiempo que sacaba su móvil para llamar a la policía.

Vicky, comprendiendo las intenciones de Carolina solo por el gesto de su cara, pronunció sus primeras palabras en mucho tiempo, pidiéndole a la mujer que no hiciera aquello.

—Pero se ha saltado la orden de alejamiento —insistió ella segura de que era lo correcto.

—Lo conozco, eso le motivará mucho más. Es mejor dejarlo.

Carolina no quiso obligar más la situación, por lo que cambió los números marcados por los de Biel, a lo que Vicky hizo amago también de negarse, pero en esta ocasión no consiguió que cediera.

—Biel, cariño —dijo Carolina con un tono que intentaba ser neutro, pero que denotaba las notas de preocupación—, estamos en el piso de Vicky.

—Dime, mamá, ¿qué pasa? —Biel no dudó que aquella llamada era para algo importante ya que su madre no solía interrumpir sus sesiones.

—Es Santi, estaba esperando a Vicky en el portal.

—¿Qué?! —La desesperación de Biel resonó en los oídos de Vicky como si fuera ella la que estaba tras el teléfono—. ¿Vicky está bien?

—Sí, hijo, está más calmada. Nos iremos de aquí a casa de tu hermana, no quiero arriesgarme a que el tipo ese nos siga hasta casa. Luego regresaré yo por algo de ropa y ya veremos qué hacemos estos días.

—Me parece bien, yo intentaré librarme pronto del trabajo, igual echo noches y puedo regresar antes. No salgáis de allí hasta que no llegue la policía —sugirió el pobre de Biel sin saber que no era una opción viable.

—Biel —susurró Carolina separándose de Vicky—, no ha querido que la llame, está demasiado asustada y yo no he querido insistir. —El suspiro angustioso de Biel hizo que su mente procesara todo aquello en busca de una solución. No quería poner en riesgo a Vicky y a su madre con la posibilidad de que ese cabrón las acosara por la calle.

—Está bien, no os mováis de allí hasta que llegue Miguel, voy a llamarlo y le mando la dirección —pensó rápido en la solución. Su amigo Miguel formaba parte del cuerpo de la policía secreta, podría ir de paisano sin hacer sospechar a Vicky que estaba más protegida de la cuenta, y él... Él se quedaría más tranquilo sabiendo que era un buen amigo el que las acompañaba.

—De acuerdo, aquí estaremos.

La conversación madre e hijo terminó con lo acordado. Ambas permanecieron sentadas unos minutos sin hablar, mirando a la nada.

—¿Por qué si nunca me pegó se ha apoderado de mí este miedo? —preguntó en un tono casi inaudible una Vicky de pronto muy desmejorada.

—No es un miedo real. Imagino que es un estado de sumisión al que ciertas señales, gestos o el sonido de su voz te lleva. —Carolina observó a Vicky, tan pensativa y sumida en la tristeza—. No te sientas mal. Tú no eras dueña de las reacciones, es involuntario.

—Pero debí plantarle cara, contestarle, hacerle frente... Y no fui capaz de nada —meditó entre un llanto que era mezcla de miedo y una rabia que comenzó a crecer en ella.

—No siempre se hace lo que se debe. Lo que queremos muchas veces no va en consonancia con lo que podemos. Será cuestión de un poco más de tiempo que seas capaz de eso y mucho más. —Las palabras de Carolina y su contacto intentaban calmar a la pobre Vicky que se encontraba más desorientada que nunca.

—Ahora mismo dudo que ese día llegue.

Pasaron los minutos intentando distraer la mente con pequeños detalles sobre el piso hasta que el timbre de la puerta hizo eco en sus oídos. La tensión en el cuerpo de Vicky fue percibida hasta por Carolina, quien se dirigió rápido a la puerta para mirar por la mirilla y relajarla al indicarle que se trataba de Miguel.

—Hola, Carolina —saludó el hombre dándole dos besos—. ¿Estáis bien?

—Sí, Miguel, algo mejor.

La entrada del muchacho se hizo paulatina y lenta, así pudo comentarle a la madre de su amigo, de forma disimulada, que otro compañero las seguiría con el coche para mayor seguridad.

—Ella es Vicky —dijo Carolina a modo de presentación—, y él es Miguel, el mejor amigo de Biel. Se conocieron en el instituto si mal no recuerdo.

—Exacto, Carolina. Encantado, Vicky. —Miguel tuvo la prudencia de no acercarse ni a dar dos besos a la mujer que acababan de presentarle. Sabía que en casos como aquellos cualquier invasión del terreno personal de la víctima podía llevar a una mala reacción. Vicky por su parte agradeció el saludo distante, pues sabía que en su situación al único hombre que consentiría cerca no estaba.

Se pusieron en marcha dejando todo recogido y cargando con las pocas pertenencias que las había llevado hasta allí. Salir a la calle supuso un esfuerzo enorme para Vicky. Temía que Santi apareciera por cualquier parte a asediarla con su palabrería barata o a exigirle con sus gritos que volviera a su lado. Ambas cosas eran para ella igual de temibles, ya que había aprendido que las buenas maneras de personas como Santi escondían demasiado. Asustada, y escoltada por delante por Carolina y a la espalda por Miguel, llegó hasta el coche. Subieron los tres y tal como la madre de su amigo había planeado, pusieron rumbo a casa de Lina.

En el coche, con la seguridad de saber que se alejaba del peligro, comenzaron a resbalar las lágrimas con una tranquilidad preocupante, como si de un estado natural se tratara. Nadie le dijo absolutamente nada. Solo fue la mano de Miguel, la que se acercó para dejar ante sus ojos, humedecidos y llorosos, un pañuelo de papel.

Botón de retroceso

(Botón utilizado para mantener el enfoque)

Biel solo consiguió adelantar su regreso unas horas. Tampoco hubiera conseguido nada de Vicky ya que permaneció una semana entera encerrada en una de las habitaciones de su hermana Lina, con la única compañía de una caja de pañuelos. Al día siguiente de la visita de Sonia, consiguió volver al mundo de los mortales y abrir aquella puerta que la mantenía aislada.

A pesar de no querer atosigarla, pasó mucho tiempo sentado en el suelo de aquella estancia a la que ella se había aferrado, observándola, sin decir nada, solo haciéndole compañía visual y asegurándose, eso sí, de que hiciera al menos una comida al día. La rutina aquel tiempo se convirtió en monótona: él llegaba, abría la puerta y sin un simple saludo, sin una sola palabra por su parte, se sentaba a ver cómo ella contemplaba la nada, se dormía o dejaba caer algunas lágrimas. Ni siquiera la consolaba cuando eso pasaba. Él solo dejaba que aquello creara dentro de sí un odio hacia Santi que durante aquellos días se multiplicó.

El cuerpo y el rostro de Vicky dijo mucho de aquel trago que pasaba y la vuelta a las sesiones no fue más que la muestra de ello. Todos los compañeros se acercaron al verla, alegrándose de que hubiera decidido regresar, pero todos veían cómo había cambiado su rostro y en sus miradas se reflejaba la desmejora de la muchacha. A Biel aquello no le hizo mucha gracia y pensó en animarla, así que acercándose a su oído susurró:

—Estás preciosa, Morena.

Aquello provocó una mueca en Vicky que fue más que la típica de agradecimiento, lo cual contentó doblemente a Biel, tanto fue así, que pensó que sonreír era lo mejor que podía hacer él también.

Cuando todos ocuparon sus asientos y teniendo en cuenta que era sábado y no tenían la prisa común de los días entre semana, Sonia decidió dar una breve introducción en la que explicó un poco lo ocurrido esos días en los que Vicky había decidido no salir de casa. Tras sus palabras y el apoyo de todos hacia Vicky, Sonia dio paso a que fuera ella la que tomara la palabra, ya que antes de abandonar el grupo temporalmente, había sido la última en hablar.

Solo fue necesario un gesto negativo con la cabeza, para dejar claro que no sería ella la que ese día llevara la voz cantante en el grupo. Eso a Biel lo hundió un poco en el mismo pozo en el que ella estaba y del que se suponía él iba a sacarla. Cada paso atrás en ella hacía que él tuviera que esforzarse más en ayudarla, y era algo que cansaba hasta al más dispuesto. Sin embargo, fue comprensible y agarró la mano de Vicky para mostrar que estaba de acuerdo con esa decisión si era lo que quería. Para eso estaban los acompañantes, para dar ánimos a pesar de que no pensaran lo mismo que los implicados.

—Está bien —aprobó Sonia entendiendo la postura de Vicky. Sabía que tarde o temprano volvería a retomar las charlas. Era mucha su experiencia en estos casos y una vez que se empezaba a hablar, las personas se sentían empujadas a terminar de contar su versión de los hechos para sacar la sensación errónea de culpa que los atormentaba—. ¿Alguien quiere contarnos algo? —preguntó para animar a los demás.

Un chico, de unos veinte años, que acompañaba a su madre, levantó la mano para tomar la palabra. Era raro, pero en ocasiones los acompañantes, más o menos allegados a las víctimas, se decidían por contar qué visión tenían ellos de los hechos. Sonia con un movimiento de su cabeza le cedió la palabra.

—Me llamo Luisma, bueno Luis Manuel, pero todos me llaman Luisma. —La voz del chico mostraba los nervios por hablar en público, pero no tardó en serenarse. Sabía que era un grupo que no juzgaría, solo escucharía y daría apoyo a sus vivencias—. Recuerdo como si fuera ayer el día que mi padre volvió a

buscar a mi madre suplicando una nueva oportunidad. No me refiero a todas aquellas que mi madre hizo leves intentos de dejarlo, me refiero a la que en verdad lo hizo. Estábamos en un piso de acogida. Yo tenía por entonces diecisiete años. Fui el primero en verlo en la calle donde estaba la vivienda. Nadie se explicaba cómo lo había hecho, pero había dado con mi madre. Durante mucho tiempo pensé que si alguna vez venía a por ella se las vería conmigo, le plantaría cara, le diría verdades como puños y si hacía falta llegar a las manos, serían las mías contra él y no las suyas en el cuerpo de mi madre.

»Nada de aquello pasó. Solo le bastó una mirada, una sencilla mirada directa a mis ojos fue suficiente para que me paralizara..., y eso que a mí nunca me pegó. No entendí el miedo que me detuvo. Me sentí mal, no solo en aquel momento, sino que aquella culpabilidad por ser tan cobarde me atormentó durante meses. —Luisma contaba los hechos mientras su madre, pañuelo en mano, iba soltando pequeñas lágrimas al saber todo lo que su hijo había pasado no solo por su padre, sino por ella también—. Nunca..., creo que nunca me perdonaré que solo tuviera que preguntarme dónde estaba ella para que yo le indicara. La encontró. Supuso dos semanas de ingreso hospitalario más un tiempo en reposo. Se quedó en eso porque las vecinas consiguieron llamar a la policía, porque yo no fui capaz de moverme del mismo lugar de la calle en el que me había cruzado con él.

»Conseguí reaccionar cuando la ambulancia llegó y paró a la altura del edificio en el que entraba la policía. Sí, podéis mirarme de mil maneras distintas porque la última paliza que aquel hijo de puta le dio a mi madre fue culpa mía. Y todavía hoy me martillean en la cabeza las palabras que iba diciendo mientras la policía lo metía en el coche: «Matarla, eso venía a hacer».

Aquel breve relato no solo provocó el llanto de la madre del muchacho, sino que además sirvió para despertar muchas emociones en aquellas personas que solían permanecer en un segundo plano.

—Impotencia —se oyó de pronto la voz de Biel que no despegaba los ojos de Luisma y de la valentía y orgullo que empezó, en ese mismo instante, a sentir por él—. Yo me sentí impotente. Estaba fuera de España por motivos de trabajo y hubiera dado lo que fuera por estar con ella. Por poder haberme encarado con él y no haber dejado que se le acercara, que la rozara siquiera como lo hizo. —La respiración de Biel se hizo más intensa a la par que notaba la ira acumulándose en sus sienes—. Y miedo. Un miedo que se repartía en que por primera vez él fuera capaz de hacerle daño físico, o que ella se marchara con él y dejara todo por lo que estaba luchando. No conseguí calmarme hasta que llegué a casa de mi hermana donde ella estaba durmiendo en una habitación. Entré y la vi allí, tan quieta, tan tranquila que aquella sensación desapareció. Eso sí, no pude irme aquella noche de su lado y pasé las cinco horas que quedaban para amanecer sentado en el suelo, velando sus sueños, y pidiendo a gritos que las pesadillas se alejaran de allí.

—Biel —susurró Vicky a la que las lágrimas también se le saltaron. Él apretó su mano dándole y recogiendo, porque de eso se trataban estas terapias, de dar vivencias a cambio de apoyo.

Sonia decidió que era un buen momento para el primero de los descansos y todos asintieron a su propuesta. Luisma se levantó y sin dudarlo se acercó a Vicky.

—No tienes que sentirte mal por no haber reaccionado. Sé que es duro pensar que no has sido capaz de actuar como deberías, pero ni siquiera lo fui yo que me he pasado la vida siendo testigo mudo de todo. Eres muy valiente por haber vuelto. Quédate con eso —aseguró terminando su discurso con el guiño de uno de sus ojos.

La vuelta a la sesión se percibió con más confianza dado el hecho de poder expresarse abiertamente sobre los sentimientos que las situaciones vividas dejaban en la piel. Vicky decidió no hablar tampoco en

esta segunda parte y fue oyente de varios relatos similares al de Luisma. Eso fue algo que también la ayudó a reponerse de su encuentro con Santi y mucho más lo hicieron las palabras que Biel había confesado.

—¿Vamos a comer algo? —preguntó Biel camino del coche—. Podemos ir cerca de mi casa, hay buenos restaurantes.

—Lo imagino, no te veo viviendo en un sitio que no esté rodeado de buena comida —sonrió sabiendo que no se había equivocado. No solo recordaba las comidas familiares a las que había asistido durante su año de noviazgo con Tito, sino que además lo sabía por su convivencia durante estos seis meses en los que compartían algunas horas al día—. Está bien, acepto esa comida. Ahora, espero que aciertes con la elección del sitio, no vale presumir y luego acabar malcomiendo.

—No te preocupes por eso. Comeremos en un sitio que te encantará.

Biel sabía lo que hacía, y así lo corroboró cuando vio los ojos de Vicky iluminarse. Aquel bar conocido más bien por taberna, llenaba los sentidos con los olores que en ella se respiraba. La plaza en la que tenía colocada las mesas que componían su terraza era de los más soleada y transitada, lo que le daba a aquella comida un toque diferente.

Ocuparon una de las mesas libres y esperaron a ser servidos. Vicky disfrutaba viendo cómo Biel pedía platos tan variados y más lo hacía al pensar que había dejado de lado el lujo por el que podría haber optado, ya que por la zona en la que se movía, los restaurantes vintage y de diseño dentro y fuera de los platos eran bastante comunes.

La comida comenzó con el brindis del vino de Biel y el refresco de Vicky, que por motivo de las pastillas que tomaba para dormir había preferido no tomar alcohol. A mitad de la misma, un par de parejas se acercaron a la mesa a saludar a Biel. Eran dos parejas casi iguales, ya que las mujeres eran gemelas y solo variaban los hombres que acompañaban a las hermanas. Biel presentó a Vicky, la cual contempló los buenos modelos que lucían aquellas chicas y se observó a sí misma con un simple vaquero claro y un jersey negro de hilo. Además, pensó que estaba sin nada de maquillaje y que encima llevaba algún tiempo que no descansaba en condiciones. Biel la sacó de su autoanálisis contándole que las gemelas tenían una tienda de ropa para eventos y que él hizo las fotos de su campaña publicitaria. Fue a raíz de ese trabajo que quedaron en varias ocasiones. En menos de dos minutos los seis compartían mesa y comida.

Cualquiera podría pensar que esa intromisión podría molestarla, pero, todo lo contrario, más que suponerle un problema le supuso una alegría, ya que era demasiado el tiempo que llevaba sin vivir una situación que para muchos podía ser cotidiana.

—Vicky, ¿tú a qué te dedicas? —interrogó de pronto Clara, una de las dos hermanas. Esa pregunta fue demasiado para ella, tanto, que hasta su semblante cambió, hecho que Biel, atento a cada una de sus señales, notó rápido.

—Está de año sabático —contestó el propio Biel sacándola del atolladero en el que se veía metida. Acompañó sus palabras de su mano en el muslo de ella, indicativo de que no pretendía molestar con su intervención—. Pero pronto empezaremos de nuevo a trabajar.

Aquel final del comentario atrajo la mirada de Vicky que se clavó en los ojos de su amigo de una manera intensa. No denotaban una negatividad palpable, ni siquiera miedo, más bien era asombro de que él quisiera que ella volviera a ese mundo.

—¿Trabajáis juntos? —preguntó el marido de Clara siguiendo con detalle la conversación.

—No —soltó Vicky casi asustada.

—No, Vicky es modelo y yo fotógrafo, esa es nuestra relación laboral.

Las caras de incredulidad ante el comentario de Biel no tardaron en llegar, a lo que el chico, lleno de

orgullo y respeto, apoyó una de sus manos en la espalda de Vicky, sonrió como solo lo hace un enamorado y soltó:

—Vicky es modelo *curvy*. Y en cuanto ella quiera regresar yo seré su fotógrafo. —Los asistentes comprendieron a la perfección la relación que entre ellos había, más por la mirada de Biel que por todo lo que había soltado. Además de que pudieron entender que el trabajo de ella le iba como anillo al dedo, dada su belleza.

—Pues no nos vendría mal tu teléfono, Vicky —dijo ahora Nuria, la otra hermana—, tenemos prevista una nueva campaña y siempre podemos contar con modelos de tu gremio que nos abran el negocio a otro público.

Las sensaciones se iban mezclando dentro de la cabeza y el pecho de Vicky. Su cabeza le decía que frenara todo aquello, que no estaba preparada para eso, pero su pecho le vibraba pensando que podía volver a hacerlo, sin ataduras, sin restricciones, sin Santi. Biel, expectante, esperaba la respuesta de Vicky con tantas ganas como las chicas de que fuera afirmativa, de que por fin se diera el sitio que le pertenecía y que dejara de infravalorarse como persona y como profesional.

—Bueno, yo... —Aquella forma de dudar creó en Biel cierta inquietud, hasta el punto de que estuvo a poco de responder por ella, pero sabía que aquello era algo que no debía ni podía hacer. Ella tenía que recuperar su espacio y ninguna persona debía tomar sus decisiones por mucho que supiera que eran buenas para ella—. Está bien —soltó al fin haciendo que la sonrisa de Biel casi sobrepasara sus ojos—, os dejo mi número y ya hablamos cuando me necesitéis.

—Puedes estar segura de que lo haremos —afirmó Clara—, os llamaremos a los dos.

La mano de Biel no paraba de apretar con pequeños gestos de cariño la espalda de Vicky. Esa mano que se negaba a romper el contacto que los mantenía unidos y que para Biel era más de lo que ella quería creer, porque ella seguía sin entender cómo un hombre como él quería estar con una mujer como ella.

La comida terminó y el café siguió en una de las cafeterías de la zona. Al poco Biel y Vicky volvieron a quedarse solos, pero con muchas cosas de las que hablar.

—Me alegro de que hayas aceptado.

—Todavía no he dicho que sí a nada. Solo les he dado mi número.

—Bueno, para mí ya es mucho, y me gustaría celebrarlo. Déjame hacerlo, aunque solo sea con un abrazo, no te pido más. —Los brazos de él se abrieron para acogerla como tantas otras veces. Era cierto que la mayoría de ellos habían sido motivados por cuestiones poco felices siendo este el primero que venía incentivado por una buena noticia.

—Gracias, Biel, por todo. —Vicky dijo lo que sentía en aquel preciso instante. Su corazón estaba tan lleno de agradecimiento que casi no identificaba todo lo demás que había en él. Fue el resto de su cuerpo el que le mandó las señales oportunas que le decían que cualquier roce de él no era solo un roce. El miedo a escuchar esos mensajes fue lo que hizo que Vicky rompiera el contacto, pero no con ello el buen humor que tenía Biel y que siguió utilizando.

—Tengo que proponerte algo —dijo él esperando no espantarla del todo—. Imagino que estar con mi hermana es super guay—. Un gesto con la cara de náusea consiguió que Vicky volviera a bajar la guardia con una carcajada—, y sé que con mi madre no puedes volver por riesgo a que ese tipo merodee por la zona... Bueno, pues dadas las circunstancias he pensado que podrías venirte a casa, conmigo. —Al ver el rostro de ella se apresuró a añadir—: Solo hasta que consigas encontrar algo, sin más. El piso está prácticamente vendido, pero no tienes que correr para meterte en una vivienda que luego te arrepientas.

Quédate conmigo y busca tranquila.

—Pero...

—Pero nada. Tú ya estás mejor y yo intentaré viajar lo menos posible y no dejarte sola. Siempre puedes invitar a alguien a dormir cuando yo no esté... o venirte conmigo.

Todas las sugerencias se paseaban veloces por la mente de Vicky y sabía que lo mirara por donde lo mirase, él le daría otro motivo para no negarse a la propuesta. Paró sus pasos y fijó sus ojos en los de Biel, que no le quitaba la vista de encima esperando que su lenguaje no verbal le dijera más que sus propias palabras.

—Está bien. Seremos compañeros de piso, pero ¿qué hacemos con la única cama que hay? —preguntó ella altanera por haberle pillado un resquicio que seguro no había sopesado.

—Toda tuya —contestó Biel sabiendo que eso para él no suponía ningún problema siempre que fuera ella quien la ocupara.

Apertura de diafragma

(Determina la cantidad de luz que entrará)

Aquella nueva decisión que tomaron ambos de vivir en un mismo piso llevó a Biel a hacer pequeños cambios en su rutina. Si bien la mayoría de los días comía fuera de casa, ahora hacía lo posible por no hacerlo y pasar con Vicky un par de horas; intentaba no viajar a lugares que implicaran pasar noches fuera; además de lo que para su espacio vital había supuesto: huecos en armarios, espacio en el baño, etc. Y es que el apartamento de Biel a pesar de contar con mucho espacio de superficie, solo tenía un par de habitaciones y un solo baño. La segunda estancia de la casa era un pequeño despacho donde hacía sus trabajos de retoques fotográficos y de mejora de imágenes que exponía en ocasiones en algunas galerías. La habitación principal era un espacio demasiado grande para una persona sola, tanto era así que de haberlo querido podrían compartir cama casi sin rozarse de lo grande que era la misma, pero Biel, a pesar de ser conocedor de ese dato, no quería tentar a la suerte y conseguir incomodar a Vicky, por lo que dejó pasar el detalle sabiendo que su enorme salón acogía un sofá cama que era igual de cómodo que su cama principal, por lo que no le suponía mucho esfuerzo tener allí a la que, con total seguridad, consideraba la mujer de su vida.

Vicky se hizo rápido con la vivienda, sobre todo por las horas que pasaba sola. Y no solo con ella, sino también con el barrio Conde Duque y sus maravillosas calles. Paseaba a diario y se encargaba de que la nevera de Biel no tuviera excesivos vacíos. Además, era una forma de devolverle el favor, ya que no podía hacerlo de otro modo ante la negativa de él de aceptar el pago de un alquiler ni por simbólico que fuera. Invertía su tiempo también en recuperarse mentalmente de aquel encuentro con Santi, del que cada vez estaba más convencida que actuó como pudo, y dejó poco a poco de juzgarse por ello. Además, entretenía sus horas con la búsqueda de su nuevo piso. Biel la ayudaba cuando quedaba con la inmobiliaria para visitarlos, pero de las gestiones anteriores se encargaba ella.

Aquella tarde vio como Biel preparaba sus mejores galas para una cena de trabajo que parecía importante. Plancha en mano y camisa posicionada en la tabla de planchar, le insistía a ella para que llamara a alguna amiga o a Carolina para que vinieran a pasar la noche con ella.

—No hace falta. Que vengas a las cuatro de la mañana no me preocupa, me preocupa más que acabes quemando esa camisa —dijo sonriendo desde la jamba de la puerta donde permanecía apoyada, con un pijama de rayas azules y en zapatillas.

Biel observó aquella estampa y las ganas de abalanzarse sobre ella aumentaron, pero seguía sin recibir una señal que propiciara aquel acercamiento, por lo que siempre se armaba de fuerzas para retener sus impulsos.

—Muy graciosa, señorita —respondió él a su comentario con tono remilgado.

La cena de esa noche era importante para él. No solo suponía un pequeño contrato de cierto tiempo que le aseguraba no tener que andar de aquí para allá maleta en mano, cosa que con Vicky en casa evitaba constantemente, sino que además era un contrato que traía consigo unos muy buenos ingresos y reputación. Era el motivo por el que había sacado el traje de los negocios, casi el único que tenía. Un traje gris que solía conjuntar con camisa blanca y corbata granate, prenda que por cierto eran pocas las veces que regresaba en su cuello y no en su bolsillo. Y es que Biel no era hombre de vestimentas complicadas, sino más bien de vaqueros y camisetas básicas.

Vicky salió de la habitación y dejó que Biel acabara sus tareas. Sopesó la idea de preparar algo de cenar, pero para ella sola cualquier cosa le valdría. Escuchó el agua de la ducha e imaginó que estaría dentro empezando a acicalarse por lo que se vio con total libertad para entrar a por el portátil que había

dejado sobre la cama. No llegó a cruzar la puerta pues el susto de verlo en su entera desnudez la hizo retroceder no solo por no esperarlo, sino por no saber que aquellas ropas que solía usar escondían un cuerpo tan escultural y bien formado. Millones de terminaciones nerviosas comenzaron a funcionar en su cuerpo llevando el rojo a su cara, el tembleque a sus manos y ciertos avisos a zonas que Vicky había empezado a olvidar que existían.

—¡Lo siento! —gritó él que ahora sí entraba en el baño—, había salido por una toalla limpia —siguió explicando tras la puerta.

—Nada, no pasa nada.

Vicky volvió al salón y desistió de aprovechar el tiempo en la búsqueda de pisos. Decidió concentrarse en preparar una ensalada de lo más sofisticada y bien montada para echar fuera todo aquello que había poseído su cuerpo hacía solo unos minutos. Hasta vio necesario el enorme vaso de agua fría que bebió y que había vuelto a rellenar para ir consumiendo a pequeños sorbos. Igual de fría era el agua que Biel utilizó para la ducha, ya que ver los ojos de su amiga clavados en su cuerpo fue estímulo suficiente para él. Salió del baño a falta de ponerse la corbata y con total confianza metió la mano en la ensalada que vio en la encimera ante Vicky cogiendo una pasa que se metió en la boca de inmediato. Dio un sorbo de agua del vaso que ella tenía preparado y un beso fugaz en su mejilla.

—Cualquier cosa, Vicky, cualquier cosa, repito, me llamas.

—Lo sé. Tranquilo.

El sonido de la puerta supuso un suspiro para los dos, pero no fue de alivio, ya que ninguno se vio cómodo con aquella separación. Biel se quedó pensativo unos segundos detrás de la puerta, planteándose volver a entrar y pedirle que lo acompañara, pero ya había meditado esa idea y sabía que suponía mucho compromiso para ella y no quería presionarla. Ella se quedó inmóvil pensando que podría haberle pedido un hueco en esa cena, pero después eliminó la idea ya que no era nadie para ocupar ese lugar en un acontecimiento importante para él.

Biel llegó al restaurante un par de minutos después de la hora citada. Encontró la mesa gracias a las indicaciones del camarero y saludó a los comensales que ya ocupaban sus lugares. Eran dos socios de una gran multinacional de ropa deportiva y tres mujeres que seguramente eran las modelos que habían conseguido el puesto de «chicas de la marca» para las temporadas venideras. Si las cuentas le salían bien había una chica que no tenía acompañante varón y que custodiaba la silla que quedaba libre.

—Señoras, caballeros —saludó Biel al llegar dando su mano a cada uno en particular—. Siento el retraso.

—Nada de retraso —dijo Bosco, el socio mayoritario y que había contactado con Biel tras adquirir una de sus fotos en una galería de Barcelona—. Acabamos de llegar y como invitado de honor se te permite todo. Déjame que te presente. Joan —dijo señalando al otro caballero—, mi socio. Y ellas son Pilar, Cristina y Laura.

Biel observó a las señoritas una por una. Pilar y Cristina estaban situadas cerca de los dos empresarios, eran morenas y con un cuerpo típico de modelo. Laura era como sus compañeras, a excepción de su pelo rubio y sus ojos claros, y era la que se suponía su compañera de mesa. El vino no tardó en ser servido y poco se retrasaron en pedir algunos entrantes que llegaron sin mucha demora.

La conversación se centró en los negocios durante los primeros segundos y se sorprendió al ver que las chicas tomaban partido en exigir ciertas fotos o sesiones según intereses propios. Para la llegada de los platos principales Biel había cerrado un trato con ellos. Lo mirase por donde lo mirase todo eran ganancias, ya que lo contrataban como fotógrafo para los siguientes tres años y no le suponía mucha problemática de movilidad, salvo demanda de la campaña, cosa que podía entender perfectamente. Y eso sí, el reporte económico que suponía para su bolsillo era importante.

La segunda parte de la velada fue más dedicada a la celebración de dicho acuerdo. En el segundo plato cambiaron la bebida por cava y esa fue la que los acompañó hasta los postres. Después le siguió el café y por cortesía tuvo que aceptar hasta la copa en el bar del hotel donde se alojaban los empresarios. Para ese entonces las chicas también andaban más animadas y no terminada la copa, Joan se levantó pidiendo a Cristina que lo siguiera.

—Tienes una habitación si te hace falta, regalo de la empresa —le dijo a Biel antes de despedirse con un apretón de manos y marcharse con la chica.

Bosco observó a Biel y la actitud que mostraba cuando su socio, mucho más alocado que él, le soltó aquello. Pudo ver que no era muy de su agrado verse en esa tesitura.

—No estás obligado —aclaró para calmar a Biel, el cual se sorprendía por momentos de que las chicas estuvieran siendo testigos directos de aquella conversación sin dar muestras de ofensa ni nada por el estilo—. Joan lleva tres años con Cristina, no es su mujer, pero como si lo fuera. Y no, no está casado, por lo que no debes pensar que esto es un viaje en el que nos aprovechamos de la libertad. Y Pilar —continuó Bosco—, Pilar es solo una buena amiga porque por mí compartíamos la habitación tú y yo. —La cara de Biel se relajó bastante al saber que no era una situación que pudiera pasar por típica y que, desgraciadamente, sabía que se daba.

—Algo me decía que no eras homosexual —aseguró una Laura sonriente.

—Pues no, no lo soy —afirmó Biel con voz clara.

—¿Has visto? Soy afortunada, esta noche voy a tener suerte. —Sus palabras vinieron seguidas de una de sus manos en el muslo de Biel, y no pudo decir que no le gustara. Eran muchos los meses que llevaba sin estar con una mujer y la bebida ya había relajado un poco las presiones de su cabeza. Fueron esos los motivos por los que dejó que Laura creyera que podía dejar esa mano ahí, o que quizá acabaría la noche en la habitación que le ofrecían.

La chica más envalentonada por el detalle de su orientación sexual, se acercó más a él y cruzó las piernas que llevaba enfundadas en un pantalón pitillo. Pilar se levantó e invitó a Bosco a que la acompañara a su habitación, fácil era saber que aquello lo hacía por petición silenciosa de Laura, quien veía en Biel un buen polvo. Se estaban despidiendo de ambos cuando Biel se levantó.

—Será mejor que te vayas con ellos, yo no voy a subir.

—Anda, no seas así —insistió la chica colocándose a su lado y sin quitarle las manos de encima.

—Me marchó, tened buena noche. —Aquello puso fin a los deseos de Laura, que se quedó estupefacta al ver que había sido rechazada, pero rápido pensó que estaría felizmente casado y que no usaba anillo, como miles de hombres hacían.

Biel salió del hotel y se montó en el primer taxi que vio. Decir que no pensó en subir sería mentirse a sí mismo ya que, por unos segundos, fue la idea que ganó entre las opciones que tenía delante. Lo mejor era que ya se conocía lo suficiente para saber que si hubiera sucumbido la culpabilidad lo atormentaría toda su vida. Y no era una culpabilidad en cuanto a su trato con Vicky, ya que entre ellos no había ninguna relación ni promesa de ella, es más, nunca habían hablado sobre ellos como algo más que amigos; era una culpabilidad de ser infiel a sí mismo, de saber que Laura solo sería una forma vulgar de intentar aliviar lo que solo una mujer podía calmarle.

Sonrió viendo las calles por la ventanilla del taxi al sentirse orgulloso de su decisión por mucho que ello le supusiera llegar a casa con deseos extras. Deseos que no mejoraron al entrar y ver a Vicky dormida en el sofá, a medio tapar y con la televisión encendida. Verla en total relajación y con una sonrisa en sus labios fue maravilloso, pero mejor visión tenía de aquella pierna sin pantalón que había sacado de las mantas.

Sopesó mientras la observaba si despertarla o no. El sofá estaba preparado para dormir, imaginó que lo

hizo con idea de dejárselo listo para cuando llegase. La otra opción era tumbarse junto a ella y poner como excusa el exceso de alcohol si ella se despertaba, pero dado lo vivido por ella no eran las formas más acertadas. Por ello, finalmente optó por darse una ducha que despejara un poco aquella hombría que tras la visión de su Morena no parecía calmarse.

—¿Biel? ¿Eres tú? —escuchó tras la puerta.

—Sí, Morena, soy yo. Duerme tranquila.

—Está bien, te he dejado el sofá libre. ¿Cómo ha ido la cena?

Biel abrió la puerta con la toalla liada por su cintura y casi choca con Vicky que, adormilada, se mantenía apoyada en la madera. La visión de Biel nuevamente semidesnudo despertó por completo su mente e hizo que sus ojos se abrieran sobremanera, ya que no pensó encontrarlo de esa guisa. Él sonreía al no sentir indiferencia por parte de Vicky, cuestión que le demostraba que solo sería cosa de tiempo para que llegaran a estar juntos, o eso quería creer.

—Ha ido genial. Mañana te cuento más tranquilo. A la cama. —El beso de Biel llegó rápido y Vicky no fue capaz, ni quiso evitarlo, por lo que dejó que aquella madrugada su beso de buenas noches cambiara la mejilla por sus labios.

Con aquel maravilloso sabor de boca se fueron a la cama que le correspondía a cada uno, aunque a Vicky le costó volver a coger el sueño recordando el beso que entre lágrimas le dio Biel la mañana que la recogió vagando por las calles de Madrid.

Profundidad de campo

(Distancia delantera y trasera del punto enfocado)

La única opción que le quedaba a Vicky una vez superado su reencuentro con Santi, fue volver a hablar en las sesiones que Sonia preparaba como apoyo. No le quedó más remedio que seguir con su historia, eso sí, con la mano de Biel agarrada a la suya y los ojos humedecidos. Ojos que en esa relación quedaron ciegos para no ver qué le estaba pasando, pero que habían aprendido que no todo era como Santi se lo enseñaba.

—Todavía hoy me pregunto cómo cambió tanto. El primer mes y casi el segundo que estuvimos juntos era como vivir un sueño. Era tan atento, o eso pensé yo. Me esperaba a diario a la salida del trabajo, me acompañaba a casa e incluso fue educado con mi abuela. Tenía muchos detalles que a cualquier mujer hubiera enamorado y encima... era tan guapo. Aquella barba de dos días en sus marcadas mandíbulas, sus ojos marrones e intensos y esa sonrisa que pronto dejaría de ver, consiguieron nublar más mi vista, que se saltó por alto todos los malos detalles que vinieron después.

»Durante aquel tiempo era fácil estar con él, y como cualquier pareja que empieza, no veíamos el momento de estar juntos, al menos yo lo veía así. Ahora dudo que me quisiera en algún momento. A todo ello le puedo sumar lo afortunada que me sentía de que un hombre tan apuesto, seguro de sí mismo y atractivo se hubiera fijado en alguien como yo, con mis kilos de más y esa tristeza que desde la muerte de mis padres arrastraba. Se convirtió en la luz al final del túnel. Él me lo repetía con asiduidad: «Menos mal que he aparecido en tu vida».

»Sin embargo, todo empieza a dar pequeños cambios. Un día por una cosa, otro día por otra y cuando te das cuenta estás perdida. Y lo peor de todo, lo amas, o eso crees, aunque hay veces que es el miedo el que te hace responder. —El carraspeo de Biel hizo que frenara su relato, pero al ver que su mano la animaba con un apretón a continuar, no lo dudó—. A pesar de ese idilio que vivíamos, no tardamos en tener algunas disputas por asuntos de horarios. No le parecía bien que algunos días saliera a las diez de la noche ya que eso era peligroso según él. En aquel entonces lo veía como una preocupación por su parte, una muestra más de que me quería, pero de ahí a criticar cada detalle de mi trabajo no tardó mucho. Que si todos mis superiores eran hombres, que estaba rodeada de mirones, que no podía aguantar el ver cómo los clientes me trataban algunas veces... Quejas y más quejas que no hicieron más que crear conflictos entre nosotros. Discusiones que siempre se encargaba de ganar con sus palabras estudiadas y en las que, por cualquier motivo, la culpa era mía. Que, si me miraban porque no me abrochaba hasta arriba la blusa, que me pintaba demasiado los labios o que no estaba hecha para solucionar los problemas con los clientes... Me faltaba mundo según él. Pero pronto se encargó de que aquello terminara.

»A los tres meses aproximadamente de relación, no puedo concretar exactamente, empezó a recogerme para llevarme al trabajo. Él se lo podía permitir porque tenía un trabajo con flexibilidad horaria. Los primeros días salieron bien, pero después de una semana empecé a llegar tarde. Siempre encontraba la forma perfecta para excusarse y que le perdonara. Un día que un cliente le había entretenido demasiado, o que una de las personas a las que representaba (ese era su trabajo, representante) le había exigido algo a última hora. Aquellos actos estaban estudiados, sabía perfectamente cómo calentar el ambiente en mi trabajo porque yo le contaba las anécdotas internas del mismo, y sabía que día venía peor o podía pasar inadvertida mi tardanza. Además, cuando llegaba a recogerme estaba tan enfadado que lo creía molesto por no poder cumplir conmigo. Así fue como al cabo de un mes, llegué incluso a atrasarme hora y media.

»Pensaréis: ¿cómo pudo pasar?, pero es que una vez me fui porque veía que no llegaba y la cosa no

acabó nada bien. Cogí un taxi y me incorporé a mi puesto de trabajo. Una hora después se presentó allí como un energúmeno, gritándome al oído lo desagradecida que podía ser y lo poco que valoraba el esfuerzo que hacía por mí. Intenté que entrara en razón y que dejáramos la conversación para después. Al salir, no estaba esperándome como siempre, ni tuve noticias de él al día siguiente. Volvió un par de días después esperando altanero que le diera la disculpa que se merecía por el feo que le había hecho. La segunda vez que se atrasó demasiado no me quedó más remedio que esperarlo a que viniera por mí para llevarme, para no hacerlo enfadar, para no sentir la culpa, esa que siempre tenía yo, de todo lo que nos pasaba. Está claro que no duró mucho aquello porque la empresa tomó medidas, me despidieron. Él me consoló: «No te preocupes, ahora yo me encargo de ti» fueron sus palabras exactas. Y eso hizo.

»No me enfadé con él y sé que lo debería haber hecho, pero el día después de mi despido, había preparado una cena en su casa con todo lujo de detalles. Y la sorpresa no terminó ahí, había conseguido un trabajo para mí, junto a él. Sería la imagen de una tienda de ropa de tallas *curvy* y él mi representante. Aquella paradoja me confundió tanto como a vosotros, no entendí que se hubiera quejado porque me miraban hombres en el trabajo y que ahora quisiera exponerme en revistas. Todo lo solucionó con un «... estás conmigo que es lo importante», y sonreí. Lo hice porque era lo que mejor hacía con él, dejarme llevar y sonreír con sus maravillosas ideas. Era eso o que me reprochara que no le importaba lo suficiente, que mientras él se desvivía por mí yo me quejaba de todo, y lo hacía con maravillosas frases que repetía cada día: «No sabes lo que tienes a tu lado». «No te olvides nunca que nadie te tratará como yo lo hago, yo te cuido, aunque tú no hagas lo mismo conmigo».

Vicky parecía más tranquila a cada palabra. Para ese día había seleccionado unos hechos que en principio le parecieron ridículos, pero ahora al contarlos en voz alta veía claro todo lo que había hecho con ella. Apretó la mano de Biel, un consuelo que por simple que fuera la reconfortaba y a él también le ayudaba a tranquilizarse, por lo que le imitó el gesto y con ese intercambio ella continuó hablando.

—Aquella misma noche nos acostamos por primera vez. Habíamos tenido nuestros roces, pero nunca hasta el final, «él me respetaba», cuestión que también valoraba. «Desnúdate», me pidió casi con frialdad, como si fuera a examinar una mercancía. Lo hice pensando que sus ojos me miraban con algo más que interés económico. —La vergüenza se reflejó en los colores de su rostro, pero nadie hizo el más mínimo gesto o sonido. Además, ella sabía que muchas de las allí presentes habían pasado por humillaciones similares, e incluso peores—. Intenté incluso taparme, pero retiró mis manos y me pidió con tono duro: «Nada de perder peso o ponerlo, tienes que mantenerte en la talla cuarenta y seis, es lo que tengo firmado con la marca de ropa». Así, de la manera más despreciable, me enteré de que estaba todo decidido. Fui a protestar, pero sus labios se pegaron a los míos con efusividad, y no era algo que ocurriera muy a menudo, por eso cuando sucedía no lo frenaba por nada. Era como si yo estuviera a la espera de una pizca de atención, de cariño, de cualquier muestra que me indicara que aquello merecía la pena. Es más, creo que fue la única vez que lo hicimos con algún que otro beso. Fue rápido y calculado. Sus manos acariciaban mis pechos, sus ojos cerrados y su movimiento de cadera sin disminuir o aumentar su ritmo, hasta que él terminaba, que era lo fundamental de aquel acto. Así fueron la mayoría de las veces, y digo la mayoría porque alguna que otra vez mostró algo más de cariño a petición mía, aunque siempre era después de una de «mis crisis de locura», como él las llamaba, y lo hacía porque me quería, no como yo a él que nunca se lo demostraba. Esas supuestas crisis se daban cuando discutíamos por algo. Él se mantenía distante, incluso desaparecía durante algunos días y al volver me decía que lo había hecho por mí, para que pensara en lo que le hacía pasar. Siempre era la misma dinámica, enfado por algo que yo hacía, desaparición y vuelta a la espera de una disculpa por mi parte. Y realmente creía que toda la culpa era mía, por lo que mis «lo siento; no volverá a pasar; no me lo tengas en cuenta...», se hicieron asiduos.

»La última pelea antes de irnos a vivir juntos fue la que inició mi separación con el mundo. Lourdes,

mi única amiga en Sevilla, me llamó para salir a cenar. Inocente de mí que acepté sin consultarle si le parecía bien. Aquello supuso palabras de reproche, del tipo: «Pensé que me querías» o «Ya me doy cuenta de que no quieres estar conmigo», y cuando oyes esos comentarios, una culpa cae sobre tus hombros con un peso que no eres capaz de soportar de forma que acabas haciendo lo que realmente no te apetece, llamar a tu amiga para decirle que no puedes quedar. Los días siguientes atacó a Lourdes de manera sistemática: «Quiere separarnos; te tiene envidia porque tienes a alguien que te quiere; quiere que estés sola; me ataca porque soy el pilar de tu vida...». Cuando escuchas una y otra vez todas esas acusaciones sin nadie que te diga lo contrario, porque él se encarga de que así sea, acabas creyendo que tu mejor amiga es la peor de tus enemigos. Así llegó el día en el que me pidió que borrara su número de mi agenda y si lo hacía nos iríamos a vivir juntos a su apartamento. Y ahora arrepentida de todo y sintiéndome una cobarde, tengo que confesar que lo hice; borré aquel número y me fui con él porque pensé tal como él se había encargado de decirme, que era lo mejor que me podía pasar.

Lamentaciones, eso era lo que reflejaba cada una de sus lágrimas. Por la cabeza de los asistentes no pasaban más que insultos hacia personas que intentaban imponerse sobre otras, que jugaban de forma ruin a anular a quien debían respetar, como todos sabían que le había pasado a Vicky. Por su derecha llegó un pañuelo de la mano de Biel. Se lo tendió y esperó que ella lo aceptara para secar esas lágrimas que no eran más que un mal pasado.

Por su parte Biel se estaba encargando de llenar sus ojos de orgullo y respeto por el valor que ella demostraba reconociendo todos esos hechos, pero no con la idea de que viera cómo había metido la pata, porque no lo había hecho, solo había creído estar enamorada, porque si algo tenía claro era que Vicky no conocía todavía el verdadero amor y él estaba dispuesto a mostrárselo. Echó una mirada hacia Sonia, pidiéndole con ella que hicieran un breve descanso, pero esta negó por el miedo a que eso volviera a silenciar a Vicky. Ahora había superado lo más difícil, volver a empezar.

Carmen, una señora mayor que acompañaba a su hija víctima de malos tratos empezó a aplaudir, método con el que en muchas ocasiones se habían apoyado. No tardaron los demás asistentes en hacerlo y Vicky en levantar su cabeza para observar cómo esas personas, con las que tenía cada día más en común, no juzgaban sus actos. Ellos entendían que una mujer no llega a eso de un día para otro, que el proceso de un maltrato, y más de índole emocional, se va construyendo sobre una base de baja autoestima, falta de seguridad o apatía, como fue el caso de Vicky y esa construcción es progresiva, granito a granito con pequeños detalles y comentarios que van mermando tu capacidad de tomar decisiones, consiguiendo hundirte, hacerte una marioneta en manos de otro que no duda en utilizarte para creer que es alguien con poder.

—Gracias —pronunció con sus labios, aunque la voz no llegó a mucho.

Biel se levantó y le dio lo que sabía que necesitaba, un abrazo de esos que, como Vicky le decía a menudo, reconstruyen. Al recomponerse sintió los labios de Biel en su frente y aquel gesto fue todavía más aplaudido por los asistentes, pero fueron vótores que arrancaron sonrisas y no lágrimas como era común en aquellas sesiones.

La terapia fue más dura de lo que Vicky pensó en un principio, por lo que se alegró de que el tiempo no le permitiera mucho más. Salieron a la oscura noche de Madrid y subieron al coche que Biel había aparcado a escasos metros de la puerta.

—Hasta la semana que viene —le dijo una de las compañeras al pasar por detrás de ella.

—Hasta el martes —contestó Vicky que se estaba quitando el abrigo que en el coche le incomodaba.

—¡Eh! Por cierto —se giró la chica para hacer un apunte—, no lo dejes escapar —soltó haciendo un gesto con su cabeza que señalaba a Biel quien, atento a unos mensajes de su móvil, no había visto ni oído nada.

Se sentó en el asiento del copiloto y observó a su amigo concentrado en teclear en el móvil. Acercó sus labios a su mejilla y depositó un beso que fue inesperado para él, tanto que su reacción llegó en forma de sonrisa, pero no una sonrisa cualquiera, sino una de esas que muestran lo verdaderamente feliz que eres en el momento en el que sonríes. Dejó aquel mensaje dirigido a Tito a medio enviar, guardó su móvil y se dirigió a su casa, aquella que por fin compartía con Vicky.

Al entrar en la vivienda, la cena aguardaba en la nevera, y sin mucha demora se dedicaron a ello, ya que ninguno de los dos quería cenar demasiado tarde. Durante el trayecto habían hablado sobre el trabajo de Biel, sobre cómo avanzaban las cosas con la nueva marca deportiva y de su hermano Tito con el que compartían videollamadas semanales, el cual se había alegrado mucho al descubrir que Vicky convivía con su hermano pequeño. Ahora en la protección de lo que esperaba fuera un hogar para ella, se atrevió a preguntarle por cuestiones más delicadas.

—¿Estás bien después de la sesión de hoy?

—Parece que sí —dijo ella sin levantar la vista de su plato—, o al menos eso creo.

—Has sido muy valiente, siempre lo has sido. Tienes que entender que lo que ese tipo hacía no era culpa tuya y sé que lo sabes, pero me gustaría oírte decir que no sientes esa presión.

—Sé que no hizo por mí ni la mínima parte de lo que tú estás haciendo. —Agarró su mano por encima de la mesa acariciando con su pulgar los nudillos de Biel.

—No es que podamos compararnos, la verdad.

—Ni pretendo hacerlo. Santi nunca me ayudaría a encontrar mi vida, el me ayudó a perderla y eso es algo que me he dado cuenta hoy. Es increíble que hablándolo salgan tantas reflexiones internas.

—Te dije que esas terapias son maravillosas. —No queriendo perder el contacto de los dedos de Vicky que jugaban con la piel de su mano, entrelazó sus dedos sin darse cuenta de que su cuerpo se había reclinado hacia adelante, buscando proximidad.

—Me alegro de haberte encontrado.

—Me alegra que me encontraras. Ven aquí. —Empujó el cuerpo de ella hacia el suyo llevando su mano por el brazo de la joven hasta su hombro.

Acabaron fundiéndose en un abrazo que ninguno de los dos quería terminar. Vicky recordó las palabras oídas hacía unas escasas horas de no dejarlo escapar, pensando en la posibilidad de atreverse a darse a un hombre que al menos la respetaba como persona. Él no pudo evitar enredar sus dedos en el cabello de Vicky, fantaseando con la idea de que podía hacerle el amor tan dulcemente como se merecía. Ninguno de los dos sabía que los cuerpos hay veces que se separan de la mente para dejarse llevar por los deseos más profundos que esconden, y así fue como los ojos se encontraron, los labios se llamaron a gritos y las mentes no pudieron frenar aquella tensión que entre ellos se podía solucionar con caricias y palabras susurradas.

Biel entendió las señales de ella y se lanzó a riesgo de ser rechazado, pero no lo fue, ella aceptó sus labios en su frente, en sus párpados, en la punta de su chata nariz y así hasta que los juntó con los suyos. Tanto se concentraron los cuerpos que hasta el televisor dejaron de oír, y quien dice el televisor dice el teléfono de ella que sonaba con una llamada de la madre de Biel que quería saber cómo le había ido la sesión. Pero nada importó. Cuando volvieron a abrir los ojos de aquel profundo e intenso beso en el que se traspasó la barrera de los labios, ya estaban junto a la enorme cama del dormitorio y ya era demasiado tarde para todo, hasta para pensar o recordar, hasta para dejar paso a los malos momentos vividos.

Las manos de ella levantaron la camiseta de él dejando aquel torso, que en un par de ocasiones se

había cruzado tan de cerca, despertando en ella una fuerte atracción. Biel, ya sin temor al advertir cómo ella actuaba, no dudó en hacer lo mismo con el jersey que llevaba, y así, prenda a prenda se vieron desnudos en la oscuridad de la habitación. Llegaron besos. Besos que recordaron a ambos el día que sus labios se unieron por primera vez como forma de consuelo en ella, y de satisfacción en él por la decisión que su amiga había tomado al llamarlo. Llegaron besos que eran dados y recibidos con ganas, muchas ganas guardadas. Llegaron caricias que demostraban amor, deseo, respeto... Y lo más importante, no llegó el miedo. Ese quedó fuera de aquel piso, de aquellas paredes. El cuerpo de Vicky solo podía percibir las caricias de aquellas manos que la ayudaban a levantarse cada día, el calor de los labios que ahora paseaban por su cuello y el aroma de ese cuerpo que la llevaba poco a poco hasta la cama, donde acabó tumbada.

No tardó Biel en seguirla, justo entre sus piernas, justo encima de ella, de su Morena. Como si todo hubiera estado previsto, premeditado o estudiado, se vieron inmersos en ese amor que ninguno expresaba pero que ambos demostraban con cada detalle que tenían con el otro. Y así fue como pasaron la noche, enredados entre ellos y en la necesidad que esos cuerpos, sin mentes que les hicieran rechazarse, sintieron. No hubo palabras que decir, fueron sus ojos los que brillando en la oscura habitación se miraban fijos y se exponían todo.

Biel intentó grabar cada instante, cada una de sus entradas en ella, del roce de su piel en su cuerpo, todo lo que ella sin darse cuenta le brindaba. Vicky se declinó por las emociones no tangibles que pudo respirar entre aquellas paredes; el cariño, el respeto, incluso se atrevió a pensar... en el amor.

Los ojos de Biel se despertaron temprano, aunque felices. Verse junto a Vicky, y desnudo, solo podía suponer que había dado un enorme paso. Solo dejó la sonrisa a un lado para pensar fríamente en la situación, y en Vicky, que dormía bocabajo a su lado con la respiración calmada y los hombros al descubierto. Sus ojos la observaban en aquel plácido sueño, y su cabeza planteaba las opciones posibles. Su humor cambió, aquella felicidad del principio quedó algo relegada y acabó por enturbiar el despertar hasta que desistió de pensar e hizo lo posible por disfrutar el momento. Centró no solo sus ojos sino también su atención en ella y en la piel que las sábanas no cubrían. Después de un rato de pasear su mirada, fueron las yemas de sus dedos quienes hicieron el camino de forma lenta, intentando no ser el motivo que sacara a su Morena del mundo de sueños en el que estuviera.

Acabó por levantarse de la cama antes de que las ganas de más regresaran sin poder ser frenadas o antes de que ella se despertara, temiendo el miedo a su reacción. Pensó incluso en llamar a Sonia y plantear la situación con las posibles vertientes en las que podría desembocar. Y es que Biel no era tan inocente. Sabía que lo ocurrido podía ser muy bueno o muy malo para Vicky. Sin embargo, no le dio tiempo a mucho porque mientras se ponía el *slip* los ojos de ella se abrieron de par en par recordando la noche pasada.

—Buenos días —dijo él con tono temeroso.

No recibió respuesta inmediata, ya que por la mente de Vicky seguían pasando los momentos vividos hacía unas pocas horas, aquellas caricias, los besos y el amor que rozó cada poro de su piel. Cerró los ojos sin saber dónde meterse. Aquello podía suponer un antes y un después en su relación con Biel, y no quería estropear lo que hasta ese momento tenían, pero ella no estaba preparada para una relación como tal en ese momento. Ni siquiera sabía por qué se había dejado llevar de aquella manera.

—Biel... Yo... —soltó Vicky sentándose en la cama.

—Voy a preparar algo de desayunar —la interrumpió él—, ahora hablamos.

Ella se dejó caer sobre el colchón y cubrió su cabeza con la parte de la almohada donde había reposado Biel. Con aquel gesto intentó calmar su remordimiento, pero empeoró cuando sintió el olor, ese aroma que solo él tenía, aunque fueran miles los hombres que utilizaban su mismo perfume. Se levantó de la cama y recogió del suelo su ropa interior reprochándose en cada movimiento de su cuerpo que hubiera pasado aquello, y por qué no, alegrándose en parte de que un hombre de aquel talante hubiera sido su salida definitiva de una relación tan tormentosa como la que había tenido con Santi, porque eso fue lo que decidió cuando se colocó el pantalón, que no se daría a una nueva relación si no sentía como mínimo, la mitad de lo que Biel le había hecho sentir.

Cuando salió de la habitación se encontró con aquel hombre tan atractivo con el que vivía en pantalón de pijama y preparando unas tostadas de pan integral con semillas, el que a ella más le gustaba y que él había descubierto hacía poco.

—Siento mucho lo de anoche —dijo ella nada más cruzar la puerta.

—Yo no, si quieres que te sea sincero.

Ninguno de los dos se miraba, lo que podía interpretarse de muchas maneras. Ella suspiró temiéndose que no fuera fácil para ninguno de los dos y sintiendo la culpa de haber caído en un acto que podría perjudicar su amistad.

—Biel, sé que no ha sido nada malo, pero para mi situación actual creo que no es lo más recomendable. Es más, creo que lo mejor será que recoja mis cosas, seguro que Lina y Martín pueden acogerme unos días...

—¡No! —interrumpió él casi en un grito—. Eso no es necesario y lo sabes. Yo puedo comprenderte. Igual no compartir tus ideas, porque no le veo nada de malo a esto, pero puedo comprender que no estés preparada.

—No solo es eso, no quiero que pienses que me he aprovechado de ti. No sé si me explico.

—Eh, Vicky, tranquila. Mi madre no te hará casarte conmigo por mancillarme. —La leve risa de él la relajó, pero esa tranquilidad duró poco cuando ella lo sintió acercarse demasiado—. Puedo esperar todo el tiempo del mundo.

—No es justo para ti.

—Ni lo que has vivido es justo para ti. La vida no es justa para nadie.

—No sé si yo seré capaz de sobrellevar esto. Entiendes que lo que ha pasado puede hacernos cambiar la visión que tenemos el uno del otro. No es tan simple, Biel, es difícil convivir con alguien que... —ella silenció sus labios para no gritar lo que acababa de descubrir, estaba totalmente enamorada de ese hombre.

—Vuelvo a repetirte que no tengo problema ninguno en seguir durmiendo en el sofá.

—¡No solo es eso, Biel! —gritó Vicky algo desesperada por la tranquilidad que él mostraba ante lo ocurrido. Y es que para ella todo era mucho más complejo. Estaba enamorada, sí, y al parecer una noche de sexo, (o más bien amor) que era lo que habían tenido, no le suponía problemas a ella, pero llevar eso a un nivel superior la aterraba. No sabía cuándo estaría preparada para ello y si alguna vez lo conseguiría, y era injusto para él mantenerlo en ese plano de amigo a la espera de una relación. Además de que estaba más que segura de que los sentimientos de él por ella no tenían el nivel que debían.

—Está bien, quieres que lo discutamos, discutimos. No, no te entiendo, yo no soy Santi ni nunca lo seré, y lo sabes. Que entiendo que andes con pies de plomo, sí, que me rechaces, no. Te digo que no pasa nada, que no te lo tomes así, ¿qué quieres que te diga, Vicky? No. Quiero. Que. Te. Vayas. Creo que aquí es donde debes estar o al menos donde quiero que estés. —Biel hizo una pausa al notar que en todo lo que había dicho solo estaban sus deseos y no los de ella—. Ahora bien, si no quieres estar conmigo tampoco voy a obligarte. Puedes marcharte cuando quieras —agregó teniendo en cuenta lo que podían

ser sus deseos.

—No quiero hacerte daño. Biel, yo... —ella se frenaba cuando de confesar su amor se trataba, no quería caer en el error de confundir los sentimientos dado todo lo que él hacía por ella.

—No me lo haces si te quedas.

—No puedo tener una relación contigo ahora mismo, necesito... —Los ojos de Vicky se anegaron en lágrimas que pujaban por caer.

—Eh, Morena. Tranquila.

—No quiero hacerte daño, no me lo perdonaría... —susurró ella ya entre los brazos de él que la rodeaban con cariño. Biel comprendió que no podía atormentarla de aquella manera con los deseos propios. Debía entender que lo de anoche fue reflejo de algo más profundo que los pensamientos racionales, que fueron las verdaderas ganas de vivir que ella aún sentía, y se sentía afortunado de haber sido el elegido.

—Vamos a desayunar y cuando terminemos haremos lo que quieras. Si quieres irte..., recogeremos tus cosas —dijo a pesar del esfuerzo que le suponía.

Terminaron el desayuno en un silencio absoluto, con las cabezas de ambos dando vueltas a la idea de que la decisión que tomaran podía ser la que marcara el futuro de ambos, pero ninguno sabía que era el mismo futuro que los dos deseaban.

Zoom

(Dispositivo de distancia focal variable)

—Me he acostado con Biel —confesó Vicky a Sonia en la sesión individual de aquella semana.

Sonia, pensativa, no sabía por dónde empezar con aquella confesión. Desde luego podía ser un paso hacia delante en recuperar una vida que se enmarcara en los patrones de normalidad, pero también suponía cierto riesgo a dar ese paso en dirección contraria.

—¿Cómo te sientes? —Pensó que una pregunta más general y abierta podía hacerla rebuscar en sus propios pensamientos.

—No lo sé. Tengo sensaciones dispares según el momento del día. En ocasiones lo recuerdo como algo precioso y deseado por ambos; en otras lo veo como un falso paso entre nosotros y la amistad que nos une.

—Y Biel, ¿qué dice?

—Al parecer no quiere meter la pata y ha dejado todo en mis manos. Seré yo la que tenga que decidir qué hacer con mi vida.

—Eso siempre será responsabilidad tuya, no lo dudes.

—Sí, pero tampoco sé que sintió él para poder sopesar qué puedo hacer. Lo que al menos tengo claro es que regresaré a su casa. Lo que supone que él regrese al sofá.

—¿Crees que es pronto para una relación?

—Sí —sentenció con total seguridad—. Es lo único que tengo claro. Eso y las dudas que me recorren constantemente sobre mí misma, los sentimientos de él y lo que puede ser lo nuestro.

—¿Qué hay con los sentimientos de él? ¿Crees que no son honestos?

—Creo que existen, pero los confunde. No sé. Tengo la sensación de que es solo cariño lo que siente por mí, que el relacionarnos tanto y la compasión o pena le hacen acercarse más, que no es el amor que debe haber entre un hombre y una mujer. Aunque tampoco sé cómo es ese amor. No soy la indicada para definirlo. —Sonia dejó que Vicky siguiera masticando esos pensamientos sin confesarle lo que ella tenía mucho más claro.

Vicky pasó algunos días en casa de Lina. Justificaron un viaje de Biel para no dar muchas explicaciones del cambio. Afortunadamente Martín no era hombre de molestarse y aceptó sin problemas que su casa se viera ocupada por la amiga de la familia. Pasaron unos días bastante ajetreados porque el embarazo avanzado de Lina requería que se apresurasen en las compras de lo necesario para el bebé, y Vicky fue compañera de todo aquel trajín. En esos días reflexionó sobre lo ocurrido con Biel dándose cuenta, entre otras cosas, de lo mucho que lo echaba de menos. Biel permaneció encerrado en su piso adelantando trabajo de retoques y mejoras en las fotos de sus últimos proyectos. Sintió el vacío de su casa como algo más que un silencio. No es que Vicky fuera la alegría personificada, pero en momentos como aquel solía interrumpirlo si no salía en tres horas seguidas ni para beber. Le recordaba que era bueno que despegase diez minutos sus ojos del ordenador y que se levantara de aquella silla tan de diseño, pero a su vez tan incómoda. Biel sonreía cuando recordaba cada uno de esos detalles y más la echaba en falta. El acuerdo había sido claro: «Dame unos días», y eso hacía, darle unos días que se estaban convirtiendo en un suplicio para él. Lo único que le aliviaba era que no se había llevado todas sus pertenencias, y que si había usado la excusa de un viaje es porque en el fondo pensaba volver, sin embargo, le carcomía el

hecho de que se hubiera visto necesitada de marcharse.

Vicky se dijo a sí misma que esa sería la última noche que pasaría allí, por lo que abusando de la confianza que tenía con Lina, que no con Martín, se atrevió a preguntar:

—¿Cuándo os conocisteis?

—Hace unos tres años. Aunque tardamos algo más en hacernos pareja. —Fue Martín quien con los ojos llenos de amor contestó a la pregunta mientras se fijaba en su preciosa mujer embarazada. Y no era para menos, Lina tenía el porte de todos los hermanos, alta, esbelta a pesar de su embarazo y con el pelo rubio cobrizo. Los rasgos de su rostro eran más similares a su padre, a diferencia de Biel que se parecía más a su madre. Sin embargo, a Tito, lo hacía una mezcla de ambos progenitores.

—En realidad yo cuento esos tres años. Es imposible no contar el tiempo que estuviste esperando. —Lina agarró la mano de su pareja mostrando el cariño que sentía por él.

—¿Esperando? —preguntó Vicky confundida.

—Sí, esperando —dijo Lina cambiando su atención de Martín a su invitada—. Lo conocí en el supermercado, en mi segunda salida sola después de «rehacer» mi vida. Casi como tú estás ahora. Iba a la terapia en grupo con Biel y volvía junto a mi madre. Nunca me paraba en ninguna parte ni salía sola de casa. El miedo a encontrármelo era demasiado grande. Pero un día dije que tenía que volver a ser yo, y fui a la compra sola. Aquel primer día no me dio tiempo de conocerlo porque regresé a casa sin la mitad de los productos que en principio iba a comprar, pero a la semana siguiente repetí la operación. Salí al supermercado y cuál fue mi buena suerte que a una chica se le cayó de las manos un bote de cristal, ¿qué era...?

—Setas —contestó Martín mientras seguía atento el relato que ya conocía.

—Eso, setas. Todo el caldo del bote acabó en mi pantalón. La chica no sabía dónde meterse y entonces llegó él, con su traje de chaqueta, presentándose como el gerente del establecimiento.

—Llegué a salvarla.

—Más bien a asustarme —apuntó Lina, que cambió de nuevo la mirada para demostrarle a Martín cómo había cambiado todo en ella—. Hizo el intento de agarrarme del brazo para llevarme a los aseos del personal y quitarme las manchas, pero no lo consiguió.

—¿Te hiciste de rogar? —preguntó Vicky curiosa.

—No. Me asusté. Literalmente me asusté. Levanté mis brazos ante mi cara e intenté protegerme de los golpes que estaba acostumbrada a recibir cuando un hombre se acercaba a mí.

Se hizo el silencio en aquella estancia como si el mundo no existiera fuera de aquel piso. Nada entraba en el pabellón auditivo de Vicky que incrédula con la historia que estaba escuchando se sintió como una idiota por huir de un hombre como Biel, e incluso por hacerlo de Santi cuando nunca le había hecho eso que Lina había vivido.

—Imagina mi cara cuando vi aquello —explicó Martín sacando a Vicky de su estupor—. Me retiré enseguida y me disculpé de mil formas distintas. Llamé a una de las empleadas y le pedí que se encargara de aquello. Lo único, es que... me enamoré. Y no pude quitarme de la cabeza ni su rostro, ni su reacción.

—Y, ¿cómo conseguiste salir con ella?

—Con paciencia —dijeron los dos al unísono.

—¿Te preocupa algo, Vicky? —preguntó Lina que percibió demasiadas preguntas en la muchacha.

—¿La verdad? —cuestionó Vicky. Lina asintió esperando—. Me preocupa no ser capaz de rehacer mi vida.

—Oh, cariño. —Lina se acercó a ella y casi como una madre acarició el brazo de Vicky proporcionándole consuelo—. Lo harás, sacarás el valor suficiente para hacerlo. Y tranquila que lo sabrás. Algo te dice cuando es el momento adecuado y lo notarás aquí —dijo señalando el pecho de Vicky por la

zona del corazón.

—Tengo miedo a equivocarme.

—Mírame, Vicky —pidió Lina, que cambiaba su tono de voz a uno cargado de seguridad—. Tú no te equivocaste, te enamoraste. Nadie manda en eso y nadie puede juzgar que te metieras tú sola en esa relación porque... no funcionan así las cosas. Nadie de ahí fuera sabe lo que se siente cuando estás siendo manipulada y crees que estás siendo amada, nadie está libre de eso. No solo en la pareja, y lo sabes, es en el trabajo, en la escuela, entre amigas... No, no hables así. Te enamorarás de nuevo y puede que tampoco funcione, pero al menos sabrás detectar detalles que antes no veías y eso es lo bueno de las vivencias, que aprendemos.

—Al final todo es cuestión de paciencia —intervino Martín, que admiraba la valentía con la que Lina superó su relación anterior—. El amor hará que espere lo que sea necesario y tú irás avanzando conforme puedas y lo harás por ti, por ti y por él.

Aquella noche Vicky dio vueltas y más vueltas a todas las palabras que le habían dicho sus amigos. Era duro, de eso no tenía duda, pero ¿y si estaban en lo cierto y solo era cuestión de tiempo? ¿Tendría Biel la paciencia suficiente para esperar? Horas después de meterse en la cama se durmió con una afirmación en su cabeza: Biel no era como Santi.

Regresar a casa de su amigo hizo que su estómago tuviera vida propia por el montón de nervios que acumulaba. Realmente estaba deseando volver y lo demostró con el efusivo saludo que hizo lanzándose a los brazos de Biel, quien la recibió entre los suyos con un abrazo de esos que muestran pequeñas referencias emocionales. No hablaron mucho del tiempo que ella había estado fuera, lo que no sabía que él jugaba en casa y había sido informado de todos los detalles. No precisamente porque Lina fuera de esas de las que andan cotorreando por ahí, sino porque ató cabos y pensó que su hermano pequeño podía ser ese hombre por el que Vicky se había planteado aquellas dudas. Y no se equivocaba. Biel jugó con esa información de su mano y no sacó el tema sabiendo ya por Lina que solo necesitaba tiempo para sentirse segura, aunque esta se guardó alguna información. Además, en aquellos momentos lo único que le alegraba era tenerla de vuelta en casa.

—Me alegra que hayas vuelto.

—Y a mí haber vuelto.

—No te vayas más, por favor.

—Lo intentaré —dijo ella tras un silencio en el que no se vio capaz de mentirle prometiéndole algo que no aseguraba poder cumplir.

La conversación que mantenían, más sus ojos que sus bocas, se interrumpió por el sonido del móvil de Biel, quien al ver el número se retiró para hablar disculpándose de Vicky con un gesto. A los pocos minutos salió de la cocina donde se había ido buscando un poco de calma y no tanto por intimidad.

—Coge el teléfono —le dijo a Vicky que lo miró con cara extraña.

Efectivamente su teléfono comenzó a sonar, pero ella no reconoció el número que salía en pantalla. Contestó delante de Biel, quien sonreía a la espera de ver la reacción de ella.

—¿Vicky? Soy Clara —oyó decir—, la amiga de Biel. ¿Queríamos saber, mi hermana y yo, si estarías interesada en la propuesta que te comentamos para la nueva temporada?

—Bueno, yo... —Biel dejó la sonrisa a un lado al ver las dudas que recorrieron el rostro de ella. Era la oportunidad de salir a ese mundo sin ataduras y no quería que desperdiciara la ocasión.

—Anda, por favor, no tenemos a nadie. Sabemos que te estropeamos tu año sabático, pero seguro

puedes hacer una excepción con nosotras, por favor, por favor... —Aquella forma de insistencia fue suficiente para que Vicky dejara de analizar todos los contras de aquel trabajo y recordara cómo llegó a amar ese mundo.

—Vale, acepto. Pero tengo una condición.

—Tú dirás —contestó Clara sin dudar que haría todo lo que fuera.

—Tengo preferencias en cuanto al fotógrafo —dijo viendo como la sonrisa de Biel se ensanchaba. Este giró su móvil y ella comprendió que la llamada que había recibido él minutos antes había sido la proposición por parte de las gemelas de hacer las fotos de su campaña.

—Si lo dices por Biel —interrumpió Clara—, eso está hecho.

Light painting

(Pintura de luz. Técnica fotográfica)

—La primera vez que me vi en una sesión de fotos fue en compañía de Santi. Debo admitir que es lo mejor que he sacado de mis años con él, la experiencia en el mundo de la moda. Lo malo..., imagino que todo lo demás.

»Llegamos de la mano, pero rápidamente me soltó para saludar a unos y otros. Os podéis imaginar mi timidez ante todo aquello que era completamente nuevo para mí. Santi me había dicho que era un día de prueba, no me conocían y querían verme en acción. Vi cómo se alejaba y saludaba a un tipo algo mayor que se paseaba por allí con altanería. Pronto me enteré de que era el dueño de la marca y el encargado de dar el visto bueno a las modelos. Tres éramos las que pasamos por su despacho, dos chicas de una agencia a las que la talla treinta y ocho les quedaría grande y yo. Entramos de una en una y Santi aprovechó los minutos que me quedaban para darme las órdenes oportunas: «Haz todo lo que te diga; si quiere verte en ropa interior te desnudas; no hables nada sobre el contrato, eso es cosa mía...». Quise replicar alguna de las cuestiones que me dijo, pero no me dio opción, como siempre, sentenció con un «Esto es lo mejor para ti, demuestra que me amas».

Todos permanecían atentos a las palabras de Vicky entendiendo cada uno a su modo cómo Santi se aprovechó económicamente de ella, y es que ese fue uno de los papeles que tomó en su vida laboral, el de representante de una nueva modelo *curvy*.

—Cuando llegó mi turno la mano de Santi me empujó dentro. Pensé por un segundo que no le importaba mucho que pasara a aquel despacho, pero la suerte estuvo de mi lado y parece que le caí simpática a Julián, el dueño de todo aquel tinglado. Salimos los dos a la vez y con el «supuesto contrato» más que asegurado. La alegría de Santi era increíble. Incluso me abrazó allí mismo y yo estuve el resto del día en un estado de gozo que ni yo me creía. Pasé por estilismo, maquillaje, peluquería... Aquello era increíble. Un mundo lleno de frenesí y velocidad, pero milimetrado por donde lo miraras. Yo, como la novata que era, observaba todo y disfrutaba de cada detalle que vislumbraba. Llegó mi turno y la fotógrafa me dio las indicaciones oportunas para lucir no solo el modelo que llevaba puesto, sino los trece más que le siguieron. No sabría explicar lo bien que me sentí, es un mundo que nunca vi a mi alcance, pero que en aquel momento se me hacía realidad, a mí, una chica cualquiera y con estos kilos. Cuando llevábamos una hora y media de fotos y poses nos dieron el primer descanso. Mi sonrisa estaba plasmada en mi rostro de lo feliz que me sentí por lo que estaba haciendo, pero duró poco, el tiempo de buscar a Santi y verlo con otra de las modelos que esperaba su turno. No fue el hecho de que estuviera con ella hablando, nunca he sido celosa, lo peor fue ver cómo lo hacía, la forma en que la miraba, o cómo hacía por tener un motivo por el cual tocarla. «Santi», lo avisé suavemente y peor fue la respuesta que obtuve de él y que confirmó mi sospecha. Me agarró del brazo retirándome con brusquedad de donde estaba la otra chica. «Estoy trabajando, ¿no te das cuenta! Me estás decepcionando, te creía más espabilada». Creo que eso no era precisamente como yo me imaginaba su trabajo. —La cara de Vicky pareció revivir todos esos detalles en los que la humillación sobrepasaba el entendimiento humano.

Eran muchos los presentes que se planteaban la misma pregunta: ¿Cómo podía alguien que te amaba tratarte así? Por suerte también eran cada vez más capaces de encontrar la respuesta: «Porque no te ama». Así y todo, Vicky seguía sin entender por qué no hizo caso a esa voz interior que le decía que aquello no era sano.

—Terminada la sesión —continuó su charla tras reponerse un poco—, todos lo celebraron con aplausos. La cena y las copas estaban servidas y me alegré mucho porque nunca salíamos con nadie,

siempre los dos solos, y eso, aunque gusta, también llega a cansar. Me retiré a la sala donde estaba mi ropa para cambiarme, me quité parte del exceso de maquillaje y me dejé el pelo suelto. Salí de allí dispuesta a pasarlo bien, aunque mi efusividad duró poco, ya que Santi tenía previsto otros planes para mí. Tal como me vio se acercó: «Toma», me dijo dejando en mi mano un billete de veinte euros, «Coge esto y vete a casa en un taxi, ya llegaré yo». Protesté, me había ilusionado demasiado con la idea y pensé que no habría problema. «He dicho que te vayas a casa, esta cena no es para ti y no me hagas llevarte como si fueras una niña pequeña». Mi segundo intento de rebelión le hizo estallar. Agarró mi mano y, tal y como dijo, me llevó a casa mientras por el camino me repetía que aquellas cenas eran para las putas que se acostaban con miembros de la organización, que les ayudaban a ascender y que tendría que negarme a ir a cualquiera de ellas si quería seguir con él.

»A las seis de la mañana me dormí, sin Santi en la cama. En aquella ocasión no me quise enterar de mucho, pero con el tiempo entendí que las chicas no se acostaban con nadie que no quisieran, y que él estaba entre los hombres con los que pasaban un buen rato. Nunca fui a una de esas comidas, por lo que todavía hoy no puedo contar con exactitud qué pasa en ellas, pero por lo que oía durante otras sesiones eran comidas entre compañeros de trabajo y poco más, todo lo que de allí surgiera era consentido y sin ningún tipo de conveniencia de por medio. —Biel, conocedor de aquellas comidas a las que Vicky hacía alusión, asentía dando a entender que no eran más que compañeros que se conocían un poco más. En ocasiones se hacían durante la misma sesión y en otros casos eran posteriores como despedida.

—Desde ese día no dejaron de salirme ocasiones de trabajo. —Y una sonrisa apareció en los labios de la joven ante el recuerdo de cómo despegó su carrera—. Sesión tras sesión, cada vez me acercaba más a marcas y empresas de nombres conocidos. Santi lo gestionaba todo: las condiciones de la sesión, los acuerdos económicos..., todo era cosa de él. Todas se sucedieron con la misma rutina. Llegábamos, me presentaba rápido y me soltaba en manos de maquilladores, estilistas y peluqueros; se hacían las fotos y sin darme pie a planteamientos de ningún tipo, me llevaba de vuelta a casa para él marcharse a «cerrar tratos». Cuando quise darme cuenta estaba tan metida en aquel funcionamiento que ni siquiera le planteaba el asistir a nada que no fueran las sesiones o alguno de los desfiles, que también salían de vez en cuando. Cuando las comidas tenían lugar en medio de la propia sesión nos íbamos los dos solos y así seguía con su labor de limitar mi vida social. Y no solo limitó eso. Se hizo cargo de todos los cobros de las sesiones y no solo de lo que hubieran sido sus honorarios como representante. Nunca me faltaba lo básico, pero me costaba más cuando quería algún capricho.

»Supo bien cómo plantearlo y guardaba una lista de todo lo que quería para convertirlos en regalos que relajaban las discusiones, esos «momentos de locura» que a mí me daban y de los que él era una pobre víctima. Sin embargo, ahora lo veo de otra manera. Aquellas locuras mías no eran más que momentos de lucidez, en los que me daba cuenta de todo lo que estaba haciendo de mi vida. Está claro que no grité lo suficiente, que no protesté lo que tenía que protestar o que no fui capaz de hacer mis maletas y largarme de allí. ¿Fui una cobarde? Pues... Todavía me lo pregunto.

—¿Quieres una copa? —preguntó Biel llevando su plato de la cena hasta la cocina.

—¿Hoy? Es jueves y mañana tenemos trabajo. —Vicky lo seguía con el resto de las cosas de la mesa que estaban recogiendo tras la agradable cena.

—Por eso lo digo, te ayudará a dormir. Además, hoy celebramos varios acontecimientos en tu vida.

—Ah, ¿sí?, ¿cuáles? —interrogó curiosa y haciendo que sus ojos se entrecerraran intrigados.

—Según mi punto de vista hoy, en la sesión, has estado genial, se te ve mucho más relajada y noto que

eso de contarle a la gente lo que te ha pasado es una forma de solucionarlo. Y no sabes lo feliz que me hace que así sea. —Biel se apoyó en la encimera y cruzó sus pies de forma relajada. Pidió expresamente a sus ojos que se retiraran de los de ella porque estaba empezando a notar la reacción que solo con verla tenía su cuerpo—. Otro de los motivos es que mañana volvemos a trabajar, y después de oírte decir que amas tu profesión... No veo otra forma mejor de celebrarlo que con una copa.

La risa de ella llegó en forma de carcajada. Para Biel cualquier cosa había que celebrarla y eso era algo que a Vicky le encantaba de él. Tenía un espíritu positivo, alegre, incluso a veces disparatado. Era todo lo que ella había olvidado ser. Se había convertido en una mujer retraída, sin carácter y temerosa; además de que había dejado de lado la simpatía de la que un día hizo gala.

Se sirvieron esas copas y se sentaron en la, ya preparada, cama de Biel. Vicky observaba a su amigo contarle las últimas novedades del mundo de la moda, y lo observaba sin escucharlo porque su cabeza se andaba enredando en todo lo que había cambiado su vida. Rememoraba una y otra vez el momento en el que entró en aquella sesión de fotos, junto a Santi, donde un Biel tirado en el suelo sacaba fotos del espacio vacío solo para comprobar los pequeños detalles de iluminación y sombras que tanto le gustan. No lo reconoció, solo se fijó en su dedicación al trabajo y la pasión que ponía en ello. Fue Biel quien al levantarse y dedicarle unos segundos a las personas que le eran desconocidas, la vio. Y no vio a la Vicky de ese momento, sino que en aquellos ojos encontró a la chica adolescente que sonreía con su hermano en cada comida familiar a la que asistió, vio a la chica que habló con él en una ocasión que tuvo una pelea con Tito, vio todos los recuerdos que tenía guardados de ella, y no dudó en acercarse. Lo que no esperaba era encontrarse con un tipo que percibió en él al enemigo, aunque se alegró, ya que eso fue lo que provocó que Santi sacara ante él su parte más oscura, esa que guardaba para la intimidad de su relación. Así fue que Biel descubrió todo por lo que Vicky estaba pasando.

—¿Nerviosa? —El tono de pregunta hizo que Vicky volviera al presente.

—Sí, no voy a negártelo.

—Lo harás bien, esto es como montar en bici, nunca se olvida.

—Eso espero. Hace más de medio año que no poso para nadie, y mucho menos para algo del mundo de la moda. Y encima, el fotógrafo es exigente.

Biel se quedó pensativo tras su sonrisa y como un resorte se levantó dirección a su pequeño despacho. Regresó cámara en mano provocando en Vicky unas risas cuando comprendió sus intenciones.

—No, no, no, por favor... —se quejaba ella conforme él se acercaba con el ojo en el visor y disparando sin parar.

—Venga, mujer, será una forma de calentamiento. —Vicky seguía negándose, haciéndose con mantas y cojines para cubrirse mientras Biel se los quitaba e intentaba tomar un buen plano—. Solo una buena... Para mí.

Se hizo el silencio entre ellos mientras sus ojos se concentraron en apreciar el amor que se tenían y que no eran capaz de ver con claridad. Vicky mordió su labio inferior y Biel rezó para que dejara de hacerlo. Aprovechó aquel momento para volver un poco en sí y hacer una de las primeras fotos que aquella noche llenaron la pantalla de su ordenador, porque fue él quien después de que Vicky se acostara, pasara en aquel despacho casi dos horas contemplando a la mujer que le robaba cada minuto de su vida.

Flash

(Dispositivo que actúa como fuente de luz)

Lina llamaba insistente sin obtener respuesta ni de Biel ni de Vicky, lo que ya era extraño y más si contaba con que era el día en que tenían la tan esperada sesión de fotos que volvería a poner a Vicky en el objetivo de una cámara y de miles de ojos. Volvió a apretar el botón del porterillo automático hasta que por fin consiguió oír la voz dormida de Biel.

—Soy Lina. Abre.

Biel, que no sabía ni qué hora era, se acercó a su móvil para comprobar que todavía disponían de tiempo ya que hasta las once no habían quedado. Le pareció extraño dormirse, solía ser bastante madrugador, pero recordó que el sueño tardó en llegarle después de pasar demasiado tiempo en el ordenador contemplando lo que tenía tan cerca y a la vez tan lejos. Miró a su alrededor, siendo vacío y silencio lo que recogió en esa primera inspección. Iba a indagar un poco más el paradero de su Morena cuando el timbre le sobresaltó. Abrió y su «redonda» hermana apareció ante sus ojos con un papelón de churros y un par de vasos de chocolate caliente.

—Os traigo el desayuno solo para que no me riñas por venir tan temprano —soltó entrando como una polvorilla a la vez que dejaba un rápido beso en el pómulos de su hermano que se agachó lo suficiente como para facilitar esa labor.

—¿No es demasiado? —dijo Biel señalando la cantidad de churros con los que cargaba su hermana y que dejaba en la mesa tras colocar con una sola mano un pequeño mantel individual.

—Somos tres, no es tanto.

—Somos dos —afirmó Biel.

—¿Se ha ido? ¿Qué le has hecho para que se vaya? ¡Sabía que la cagarías! —gritaba Lina histérica.

—No se ha ido, aunque tampoco sé si está aún dormida —contestó él acercándose a la habitación de Vicky y comprobando entonces el ruido de la ducha, lo cual lo relajó—. Está en la ducha —confirmó volviendo por el pasillo y acercándose a la mesa con su hermana.

—Entonces está bien esta cantidad para tres.

—Vicky no desayunará hoy —soltó Biel muy seguro de lo que decía.

—Y eso, ¿por qué? En mi casa desayunaba todos los días.

—Pero hoy no lo hará. Los días de sesiones los nervios no la dejan desayunar. —Biel no se equivocaba y lo sabía con la certeza de que la había oído contarle más de una vez ese detalle.

—¿Sabes que está enamorada? Puede que sea eso lo que no la deje desayunar. Y creo que eres tú el afortunado. —Lina soltaba aquella idea mientras contemplaba el alimento que mojaba delicadamente en el chocolate caliente para llevarlo a su boca—. Cuando estuvo en casa hizo preguntas que me dieron a entender que había encontrado a alguien. —Biel seguía sin decir palabra, pero la forma en que rechazaba la mirada directa de su hermana le daba a esta la pista que necesitaba—. No le hagas daño, Biel. —Ese fue el comentario que hizo que él dirigiera sus ojos hasta los de Lina clavando su incrédula mirada.

—Sabes de sobra que jamás haría eso. Es que ni siquiera puedo entender cómo has sido capaz de insinuarlo...

—Biel —lo interrumpió Lina—, no es que lo hagas a propósito, puede que sin querer le pidas o esperes cosas de ella que no esté preparada para dar.

Él comprendió rápido que la situación que vivían mujeres como su hermana o Vicky eran completamente diferentes a las que podía tener una chica común. Quedó tan pensativo que no escuchó que su Morena había hecho acto de presencia y que Lina le calmaba los nervios que decía no tener. Se

acercó a ella y susurró un «tranquila» que solo consiguió ponerlo nervioso a él por apreciar el olor de su pelo. Se retiró con la excusa de ducharse y eso hizo. Reguló el agua a una temperatura que relajara todo lo que provocaba aquella chica en él y a lo que, ahora, había que sumar las palabras de su hermana, que en esta ocasión fueron causantes de una sonrisa de alegría por ser reflejo de un atisbo de esperanza entre ellos. Nada de aquello quitaba que la relación que Biel y Vicky mantenían no era más que de amistad, pero ese detalle abría la posibilidad de que pasaran a algo más y solo esa idea lo entusiasmaba.

Salió de la ducha comprobando con fastidio que había dejado la toalla y la ropa fuera del baño con los nervios de quitarse de en medio, por lo que ahora no le quedaba otra que salir como su madre lo trajo al mundo para poder vestirse. Supuso que Vicky estaría con su hermana hablando, por lo que abrió la puerta intentando oír la posición de las chicas para salir con tranquilidad. No escuchaba nada, pero como tampoco vio movimiento, se decidió a aventurarse. No había llegado a tocar con la punta de sus dedos la toalla que reposaba sobre los pies de la cama, cuando Vicky hizo acto de presencia. El grito que salió de su boca fue de la misma magnitud que la abertura de la misma, aunque no fue tanto por verlo desnudo, imagen que por otra parte no borraba de su cabeza desde el primer día que tuvo el gusto de hacerlo, sino más bien por no esperárselo allí. Lina solo hizo asomarse al pasillo para entender qué había pasado y la carcajada que echó se hizo oír en todo el piso. Tras la suya, la de Vicky que se alejaba tapándose los ojos y por último la de Biel que consideró que no había mejor forma de sacar los nervios que no fuera con una buena risa.

Vicky observó cómo Biel se adentraba con el coche en un polígono industrial. Sabía de sobra que en muchas ocasiones las naves industriales se convertían en el mejor sitio para las sesiones de fotos de interior. Los empresarios aprovechaban sus almacenes para situar allí los elementos necesarios y ya el ordenador se encargaba del resto. Lo que no contaba Vicky es que los nervios habían dejado de ser los típicos del momento para ser incluso molestos. Sus manos no conseguían dejar de sudar y estaban heladas, sus piernas casi temblaban en el asiento y sentía su garganta completamente seca. Fue entonces cuando apreció que los nervios iniciales se estaban convirtiendo en miedo. Y lo peor de todo es que no sabía a qué.

Biel, atento a la conducción, no se percató del estado de su amiga hasta que no paró el coche en la puerta de la nave donde las gemelas acumulaban su *stock*. La observó y pensó en decirle algo que la ayudara, pero entendió que era una situación que debía superar y que enfrentarse a los recuerdos, que seguro le sobrevinían, era lo mejor. Siguió observándola cuando entraron y vio cómo sus ojos se fijaron en cada detalle del espacio, incluso llegó a pensar que estaba ¿buscándolo? No iba muy equivocado. Vicky trataba de quitar de su cabeza los miles de veces que Santi la acompañaba a las sesiones, el trato que le daba y la desfachatez con la que se comportaba. Quería deshacerse de ese miedo que la atormentaba, de esos recuerdos que colocaban a Santi en cada esquina de la nave en la que se encontraba. No entendía por qué le pasaba aquello, pero fue tan fuerte la angustia que comenzó a escuchar las voces de las gemelas y del propio Biel como si llegaran de otra dimensión. Empezó a hiperventilar y fue su mano en el pecho la que llevó a Biel a empujarla hacia el exterior para que olvidara un poco todo lo que estaba por pasar.

—¡Vicky! ¡Vicky! —gritaba Biel intentando traerla de vuelta mientras los pensamientos de ella se concentraban en las risas de Santi con otras modelos, en los gritos al oído que le decían que era una gorda que no valía para nada, en los miles de palabras vejatorias que sus oídos escucharon durante las sesiones de fotos que vivió con él, donde en más de una ocasión terminaba por llorar.

No pudo evadirse fácilmente de todos esos hechos que la atosigaban en lo más hondo de su mente y que, sin ser llamados, hacían su aparición en el instante en que volvía a vivir una experiencia similar. Su pensamiento viajó a la última sesión de fotos de hacía ya casi ocho meses en la que Biel estuvo presente. Recordó la forma en la que Santi martilleaba su oído con críticas contra él, en el modo en que la llamó puta por sonreírle y en la manera en que cogió su mentón para recordarle que ella no era nada sin él. Y todo eso, hizo que su cuerpo perdiera la poca conciencia que le quedaba desplomándose por la pared en la que su amigo había creído conveniente apoyarla.

Que volviera en sí fue un alivio para todos, pero especialmente para el preocupado Biel, que no dejaba de temblar debido a los nervios que ahora en él jugaban una mala pasada. Clara le acercó un poco de agua mientras Nuria no paraba de echarle aire con un trozo de cartón. El peluquero contratado para la ocasión se acercó con un café que aseguró le devolvería los colores, y así fue cómo Vicky recuperó un poco la cordura. Algo más tranquila y ya sentada en una silla que habían sacado del interior, los presentes vieron conveniente por la mirada de Biel que sería bueno dejarles a solas.

—¿Mejor, Morena? —preguntó un todavía asustado Biel.

Vicky no contestó con la afirmación que era de esperar, miró a los ojos de él viendo lo que nunca había querido ver, ese amor que sentía hacia ella y con eso tuvo bastante.

—Mejor. Vamos dentro —casi ordenó levantándose y Biel que permanecía agachado ante ella lo hizo también.

—¿Estás segura? No tiene que ser hoy —él la frenó cogiéndola de la mano. Vicky notó el impacto de la retención en su cuerpo, se giró, acercó sus labios a los de Biel y tomó de ellos el valor que necesitaba para superar lo que le había destrozado la vida. El chico no tardó en contestar a ese beso que en cada roce se hacía más intenso y pasional.

—Vamos —dijo Vicky con los labios aún pegados a los de Biel.

Los dos entraron en la nave donde las miradas no se apartaban de ellos. El suspiro de Vicky fue el gesto que faltaba para repartir el valor en todas sus terminaciones nerviosas. Se concentró en el «ahora» haciéndose a la idea de que nunca había tenido esa experiencia. Disfrutó de cada detalle dejando de lado los recuerdos que los años al lado de Santi habían grabado en su piel. Pasó por peluquería y maquillaje donde Ramón con todo su encanto y gracia la había hecho incluso reír a carcajadas, las chicas le mostraban los modelos que luciría para la sesión y ella agradecía que nadie hubiera querido saber de más.

Biel en otro lado de la nave preparaba el material que iba a necesitar. Por lo general contaba con un par de ayudantes, pero por poder rebajarles el precio a sus amigas había prescindido de personal. Que estuviera inmerso en el trabajo no le quitaba para observar de vez en cuando a Vicky y su fortaleza; ni para olvidar ese beso que le había regalado antes de entrar y que realmente no sabía cómo interpretar. «Ella es así», pensó Biel reconociendo que su Morena tenía que tocar fondo para salir a flote con fuerza, siendo en muchas ocasiones la única manera.

Llegó el momento de empezar con las fotos y, quizá, el más duro para ella porque era cuando estaba sola frente a todos los demás. Aunque eran pocos, ya que Biel, previsor, se había encargado de concertar con las demás modelos otro día diferente para facilitarle un poco la sesión. Y acertó con ello.

—Vamos —dijo Vicky soltando otro suspiro de fortaleza.

—Eh, mírame. —Biel atrajo su atención—. Todo va a ir bien. Estamos solos, no vendrá, no lo verás en ninguna parte. Soy yo, ¿vale? —Vicky asintió y recibió los brazos de Biel que ansiaba por apretarla contra su cuerpo—. Está bien, empecemos a quemar carretes.

La sonrisa de Biel vino seguida de un montón de instrucciones, lo que era de esperar porque su exigencia en el trabajo no cambiaba por nada. Vicky intentó hacerlo lo mejor que sabía y él se armó de paciencia cuando ella no mostraba lo que él sabía que podía hacer ante la cámara. Así comenzaron las

fotos, lo que no pensaron es que con el paso de las horas Vicky y Biel sacaron de su cabeza todo lo que los rodeaba y fueron los ojos de ambos los que empezaron a hablar. Aquella conversación visual fue grabada por la cámara de Biel que recogió el valor que surgía en ella a una nueva oportunidad, a una nueva vida que la esperaba tras esa sesión y, por qué no, a una nueva relación que era deseada, en secreto, por ambos.

Eran las cuatro de la tarde cuando terminaron la sesión. Vicky casi se sentía desfallecer, pero su nuevo amigo, Ramón, no la dejó caer y se encargó de volverle a llenar su vaso de café con buenas dosis de azúcar. Ella reía por las ocurrencias de su estrenado amigo cuando las manos de Biel llegaron a su cintura. Su primer acto reflejo fue tensarse, volver a tomar la postura que indicaba que no quería faltarle al respeto, esa que suponía agachar la cabeza porque reía con otro hombre, pero en esta ocasión fue Biel quien se percató, incluso antes que ella, de lo que pasaba.

—Vicky —masculló como llamada de atención para que ella dejara esa conducta. Pero por error, ella lo interpretó aún peor.

—Lo siento —susurró sin levantar la cabeza. Fue a retirarse para evitar relacionarse con ninguno de los presentes, como era costumbre cuando Santi gobernaba el barco de su vida.

Biel la frenó, pero en esta ocasión no fue agarrando su mano, sino su cintura. La apretó contra él y posó sus labios en la frente de la muchacha.

—¿A dónde vas? Tenemos que irnos a comer. ¡Invito yo! —gritó esto último mientras que todos contemplaban la escena.

La idea y la ejecución de la misma no fue tan fácil. Dada la hora no hubo restaurantes ni locales por el estilo, pero todos juntos disfrutaron de unas pizzas en un pequeño restaurante de barrio del que Biel era consumidor y que sabía que no tenía horarios de cocina. La comida les sentó bien a todos, incluido al propio Biel que no paraba de disfrutar de cada una de las risas de su Morena, o de las bromas que con Ramón se gastaban, que no tuvo otra ocurrencia que apodarlo «rubiales» y se temía que eso sería motivo de cachondeo por un largo periodo de tiempo.

La vuelta a casa fue silenciosa, lenta y reflexiva. Vicky se alegraba de haber superado sus recuerdos, de haber roto la barrera que Santi con sus desprecios se había encargado de crear, pero por otro lado la incertidumbre de no saber dónde la llevaba aquella extraña relación con Biel le preocupaba. Él solo le daba vueltas a las proposiciones que quería ofrecerle a Vicky, a que vivieran juntos, a que formaran una familia e incluso a casarse si eso era lo que ella quería, a trabajar juntos si ella no se sentía segura de otro modo y a ayudarla cada día en ir eliminando barreras. Lo malo es que la idea de uno no era la que pasaba por la mente de la otra. Lo que sí tuvieron claro era que el día había sido redondo y que merecía la pena terminarlo con más de lo mismo.

En esta ocasión fue Biel quien, con más ansia que valor, se dirigió a su boca nada más cruzar la puerta de su casa. Ella, sin poder rechazarlo y queriendo más, se dejó hacer y no solo eso, sino que hizo, hizo mucho. Acarició el cuerpo de Biel como nunca había hecho con el de Santi, se dejó besar como nunca lo hicieron con ella, se dejó amar y amó como nunca había podido, y comprendió con el último gemido de Biel sobre sus labios, que cada amor tiene una estructura diferente, una forma de sentirse y de darlo. Comprendió que lo que había entre ellos era tan diferente a lo que tuvo con Santi que vislumbró que no fue amor, y volvió a temer estar equivocada y caer en el error de confundir que lo que había entre Biel y ella tampoco lo fuera.

Aberración cromática

(Tipo de distorsión óptica)

Volver a la terapia siempre costaba, más cuando era ella la que tenía que hablar, y mucho más cuando había pasado un fin de semana como aquel, en el que por momentos había olvidado su vida anterior. Lo malo llegó ese mismo lunes cuando Biel se marchó al trabajo y ella volvió a tener que enfrentarse a cada pequeño instante que le recordaba todo lo vivido. Lo único que le relajaba era su amigo. No sabía cómo, pero después de acostarse con él por segunda vez, la situación entre ellos volvió sola a ser como siempre y es que a veces pensaba que conocía sus pensamientos más profundos, aunque prometió no volver a caer, por eso de no hacerse más daño ninguno de los dos.

Ese martes se había sumado a su protagonismo en la sesión, su pesimismo o más bien apatía. Tenía uno de esos días en los que se encontraba más triste de lo normal y cansada, muy cansada. Estaba cansada de tener que enfrentarse a tanto. Y es que, no podemos olvidar, que la vida de Vicky había cambiado mucho. Pasar de dejarse llevar a tomar las riendas podía ser al principio muy gratificante, pero también algo agotador cuando las decisiones se te amontonan, y eso era lo que sentía ella. Estaba cansada de encajar en todo lo que había perdido al lado de Santi. Tanto era así que le pidió a Biel que se encargara del precio y cobro de la sesión que realizaron el día anterior, pero este se negó sugiriéndole que lo hiciera cuando se encontrara lista para ello.

—Humillarme en público era su punto fuerte, pero no escatimaba sus artes en la intimidad. Cuando estábamos a solas y se sucedía cualquier conversación, lo mejor que podía hacer yo era callar o darle la razón. Si alguna vez se me ocurría opinar o darle un punto de vista distinto, me arriesgaba a que saliera mal. En ocasiones era incluso lo que esperaba, sus gritos, su enfado y sus frases del tipo: «Qué sabrás tú» o «No sabes de lo que hablas». Otras veces sonreía con su mirada clavada en mí, incluso podía dedicarme un roce, pero también sabía que era de las veces que más daño me harían sus palabras «Eres tan inocente, que se nota que te faltan luces» soltaba riéndose de mí; o cuando le llevaba la contraria y se empeñaba en hacerme ver que no estaba bien psicológicamente y me decía aquello de: «Llevas tu locura a todos los aspectos de la vida y eso no es sano».

»Tanto los gritos, como sus hirientes pero dulces comentarios, dejaron de sucederse con el paso del tiempo ya que opté por no tomar partido en ninguna conversación. Descubrí así que los mejores momentos de mi vida eran cuando estaba sola, cuando nadie podía decirme lo inútil que era o lo mal que hacía algo. Ahora creo que tuve parte de culpa cuando yo misma me aislé del mundo, cuando en vez de aprovechar que él se iba para escapar de allí, me tomaba el tiempo sin él para estar a solas. Imagino que no buscaba compañía porque nadie me quedaba. Poco a poco y con su sabia estrategia consiguió separarme hasta de mi propia abuela. Me echaba en cara el tiempo que pasaba con ella y cómo lo dejaba a él de lado por estar con una «vieja *chocha*». Llegué a creer que hacía mal en verla... —Los ojos de Vicky se inundaron en lágrimas y muchos de los presentes sintieron una pena enorme por ella, por todo lo que relataba y por saber de forma directa o indirecta cómo podía sentirse.

—Puedes dejar ese tema para otro día que te sientas con más fuerza —recomendó una mujer que se encontraba a su izquierda.

Vicky agradeció aquellas palabras y pestañeó varias veces para despejar sus ojos antes de continuar.

—Tampoco era muy recomendable preguntarle nada, cualquier cosa por la que mostrara interés no era para mí, o no lo entendería. Y mucho menos intentar saber algo de su vida. En los primeros meses cuando nos estábamos conociendo se encargó de dejarme claro que antes de mí no había tenido vida, por lo que dejé de preguntarle al ver que no conseguía nada con incomodarlo. No llegué a conocer a ningún familiar

suyo en los seis años que estuvimos juntos. Tan solo una vez lo oí discutir por teléfono con alguien, después colgó y entró a ducharse, entonces su móvil volvió a sonar. No sé cómo me atreví, pero descolgué. La voz de un hombre preguntó por Santi indicándome que era su hermano y le urgía hablar con él. Ese día vi el futuro. Como si de una película se tratara escuché claramente todo lo que me diría si se enteraba que había contestado a su teléfono, por lo que, casi llorando y temerosa, le pedí a su hermano que no dijera nada de aquella llamada. Se lo supliqué con tanto fervor que me hizo caso y conseguí librarme de una buena bronca. No sé qué pasó con aquel hermano o si alguna vez consiguió hablar de nuevo con él.

»Realmente en una relación de este tipo acabas creyendo que eres una niña con un padre autoritario. No decides nada y lo único que puedes conseguir es ganarte una buena reprimenda si las cosas no se hacen como él diga.

En ese momento Vicky comprendió que Biel rechazara hacerse cargo de su cobro, él no era Santi y como tal le daba su libertad e independencia. Agradeció con una mirada aquel detalle que hace unas horas no había percibido como tal, ya que como había descubierto, estaba cansada de tomar decisiones que antes no tomaba, pero ahí radicaba la libertad individual de cada persona.

—Suele ser común en el perfil del maltratador, ya sea físico o emocional —apuntó Sonia aprovechando que Vicky se mantenía en silencio. Tras sus breves palabras volvió a cederle la oportunidad de continuar.

—La primera vez que viví una de esas peleas en las que él gritaba y yo me hundía fue en los primeros días de vivir juntos. Antes de eso también se habían sucedido discusiones, pero nada hacía presagiar lo que conocí cuando empezamos a convivir. Llegó a casa a eso de las tres de la tarde, yo había estado organizando algunas de mis cosas y había preparado un pollo al horno. Nos sentamos a la mesa y sus gestos ya me dieron una pista de que no había tenido un buen día, el error fue preguntar qué había pasado. Los gritos hacia mi ineptitud para las tareas de la casa se propagaron por todo el piso, me dejaba claro que ese era su territorio y no lo estaba haciendo bien; era su piso y yo una invitada que se estaba adueñando del espacio. Según él, no supe organizar bien mis cosas en el trocito de armario y el cajón que me cedió; además, el pollo era una «puta mierda». Solo le bastó un «Yo...» por mi parte para acusarme de millones de cosas más que eran gritadas tan fuerte que se hacían inaudibles. Y no solo eso, tanto la comida como todo lo que había organizado a lo largo de la mañana acabaron fuera de su lugar.

»Está claro que siendo nuestra primera pelea me quedé sin saber que hacer, y acto seguido, en cuanto él se calmó un poco, empecé a recoger todo, pero no para organizarlo a su antojo, sino para largarme de allí. En aquel momento aún no tenía tan comido el seso y pude vislumbrar que tipo de persona era. Sin embargo, sus ojos... Fueron sus ojos abiertos casi llenos de miedo al ver que me iba lo que me frenaron, fueron sus palabras de súplica, sus «Lo siento, nena, perdóname. Soy un miserable», y así fue como acabó besándome como solo en esas ocasiones hacía. Es muy triste que llegues a desear enfadarle solo por la recompensa que tendrás en el instante en que él se vea acorralado.

»El problema es que eso dura poco y acabas creyendo todo lo que dice sobre ti hasta el punto de sentirte como una puta mierda, como un despojo, como una persona que vive gracias a él, y con esa creencia acabas por dejar de querer hasta esos momentos en los que te puedes sentir mínimamente querida. Te conviertes en un robot que hace y dice lo que quiere para no molestarlo, para evitar los insultos y las humillaciones y lo haces porque acabas creyendo que estás loca. Yo lo hice el día que me dijo que la muerte de mis padres me había afectado y que lo mejor que podía hacer por los dos era reconocerlo.

Los refrescos de aquel día tenían un sabor amargo en la boca de Vicky que no dejaba de darle vuelta a todo lo que había soltado minutos antes. Seguía pensando cómo era posible que fuera capaz de contarle a esa gente sus vivencias más deprimentes y que encima se sintiera mejor después de hacerlo. Biel la observaba mientras una mujer miembro del grupo hablaba con él de lo bonito que era lo que hacía por Vicky, o eso creía, porque su atención estaba puesta en cada una de las gesticulaciones de la cara de su amiga, la cual lo tenía muy preocupado. Era especialmente el tema de su abuela el que más lo hacía inquietarse ya que no lo sabía a ciencia cierta, pero según ella le comentó a su madre, esta había fallecido mientras ella estaba con Santi y podía imaginarse un poco el asunto.

Vicky, ensimismada, fue capaz de darse cuenta del calor de la mirada de Biel, de cómo abandonaba la sala y salía fuera. En un principio se maldijo creyendo que lo hacía para acudir al despacho de Sonia y hablar de ella, pero no fue ese el motivo ya que era por atender una llamada de teléfono.

—Dime, Sergio —dijo Biel a modo de saludo.

—¿Qué tal? ¿Cómo está Vicky? —preguntó el abogado—. Espero que bien, porque tengo malas noticias. —Biel suspiró y se llevó la mano a su cabeza en un gesto ofuscado.

—No podemos hacer nada. Lo mejor es que dé el dinero por perdido.

—¿Estás seguro? —insistió Biel que sabía que la cuestión económica no era lo que preocupaba a Vicky, e incluso insistió un tiempo en no solicitarle nada.

—Lo siento, Biel. El juez determinará que ella dejó que Santi se hiciera cargo de sus bienes y sus ingresos, y que no hubo manipulación por parte de él.

—¡Eso no es verdad! —gritó furioso Biel mientras intentaba calmarse al notar que todos los ojos se dirigían a la puerta y en concreto a él, y especialmente los de Vicky.

—Lo sé, pero no tenemos pruebas de que la amenazara o coaccionara, solo fue un «Yo me encargo» y ella cedió. —Biel no podía creer que hablara en serio. Qué difícil estaba todo cuando de trampas emocionales se trataba.

—Vale, lo entiendo. Sergio, un favor más. No la llames para decírselo, yo lo haré.

Biel regresó a la sala donde todos hacían buen uso de las bebidas y canapés. Llevó sus ojos a los de Vicky y comprendió que no podía obviar la conversación que había tenido con su abogado. Se acercó a ella pintando una sonrisa en sus labios que consiguiera relajarla, pero Vicky era demasiado astuta y conocía bien a Biel para saber que no tenía buenas noticias.

—¿Qué ha pasado? —preguntó apurada en parte por meterse en una conversación que bien podía no tener nada que ver con ella.

—Eh, Morena, tranquila, ¿vale? Cuando lleguemos a casa hablamos los dos. —Biel recogió a Vicky en sus brazos pensando en lo que aquellos miles de euros podrían ayudarla ahora en su nueva vida y que ese malnacido se había quedado como si fuera un premio por haber estado con ella.

Se marcharon antes de lo previsto, entendible dado lo nervios de ella por saber, pero muy a pesar de Biel, que hubiera prolongado más el tiempo allí para no tener que darle una noticia de ese tipo a su Morena. Cuando llegaron al portal se encontraron allí con Carolina, que llevaba en sus manos unos recipientes con lo que parecía comida. Verla allí hizo que Vicky se pusiera aún más nerviosa si cabe, mientras que él se relajó al pensar que su madre tendría también conocimiento de la noticia y que lo ayudaría a decírselo a Vicky. Y no falló, ya que la mirada de Carolina a su hijo le indicó que ella estaba allí como apoyo a todo lo que aquella muchacha iba a experimentar.

Subieron casi en total silencio, solo las palabras de rigor de saludo y de gracias por la comida interrumpieron el mismo. Vicky pasaba disimulada su mirada de Biel a su madre, para intentar descubrir qué noticia sabían que ella ignoraba, pero los ojos de ellos se concentraron en la pantalla del pequeño

ascensor que indicaba la planta por la que iban pasando. Los pensamientos de él se paseaban por las diversas respuestas que Vicky podría tomar con la noticia. En un principio ella no dio importancia al aspecto económico, pero sí sabía que ese dinero le vendría bien para su idea de independencia por lo que sopesaba que podía sentarle mal, además de todo lo psicológico que conllevaba.

Llegaron al piso y se dispusieron a ponerse cómodos mientras Carolina preparaba en los platos la comida que traía de su casa. Tomaron asiento alrededor de la mesa que ocupaba la zona de comedor, ya que la pequeña de la cocina no daba para los tres, aunque era la que Biel y Vicky solían utilizar, y a él le encantaba porque le daba permiso para estar más cerca de ella. Se sirvieron un poco de empanadilla casera y un poco de ensalada, pero Vicky, expectante, esperaba la noticia por boca de alguno de ellos.

—¿Vais a decirme qué pasa? —soltó ya desesperada por el mutismo de sus compañeros de mesa.

—Oh, cariño —intervino Carolina—, es mejor recibir las noticias con el estómago lleno.

—Prefiero saber qué pasa. Hace un rato le cambió la cara a tu hijo y tu presencia aquí también me resulta extraña dada la hora.

—Vicky —Biel interrumpió a la muchacha que prestó atención a sus ojos marrones—, nos ha llamado Sergio, el abogado. En cuanto al tema económico..., no ha habido suerte.

—Me estás intentando decir que todo mi dinero y del que Santi dispone, no tendré ni una mínima parte.

—Exacto, cariño —siguió Carolina al ver que su hijo agachaba la cabeza, cerraba los ojos y apretaba los puños ante las palabras de Vicky—. Pero ya teníamos en mente esa posibilidad, ¿te acuerdas de que lo hablamos?

—Sí, Carolina, lo recuerdo. —La seriedad con la que Vicky contestó asustó a Biel que se temió que ella rompiera a llorar—. Si me perdonáis —siguió diciendo—, no tengo apetito.

Vicky se levantó de la mesa ante la impotencia de Biel y Carolina que no vieron en ese instante modo de consolarla, aunque Biel tardó poco en encontrarlo ya que al desaparecer Vicky de su vista su puño se clavó en la mesa con tal fuerza que hizo tambalear el contenido de los vasos. Acto seguido se levantó hecho una furia e hizo el intento de ir con ella, pero su madre le impidió que siguiera su camino.

—Biel —dijo agarrándolo del brazo—, necesita tiempo. Dale unos minutos, déjala pensar, asimilar la noticia.

—Es tan injusto.

—Lo sé, hijo, lo sé. Ella ganaba esas cantidades que ese canalla está disfrutando ahora, pero tienes que pensar que igual eso hace que se aleje de ella. De otro modo seguro que volvería a por su gallina de los huevos de oro... Piénsalo.

—Pero es por ella por quien estoy así, necesita ese dinero, le viene bien ese dinero, y es suyo. — Biel seguía machacando esa injusticia que se cometía con su Morena sin ningún pudor. «¿No ha sido robo?», se repetía en sus pensamientos, pero cuántas maneras de robar tiene el ser humano y la justicia lo único que ha hecho es defender muchas de ellas.

Se retiró de la mesa dejando a Carolina en aquella parte de la estancia mientras él ocupaba el sillón que tenía junto al sofá que era su cama. Se recostó hacia atrás y dejó su mirada fija en ninguna parte. Eso sí, agudizó su oído por si escuchaba sollozos, porque lo que tenía claro es que no dejaría que ella llorara ni una sola vez más por ese cabrón.

Ley del horizonte

(Regla que ayuda a cuadrar el horizonte y con ello la posición del fotógrafo)

Biel le dio espacio, ese que Vicky creyó necesitar para superar otro de los golpes sin puño que las personas son capaces de dar y, por desgracia, otras de recibir. Entendió que ella quisiera reflexionar sobre lo ocurrido, pensar qué podía hacer a partir de ese momento y cómo hacerlo. Tanto lo entendió que intentó incluso no cruzarse con ella por el pasillo de la vivienda, intentó no preguntarle cómo estaba o si necesitaba algo. Pero solo lo intentó, porque esa parte de él que haría cualquier cosa por ella se moría por estar a su lado, lo que le llevó a preguntarle en alguna ocasión si necesitaba algo y a recordarle que, si quería desahogarse y hablar del tema con alguien, contara con él.

Vicky, por su parte, se encerró un poco más en sí misma. Durante días no desayunó con Biel e incluso en la siguiente sesión no quiso tomar la palabra, lo que dio paso a otra compañera a desahogar sus vivencias en ese grupo de apoyo.

Biel aguantó estoico su reacción y aunque sintió el impulso de ir a soltar su enfado con Sonia, se reprimió por la promesa que le hizo a su Morena. Entendió que podía ser normal que tras ese golpe se hiciera de nuevo el silencio. Su propia hermana había tenido ese tipo de reacciones en alguna ocasión. Vicky aprovechó su hermetismo para pensar. Tantas vueltas dio a todo lo que pasaba, que solo consiguió llegar a dos conclusiones: una de ellas, que había sido demasiado tonta en su relación con Santi, se había dejado engañar de la manera más absurda que conocía; otra de las conclusiones a las que llegó, era que la justicia poco haría por ella. Resultaba tan difícil demostrar la manipulación de una persona sobre otra que sabía que con la astucia de Santi y el dinero del que ahora disponía, hasta la orden de alejamiento estaría anulada en el siguiente paso del juicio y, pensarlo, solo le creaba una sensación... Miedo.

Era eso lo que tenía en la mente cuando en esa sesión del jueves, a la que ni siquiera prestaba toda su atención, la mujer que hablaba relataba esa emoción, el miedo. Emoción que no tardó en identificar con lo que sabía que Santi provocaba en ella con solo palabras y miradas. Fue por eso que pensó que aquel grupo, no era el sitio de contar cómo había podido ser tan tonta. Pensó en callar, y eso hizo, hasta que sentada a la mesa de un restaurante griego Biel la animaba contándole su última anécdota de trabajo.

—¿Me estás escuchando? —preguntó viendo que parecía ida.

—La verdad es que no del todo. Lo siento. Debes pensar que estoy...

—¿Preocupada? —Interrumpió él antes de que ella soltara palabras que Biel no admitía con respecto a la persona que tenía frente a él—. Es normal, con lo que tienes encima es absurdo pensar que pueda importarte la caída del decorado en una sesión.

—¡¿Venga ya?! —soltó Vicky que ahora sí había escuchado las palabras de Biel—. No me lo puedo creer. Tuvo que ser para partirse de risa.

—La verdad que la que menos lo hizo fue la modelo que estaba debajo y que pensó que aquellos trozos de cartón eran de cemento —concretó él encantado de haber provocado una sonrisa en los labios de Vicky, que llevaba un par de días sin reír—. Tendrías que haber visto su cara.

La risa llegó para los dos, que representaban una hermosa pareja en aquel restaurante para el resto de los comensales. Los ojos de Biel se llenaron del brillo que la felicidad de ella, aunque momentánea, provocaba en su interior. Los de ella se dejaron llevar por lo que veían en los de su acompañante y así, los dos, tuvieron uno de esos instantes incómodos que muchas personas tienen cuando no son capaces de gritarse un te quiero a pleno pulmón, pero que sienten la presión que esas palabras crean dentro, en sus respectivos pechos.

—Debes pensar que fui tonta —alegó ella que había vuelto a perder la alegría dejando a Biel chocado

con su cambio—. Lo digo por el hecho de que he perdido todo lo que gané, por dejarme convencer de que...

—Oh, Morena —Biel alargó la mano para tomar la de ella, que estuvo encantada de recibir la caricia—, jamás pensaría eso, no fue culpa tuya.

—Empecé a tener cada vez más sesiones. Gusté en el mundo *curvy* y eso lo percibió también Santi que empezó a entrevistarse con grandes marcas. —Biel abrió todos sus sentidos para escuchar. Era la primera vez que Vicky le contaba algo de su relación fuera de las sesiones y además de alegrarse por ello, no quería estropearlo, por lo que pensó que permanecer callado era lo mejor—. Fue poco a poco, casi sin darme cuenta. El primer pago que recibió por aquella primera sesión fue compartido. Lleno de alegría me mostró lo que podía conseguir si le hacía caso y hacía todo lo que él dijera. Me dio justo la mitad del pago adjudicando que su comisión era del cincuenta por ciento. Estaba feliz, creo que fue la única vez que lo vi sonreírme de aquella manera. Incluso nos fuimos a cenar, y eso no solía pasar nunca. Si te dijera que he estado sola en su piso hasta en fin de año porque consideró que no debía acompañarlo —bufó Vicky sabiendo que todo aquello no era normal, pero que ella había sido la que lo había consentido—. En la segunda sesión y posteriores todo ocurrió igual. Acudíamos, hacían las fotos y me llevaba a casa. A la hora del pago, sus comisiones fueron creciendo casi sin darme cuenta. Una vez fue porque necesitaba un traje y quien mejor que yo para regalárselo, otra vez fue por arreglar el coche que necesitaba una mano de pintura, otra por yo te lo guardo y así ahorramos para un piso más grande... Poco a poco era yo la que menos cantidad recibía y él el que se iba apropiando de mi dinero. Y sí, no quiero que pienses que no fui consciente, pedí explicaciones en contadas ocasiones, incluso dinero, pero siempre le daba la vuelta y mis peticiones, las convertía en falta de confianza hacia él, o en que estaba loca si pensaba que me estaba robando. «No necesito tu dinero», me escupió una vez a la cara mientras agarraba mi barbilla. Cuando la discusión subía mucho de tono se marchaba de casa hasta que horas después volvía. Si me encontraba durmiendo no tenía problemas en despertarme para que viera todo lo que había comprado para mí, aunque siempre era más para él. —Vicky frenó el relato poniendo en orden algunos sucesos de los que se avergonzaba enormemente.

—Vicky, no tienes que seguir si no quieres —puntualizó Biel aprovechando el parón en su relato. Vicky lo miró a los ojos, le dedicó una sonrisa tan dulce que a Biel se le recompuso cada trozo de corazón que se le había ido rompiendo con cada palabra que salía de su boca narrando aquel tormento.

—Cuando me dio por contarle que tenía una vivienda en Madrid, no tardó en proponer que viniéramos a pasar unos días. La idea me encantó. Volver a mi ciudad, a mis calles, a mi barrio, aunque supusiera entrar en la vivienda que había sido de mis padres. El viaje fue solo el inicio de otros. Cada vez eran más las ofertas de trabajo aquí y menos en Sevilla, por lo que no tuvo reparos en contratar una empresa de mudanzas e instalarnos aquí, pero no en el piso de mis padres. Alquilamos un pequeño estudio para los dos y alquilamos las viviendas que teníamos en propiedad, claro que él se encargaba de todo, de los precios del alquiler y de cobrarlos. Una vez le sugerí dejar de arrendar el piso de mis padres y mudarnos allí, al menos contábamos con más espacio y estaríamos más cómodos. Aún no había aprendido que a una persona como él no se le hacen sugerencias de su *modus operandi*, con lo que acabamos en una pelea descomunal que supuso que desapareciera algunos días. Creo que llegué a acostumbrarme a eso. A eso y a sus silencios sepulcrales cuando de ignorarme se trataba. Tanto me acostumbré, que los últimos tres años no recuerdo haberme quejado o protestado por nada a pesar de que hizo cosas horribles con el dinero que suponía era de los dos. Inversiones que no salían a flote y contratación de secretarías que no le duraban ni un par de semanas... Creo que eran más listas que yo.

—Sabes perfectamente que no se trata de inteligencia. Ya lo has hablado con Sonia. Mi hermana decía lo mismo y no está ahí la clave, así que me gustaría que dejaras de juzgarte por ello —solicitó Biel

mientras sacaba de su cartera un par de billetes que dejó en la mesa como pago por la cena, sin embargo, no se marcharon todavía del local. Él no quería parecer impaciente y ella no sabía si sus piernas aguantarían el peso de su cuerpo en momentos como ese, donde las escenas de todo lo que contaba pasaban como una película por su cabeza, pero una película demasiado vivida.

—Te puedes preguntar por qué no exigí nada a nivel bancario, estar en la cuenta, o tener una propia. Lo hice, no creas que fui tan tonta como para no caer.

—¡Otra vez! —interrumpió Biel serio.

—Perdón, no fui tan ilusa. Santi jugó bien sus cartas. Un día llegó a casa con un tipo trajeado, supuestamente trabajaba en el banco y venía a que firmara un acuerdo en el que la cuenta bancaria sería controlada por él, pero yo podría tener acceso sin problemas hasta un tope de dinero. Aquello me sonó raro, pero Santi era capaz de convencerte de que la Tierra era plana, así que lo hizo conmigo. Firmé una serie de documentos en los que le daba total derecho a gobernar la cuenta bancaria bajo su teoría de que las mujeres «Gastamos mucho en nada». Según aquel tipo tenía préstamos de hasta trescientos euros mensuales, pero el primer día que fui a hacer uso de dicho dinero el banco me denegó acceso a la cuenta. Santi al enterarse me dijo que hablaría con su amigo para solucionarlo, pero nunca llegó a pasar. Consiguí que me cansara de pedirle el acceso a la cuenta y se hizo cargo de darme todos los meses los escasos trescientos euros. Y digo escasos porque se suponía que con ellos tenía que proveer de alimentos para el mes, lo que supone que los caprichos estaban lejos de mi alcance. Lo peor de todo... Lo peor de todo fue que llegó el día que dejé de enterarme de cuánto cobraba.

—No fue culpa tuya. Son manipuladores, y muy listos por desgracia.

—Y fríos. Hay que tener mucha frialdad para estar con alguien tanto tiempo, conviviendo incluso, y que no sientas nada por esa persona.

—Oh, Vicky, no te culpes por eso, te lo pido por favor. Ese malnacido es el que ha perdido a una mujer increíble. Y permíteme que me alegre porque su pérdida es mi ganancia.

—Biel... —Vicky fue a frenar aquellas ideas de Biel. No quería hacerle daño y ambos sabían que su vida ahora mismo no estaba en ese punto en el que una nueva relación fuera posible. Incluso pensaba que nunca lo estaría por lo que las esperanzas de amar a Biel más allá de su propia intimidad estaban demasiado lejos. Seguía pensando, a pesar de su encuentro, que su amigo solo sentía demasiada lástima por ella y más sabiendo que su propia hermana había pasado por algo similar.

—No me malinterpretes. Solo que..., he ganado una amiga increíble.

—Será mejor que nos vayamos —sugirió Vicky antes de verse atrapada en una conversación que no estaba preparada para tener. Sabía que Biel no era tipo de expresar sentimientos, según Carolina, que le había contado que nunca jamás le había oído decir te quiero ni a sus hermanos, ni a su padre, ni a ella misma, aunque sabía que no por ello no lo sentía. Según Carolina Biel era demasiado suyo para decir nada, aunque te lo demostraba con cada acto, y en eso ella tenía muchos ejemplos. Sin embargo, podían ser solo muestras de la compasión y bondad de Biel como persona y no de ningún tipo de sentimiento hacia ella.

Se miraron casi analizándose mutuamente. Biel no estaba dispuesto a que la noche terminara así, no, no quería dejar a Vicky en su cama con esos pensamientos, que, por sus gestos, sabía que eran negativos. No era conveniente para ella dormirse con esa sensación de pérdida, de lo que se podía ver como una derrota en toda regla. Así se lo propuso así mismo, mientras ella agachaba su cabeza hundiéndose en la mierda que Santi había hecho con su vida. Se arrepintió hasta más no poder de no haberse cruzado con ella unos seis años antes, haberle podido evitar todo aquello a lo que ahora no le veía salida, porque él estaba más que seguro que un día la vería reír todos los días de su vida.

Se levantaron con intención de regresar a casa, pero Biel y su propósito cogieron a Vicky de la mano y

se encaminaron a un bar de copas. Haría que la noche se llenara de anécdotas que contar, por lo que mientras enfilaban en dirección a uno de los *clubs* nocturnos más marchosos de la ciudad, mandó un par de mensajes a las personas adecuadas para que en menos de lo esperado lo que era una velada en pareja se convirtiera en una buena fiesta.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella viendo que pasaban las calles que llevaban a Conde Duque.

—A bailar —sentenció él con una sonrisa de satisfacción por su gran idea.

—¿A dónde?! —volvió a preguntar ella a pesar de que había escuchado lo suficientemente claro que iban a bailar.

—Oh, Morena. No te quedes conmigo. Me has oído perfectamente, vamos a bailar. Te encanta bailar, lo sé. —Aquella afirmación lo hizo imaginarse a una Vicky feliz, bailando en su apartamento y siendo sorprendida por su llegada a casa.

—Me encantaba —susurró ella con pena en la voz. Aquellos recuerdos de la Vicky de hace años quedaban tan lejos que dudaba que pudiera recuperar una mínima parte de ellos.

—Pues hay que ir retomando viejos hábitos. A partir de hoy todas las semanas haremos algo que antes hacías con frecuencia y que has dejado de hacer. ¿Qué te parece?

—Biel, no sé si es buena idea —desconfió reticente a aquella locura.

—No es buena idea, ¡es la mejor idea del mundo! —exclamó gesticulando en exceso y llenando la calle con sus largos brazos que se abrieron a lo ancho de su cuerpo—. Y yo voy a ayudarte.

Visor

(Sistema óptico que permite encuadrar el campo visual)

La idea de Biel no fue nada inoportuna. Vicky no solo disfrutó mucho de aquella noche de baile junto a los amigos y amigas de Biel, sino que además empezó a atesorar recuerdos que quedaban lejos de su relación con Santi, lo cual era muy beneficioso para su recuperación. Como Biel lo sabía y era consciente de lo que podía ayudarle tener esos momentos, insistió a la semana siguiente con unos panfletos de publicidad de un curso exprés de maquillaje. Vicky no podía negar que era algo que le apasionaba y de lo que había aprendido mucho durante su paso por el mundo de la moda. Todos los días sin saber cómo, encontraba ese papelillo a su paso por las diferentes estancias del piso. Tanta fue su insistencia que ella cedió a apuntarse y no se arrepintió de ello. En aquel curso, la misma chica que lo impartía, Helena, reconoció a Vicky de sus sesiones fotográficas y después del curso no tuvo reparo en enviar un mensaje a Biel para decirle que se iba a tomar una copa con su nueva amiga. La sonrisa de él al leer el mensaje fue tan gratificante que no dudó en preparar su siguiente escapada.

—Venga, Lina, por favor —suplicaba Biel—. Entiendo que en tu estado... Pero no veo otro modo. Mamá tiene pilates y no quiero empezar esta nueva idea rompiendo la rutina. Tú misma sabes que son muy importante los hábitos para superar ciertas vivencias.

—Vale, vale, vale... Está bien, la llamaré y le diré que necesito ropa, total, tampoco sería mentir —dijo Lina mirando su enorme tripa—, voy a necesitar un par de tallas después de dar a luz.

Lina no tardó en colgar su conversación con Biel, quien había aprovechado un descanso en una de sus sesiones para llamar a su hermana con su proposición. Acto seguido, llamó a la implicada que tras dos tonos le cogió el teléfono.

—Dime, Lina —contestó Vicky con una voz que había dejado un poco de lado la apatía.

—Vicky, necesito tu ayuda —soltó queriendo evitar una negativa por parte de su amiga—, me pondré de parto pronto y no tengo ropa para después. Imagino que la de premamá me quedará enorme y la mía demasiado estrecha y estoy desesperada —escupió casi sin respirar.

—Tranquila, Lina, seguro que algo te queda bien.

—No, ya he estado mirando mi armario y tendré que descartarlo casi por completo. Necesito que vengas conmigo esta tarde a comprarme ropa. ¿Un día de chicas? Por favor, por favor, por favor... —la voz de fingida súplica despertó la sonrisa de Vicky.

—Está bien. Te acompaño a donde sea, es lo menos que puedo hacer por ti.

—Bueno... Pero ya que vamos y que has cobrado lo de la sesión de las gemelas, podrías comprarte tú algún modelito.

—¿Yo? —cuestionó incrédula—. ¿Para qué?

—Para complacerme, aunque sea. Un conjunto completo desde ropa interior hasta complementos, si no lo haces me enfadaré. Recógeme a las seis y así no tengo que llevar yo el coche.

—¿Pero...! —No le dio tiempo a mucho más porque Lina, sabiendo que Vicky no tenía coche, la puso en el aprieto de tener que pedirle a Biel el suyo y colgó antes de que pudiera protestar por ello.

Vicky, mirando el teléfono todavía en su mano, suspiró por miedo a no encontrar el valor suficiente para dejar a Biel sin coche toda la tarde. Era demasiado lo que había abusado de él y no quería tener que obligarlo a que le dejara su único medio de transporte. Tras aquel suspiro regresó al ordenador donde buscaba un piso en el que independizarse y devolverle a su amigo el espacio que le pertenecía. Apuntó en un papel el teléfono de un tipo que vendía un pequeño estudio a pocas calles de allí y lo dejó pendiente para llamarlo más tarde.

Biel regresó a casa para almorzar con una sonrisa traviesa en su boca. Sabía por Lina que Vicky había aceptado su proposición, por lo que también sabía que precisaba de un vehículo que encantado le dejaría, aunque su primera opción fue esperar a ver si ella era capaz de pedirselo.

—¿Qué tal la mañana? —preguntó él mientras se llevaba a la boca la ensalada que ella le había preparado para acompañar el pescado.

—Bien, me ha llamado tu hermana. Iré esta tarde con ella de compras. Al parecer le urge, y mucho.

—Eso está genial. Así cumples esta semana con eso de hacer algo que te gusta. He estado tan liado que no me dio tiempo de organizarte nada.

—No te preocupes, ya se encargó tu hermana —indicó con unas risas.

Terminaron de comer y ya en el postre ella dejó de darle vueltas al asunto del coche. No tenía mucho que pensar: o se lo pedía o no podría recoger a Lina. Justo cuando él se levantó para llevar el plato al fregadero y enjuagarlo para meterlo en el lavavajillas, ella se armó de valor para soltarlo:

—Por cierto, ¿me dejas tu coche? —Intentó que sonara lo más natural posible.

—¿Mi coche? —preguntó él sin mirarla y sonriendo. Agradecido de que hubiera dado el paso que necesitaba.

—Verás... Es que tu hermana... —Biel la interrumpió acercándose a ella con una mano que pedía calma y frenaba su discurso.

—Solo me ha extrañado, pero sabes que lo necesito para traer el material de la sesión de hoy, ¿verdad?

—Biel, lo siento, déjalo, no he dicho nada. Tu hermana me ha liado.

—Úsalo, pero con una condición —soltó él sacando las llaves de su bolsillo y dejándolas junto a ella —, tendrás que ir a recogerme.

Vicky tanteó rápidamente las posibilidades en su cabeza y si quería llevar a cabo todo lo planeado con Lina no tendría más remedio que cumplir también la petición de Biel.

—Te mandaré la ubicación con un mensaje, y Vicky..., sin prisas, ¿vale?, lo importante es que disfrutes de la tarde.

Biel dejó un beso en su cabeza y se marchó al baño donde lavarse los dientes y asearse un poco era lo único que podía hacer antes de regresar al trabajo.

Vicky llegó a la hora acordada al portal de su amiga. La esperó en doble fila rezando para que no la multaran hasta que una Lina, casi patosa, apareció por su campo de visión y abrió la puerta del copiloto con un aparatoso cacharro que se ponía en el cinturón de seguridad para evitar que este le reposara en el vientre.

—Lina, ¿cuándo cumples? —preguntó Vicky sorprendida, y casi asustada, por la enorme barriga de su amiga.

—En una semana si la cosa no se atrasa.

—Lo que espero es que no se adelante —dijo conteniendo la respiración.

Tras colocárselo con ayuda de la inexperta Vicky, pusieron rumbo a uno de los centros comerciales más cercanos a casa de Lina. Por el camino Vicky le explicó que después de sus compras tendrían que ir a recoger a Biel, ya que necesitaba el coche para cargar el material de trabajo.

No tardaron en llegar y en menos de lo esperado se encontraban las dos mirando modelitos que

comprar. Vicky no podía negar que hacía demasiado que no vivía aquello. Santi la privó económicamente y sus últimos vestidos fueron los que las propias marcas le regalaban. Pero decidió hacer uso del dinero que había ganado, por lo que se probó varios vestidos de invierno y un par de pantalones, quedándose con alguna de las prendas.

Tras las compras de ropa exterior pensaron en ir a por la ropa interior. Lina se encontraba en el probador mirando cómo se ajustaban algunos sujetadores de lactancia y ella ojeaba algunos conjuntos que le recordaban sus desfiles y sesiones de ropa íntima y, cómo no, lo sexi que se sentía con dichas prendas. Pensó en cómo la vería Biel con alguno de aquellos conjuntos, pero desechó la idea porque seguía encabezonada en que la atracción de Biel hacia ella estaba motivada por la compasión y la pena, más que por un deseo real.

Viendo que Lina tardaba demasiado pensó en ir a ver si necesitaba ayuda. Entró en el pasillo de los probadores tras comprobar que ninguna dependienta estaba en la entrada para controlar el paso y tras girar la pequeña entrada sus piernas se inmovilizaron, sus pies se clavaron al suelo y su cuerpo empezó a temblar. Santi, con los ojos clavados en ella y sus puños apretados, tomó la iniciativa de acercarse. La había visto por el departamento y al no encontrarla dio por hecho que estaba en los probadores. Allí estaba él, esperando que saliera de alguna de las puertas que permanecían cerradas. Lina salió de su cubículo interrumpiendo el acercamiento de Santi y viendo en el rostro de Vicky que algo no iba bien.

—¡Vicky! —gritó Lina intentando que ella volviera en sí y se alejara de ese miedo que paraliza, que impide responder. Sin embargo, la pobre muchacha solo veía lo que se avecinaba.

Santi llegó a su altura y sin escrúpulos retiró a Lina de su camino para quedar frente a la asustada Vicky.

—¿Quién es esta?! —gritó él con tono despectivo y grotesco. Su enfado era fácil de apreciar, y estaba así, iracundo, porque no reconocía a la Vicky que tenía delante, esa que se camuflaba entre tantas personas de las que él no tenía noticias, y ese hecho hacía que no tuviera el control de todo, deseo que, por otra parte, era el fin último de su vida, controlar.

Lina, que también había pasado por el calvario de una relación tormentosa y plagada de malos tratos físicos, entró en pánico un instante cuando notó las manos de aquel tipo sujetando sus hombros con esa rabia, pero ya tenía superado aquello y no tardó en querer plantarle cara, aunque no pudo ya que rompió aguas de pronto.

—¡Vicky! ¡Vicky! —gritó desesperada—. Me he puesto de parto.

Aquello ayudó a que la muchacha reaccionara. Cambió su pose de sumisión y miedo, alzó la cabeza plantándole cara al hombre que le había destrozado la vida. Miró a su amiga que se retorció de dolor apoyada en una pared del pasillo de probadores entre quejidos y gritos.

—¡Vámonos de aquí! —bramó Santi agarrándola del brazo—. ¡Tienes muchas cosas que explicarme!

Por un segundo Lina creyó que la abandonaría, que ganaría ese miedo que envuelve a las mujeres que han visto el odio en los ojos de su pareja. Sin embargo, Vicky se zafó de su agarre y se colocó junto a Lina ignorando la presencia de Santi.

—¿Qué haces?! ¡Desagradecida! Con todo lo que he hecho por ti y vas a dejarme por una inútil —escupió un malhumorado Santi irritado por la experiencia que estaba viviendo.

Vicky siguió haciendo oídos sordos a pesar de que el tono de su voz se clavaba en su mente martilleando no solo ese instante, sino todos los recuerdos que, en ella, desgraciadamente, guardaba. Solo pensaba en sacar a Lina de allí y poder llevarla al hospital. Se concentró en esa idea para poder tomar las riendas de la situación y de su vida.

—¿Me estás escuchando?! —volvió a gritar él, encendiéndose más y más.

Aquellas palabras hicieron reacción en Vicky, que soltó a Lina y con paso firme y decidido se colocó

frente a Santi.

—¡Vete. A. La. Mierda! —masculló en su cara. Pero lo hizo con una pasividad que daba más miedo que todas las ferocidades que él fue capaz de escupir en los seis años de su relación. A Santi no le sorprendieron sus palabras, pero sí lo hizo, y mucho, aquella expresión de sus ojos, aquella que le decía que Vicky había cambiado, que había encontrado la fuerza suficiente para no dejarse enredar ni amilanar por él.

Retrocedió un par de pasos, casi temiendo por su integridad física cuando tras la fuerza inicial de la mirada de ella, vio cómo sus ojos se llenaron de un odio tan profundo que lo asustó. Se retiró dejando vía libre a las chicas del departamento que habían oído los gritos y acudían a Lina para ayudarla. Vicky siguió el camino de aquellas mujeres y tras sentar a Lina en una silla en un pequeño lateral del departamento, llamaron a una ambulancia. Agarró la mano de la parturienta y sin saber cómo, sus palabras de calma empezaron a salir. No quería que la futura mamá pasara el mejor de sus momentos rodeada de algo tan malicioso como era la presencia de Santi.

Este, petrificado por lo que estaba presenciando, se marchó sin dedicarle unas últimas palabras a su gallina de los huevos de oro, consciente de que se veía en la necesidad de buscar nueva compañía femenina, pero impresionado por lo que había visto. ¿Dónde quedaba la asustada muchacha a la que había conseguido amedrentar día tras día?

La ambulancia no tardó en llegar y Vicky tampoco se demoró en avisar a Biel de los cambios de planes ya que se marchaba con la hermana de este al hospital y no podría ir a recogerlo. Biel dejó todo lo que estaba haciendo y se marchó de la sesión que suspendieron hasta el día siguiente. Se reunió con Vicky y Carolina en la sala de espera de maternidad, observó a ambas y se preocupó al ver la cara de susto que Vicky mantenía desde que había caído en la cuenta de lo que había hecho.

—Oh, Biel, qué bien que has venido —dijo Carolina—. Porque no te llevas a Vicky a tomar una tila a la cafetería, está demasiado nerviosa y me preocupa. Yo no quiero alejarme, tu hermana y Martín están en dilatación y no sé si me necesitarán. Al ser primeriza la cosa puede durar unas horas.

—Claro, mamá —aceptó Biel acercándose a la nerviosa Vicky—. Vamos, Morena, te invitaré a una copa que te vendrá mejor que una tila.

Ambos salieron de allí en dirección a la cafetería. Biel observaba cada gesto de Vicky viendo que eran demasiado alterados para ser un simple parto. La dirigió con su mano en la espalda de ella hacia la salida del hospital, evitando así la cafetería que allí dentro había. Siguió guiándola hasta un bar a unos pocos metros de allí.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Biel rompiendo el silencio tan extraño que estaba instalado entre ellos.

—Un poco de agua será suficiente —dijo ella sin mirarlo a los ojos y con aquella pose de sumisión que tantas veces le había visto.

—Me pone dos *gin-tonic*, por favor. —Vicky levantó sus ojos del suelo y fijó la mirada en Biel que la observaba a ella con el deseo imperioso de besarla—. Nos vendrá bien ir celebrando el nacimiento de mi sobrina.

—Biel... Fue culpa mía.

—¿Culpa tuya? —Se extrañó de la forma tan rara de explicar que rompiera aguas.

—Santi, Santi estaba allí y Lina... y yo... —La expresión de Biel cambió a una de preocupación e inquietud. Entendió rápidamente que Vicky se mostrara tan nerviosa.

Cogió las copas que el camarero había dejado en la barra y se retiraron a una mesa que estaba apartada de la gente. Biel le ofreció la silla a Vicky que parecía demasiado automática.

—Vicky, Morena, mírame, por favor —rogó con voz dulce—. Tranquila, cuéntame qué ha pasado y

por favor, quita de tu cabeza que fue culpa tuya.

Vicky relató cada uno de los hechos, incluso las palabras que con tanta decisión le dedicó a Santi y que hicieron que las dejara en paz. Biel sonrió con aquella parte de la historia, llenándose además de orgullo porque ella hubiera cubierto, por fin, esa etapa de miedo ante la presencia de Santi. Eso podía significar muchas cosas, pero lo que más le suponía a él era que Vicky estaba empezando una vida nueva.

Plano focal

(Lugar donde se encuentra el material fotosensible)

—¿Cómo te sentiste? —preguntó Sonia admirando la sonrisa que Vicky había dejado caer levemente al contarle el incidente con Santi.

—Sinceramente, me sentí crecer. No veo mejor forma de dejar de lado todo lo ocurrido con él. Y lo mejor fue ver su reacción. Creo que ha tomado un poco de su propia medicina. —Vicky hizo una pausa en la que volvió a tensarse—. Aunque no puedo negar que estaba muerta de miedo. Durante unos segundos creí que me agrediría o algo por el estilo, pero no. No tuvo valor delante de tanta gente. Imagino que fue eso lo que me salvó.

Aquella sesión individual había sido de lo más interesante para la psicóloga, que pocas veces tenía oportunidad de escuchar relatos de enfrentamientos tan bien avenidos. Vicky habló de aquellas salidas que hace tiempo Sonia sugirió para la hermana de Biel y que apreció como positivo en su paciente, así como la ocurrencia del propio Biel de haberlas puesto en marcha. Estudió el lenguaje no verbal de Vicky asimilando que no distaba mucho del que Biel tenía cuando hablaba de ella, por lo que no tuvo dudas de que aquellos dos se estaban perdiendo en pensamientos innecesarios.

Tras terminar salieron en dirección a la calle. Para Sonia era la última sesión del día y Biel esperaba paciente a Vicky a las puertas del centro.

—Hola —saludó él al verlas llegar.

—Biel —dijo Sonia observando los nervios de ambos por su reencuentro—. Le estaba preguntando a Vicky por sus fiestas de Navidad. Me decía que hacía mucho que no disfrutaba de ellas como este año, y creo que tú eres el culpable.

—Pues te equivocas —señaló él.

—¡Ves! Te lo he dicho, él está tan atrapado como yo. Carolina es mucha Carolina.

—Esa es la culpable —corroboró Biel—. A mi madre le encantan las fiestas, es fácil que te enrede en ellas.

—Pues mejor, así os quitáis el preparar. Afortunadamente solo queda Fin de Año.

—De esa, precisamente, pienso encargarme yo —soltó Biel mirando a Vicky con ojos de deseo.

—¿Cómo? —Vicky, sorprendida de aquella confesión, se ruborizó.

—Me despido, chicos. —Sonia vio que había llegado el momento de una retirada, además de que señaló el coche donde su marido esperaba su llegada para irse juntos a cenar.

—Lo que has oído —dijo él una vez a solas—. Voy a encargarme de que este año que empieza lo haga a lo grande.

Mientras se arreglaba para acudir junto a Biel a ese hotel en el que tendría lugar la cena, no podía evitar los recuerdos de algún que otro Fin de Año junto a Santi. Su ilusión arreglándose para sorprenderle y su reacción al verla con aquel vestido era algo que se repetía en bucle durante las últimas horas. «¿Qué coño llevas puesto?» preguntó él mirándola con desprecio. «Un vestido» contestó ella como pudo. «Un vestido sé que es, no soy tonto, pero no entiendo para que te pones un vestido tan elegante», Santi la había dejado de mirar y estaba frente al espejo colocándose su corbata, «No vas a venir. Estas cenas no son para ti», aquella declaración le dolió tanto como la mirada de asco con la que la acompañó. No tuvo ocasión de

mucho más. La dejó allí, entre las paredes de aquel pequeño estudio que compartían mientras él salía cerrando con llave para evitar que ella lo hiciera detrás.

—¿Te queda mucho? —La voz de Biel le llegó a través de la puerta sacándola de aquella visualización que su mente le había recordado.

—No —se forzó a contestar poniéndose de nuevo manos a la obra.

Pocos segundos después Vicky abrió la puerta que la separaba de Biel. Este se quedó mudo al ver lo bella que estaba con aquel suave maquillaje, ese brillo en los labios y esos ojos ahumados. Bajó sus ojos a los hombros de ella, donde algún mechón de cabello reposaba rebelde de aquel recogido informal. Allí, vio los tirantes metálicos que sujetaban el escote de aquel vestido plateado, cuyo drapeado dejaba vislumbrar el prominente canalillo que los pechos de la muchacha no tenían problema en crear. La reacción de Biel fue un carraspeo que vino motivado por la reacción de su miembro bajo los pantalones. No podía negar que aquella mujer lo sabía encender con poco que hiciera. Se retiró unos pasos hacia atrás y contempló aquella maravilla de fémina que lucía aquel traje largo cuya raja lateral tampoco pasaba desapercibida.

—¡Vicky! —exclamó él sin saber que adjetivo unirle a la expresión de su cara.

—Si prefieres que me ponga otra cosa —se apresuró a decir ella temiendo no haber acertado con el modelo.

—¡Ni se te ocurra! —soltó él, que lo que deseaba era quitarle aquel vestido y en ese mismo instante, y no precisamente porque no le gustara.

Salieron de casa con emociones diferentes. Ella con miles de sensaciones recorriéndole el estómago, ilusión, felicidad, alegría... aunque todo ello mezclado con ese temor que no la abandonaba, pero era el miedo a lo que su mente pudiera traerle del pasado, más que a las reacciones que Biel tenía con ella y que ya había comprobado, eran de lo mejor.

Él iba cargado por su parte de esa incertidumbre de poder meter la pata en cualquier momento y que se hacía cada vez una carga más pesada; a ello unido, iban la misma alegría y felicidad que vio en los ojos brillantes de la Morena a la que agarraba de la mano como si de su pareja se tratara.

La noche no quedó ahí, todo fue mejorando. Al llegar al hotel muchas caras fueron las conocidas. Algunos amigos de Biel que ya había tenido el gusto de tratar, Clara y Nuria con sus respectivas parejas, y una persona que ella no esperaba ver, Tito. Este se acercó a su hermano y a Vicky con una sonrisa radiante. Abrazó a la muchacha con la que había compartido sus primeros besos robados, alegrándose de verla tan hermosa y podría decirse que plena.

—Joder, Vicky... Estás preciosa —dijo Tito sin quitar su contacto con ella.

—No me esperaba verte aquí. —Vicky secaba las lágrimas que aquel encuentro había provocado.

Biel contemplaba la escena junto a Molly, la esposa americana de Tito.

—Nos hospedamos aquí. Pasaremos unos días hasta que tengamos que volver a la rutina. ¡Joder! Vicky. Me alegro tanto de verte. De ver que estás bien y que no solo finges cuando te veo por las videollamadas.

—¿Por qué iba a fingir? —dijo Biel interviniendo—. Ya me encargo yo de que sea feliz.

—No me cabe duda —enfaticó Tito en un tono menos audible abrazando a su hermano.

Tito presentó a su esposa y a Vicky con una sonrisa en sus labios. Esta quedó encantada al conocer a Molly, una mujer esbelta y corpulenta, algo más bajita que ella y con un control del español exquisito, cosa que ella agradeció.

Pasaron a un gran salón donde ocuparon sus respectivos asientos asignados, y disfrutaron de la cena entre risas y buenas historias. Por un momento Vicky sintió que nada de lo vivido antes había existido, que acababa de colocar el punto y final a una vida para empezar otra rodeada de persona que de verdad la

querían. Los minutos dieron lugar al momento de las uvas, en el caso de Vicky pasas porque no era muy amiga de esa fruta, y disfrutó ese momento con los ojos de Biel clavado en los suyos, las sonrisas de ambos y las miradas de esperanza de los amigos que lo rodeaban, y que deseaban con ansia, que vieran lo que ellos veían.

Pixel

(Punto más pequeño que compone una imagen)

La sobrina de Biel, Amanda, junto al Año Nuevo habían traído cambios y buenos propósitos, entre ellos el de Vicky de terminar de narrar los peores momentos de su vida junto a Santi, y que, a pesar de lo feliz que llegaba a la terapia de haber estado con la pequeña en casa de Lina, entendía que ese estado de felicidad la abandonaría en breve, más concretamente, en el tiempo que tardaran los asistentes en colocarse en sus asientos.

Un carraspeo de Sonia consiguió el silencio completo en la sala y los ojos de todos fueron a parar a Vicky.

—Vicky, ¿quieres continuar? —preguntó Sonia dando paso así a los relatos de la muchacha.

—Ya creo que no queda mucho por decir —soltó ella, que prefería mantener ese instante de plenitud y paz que sentía.

—¿No quieres hablar de tu familia? —cuestionó ahora la psicóloga comprobando sus anotaciones.

—Oh... Mi familia —dijo ella bajando sus ojos a sus enredados dedos.

Como siempre, casi como petición silenciosa, una mano de Biel se hizo cargo de sus nerviosas manos, aprisionando una de ellas entre sus dedos e infundiéndole la fuerza que siempre necesitaba para hablar.

—Mi familia poco pudo hacer ante mi horrenda actitud con ellos. Santi supo contra quién de ellos atacar, supo alejar a mis primas y a mi primo de nuestro entorno con su poca educación. Prácticamente los insultaba a la cara. Cuando yo trataba de defenderlos me acusaba de no amarlo, de tratarlo como uno más en vez de como «el único»; se hacía el ofendido y dolido por mi comportamiento y ello provocaba que yo renegara de todo lo relativo a mi familia. Pronto descubrí que lo mejor era no tener trato con ellos, al menos para mí. Alguna de mis primas estuvo insistiendo un tiempo en que saliéramos, hasta que se cansó.

»Un par de años después de convivir juntos y de haber faltado a toda reunión familiar de cumpleaños, fiestas y navidades, mi tía se presentó en el piso. Con la tranquilidad de que estaba sola, me confié y la dejé entrar a tomar algo. Sus intenciones, convencerme de que viera en Santi lo que todos veían menos yo. Lo único que consiguió: confirmarme lo que Santi se encargó de grabar en mi cabeza. Nos querían separar. El mundo entero nos envidiaba, «Cómo alguien como yo está con una mujer como tú, ¡mírate!», me decía colocándose frente al espejo, «Quién querría estar con una gorda como tú» ... Mis lágrimas eran la señal de que había conseguido su objetivo, hundirme. Tras ellas, su consuelo: «... Pero yo estoy contigo». Lo peor de todo es que acabas creyendo que todos tus familiares quieren lo peor para ti y que solo él, solo esa persona que has conocido por casualidad, es quien mejor te conoce y te entiende. Lo peor es cuando eso que vives al lado de esa persona, lo ves como normal. Eso es lo peor, ahí es cuando te pierdes.

Sacó de su bolsillo un pañuelo que necesitó por culparse nuevamente de todo lo que había hecho, por consentir que su familia se alejara de ella sin haberse opuesto, sin negarse a ser un objeto que el manejara a su antojo y necesidad. Biel arrimó su silla a la de ella abrazándola con cariño. No volvió a retirarse, se quedó pegado a ella con el convencimiento de que no se sentiría sola con él a su lado. Sufría, y lo hacía con cada palabra que ella soltaba. Intentaba imaginar cada sensación que podía haber experimentado y maldijo a ese capullo cuando pensó en lo bella que era Vicky con todos sus kilos. En sus curvas tonificadas y sus pechos, en aquellos rasgos que él admiraba en silencio, en su precioso trasero..., por mucho que buscaba no encontraba nada que le produjera el más mínimo rechazo. Sonrió, se convenció a sí mismo que el gusto de ese canalla estaba atrofiado y negó con la cabeza más que convencido de que

Vicky debía sentirse tan preciosa como lo era realmente, ya se encargaría de hacérselo saber cada uno de los días que él estuviera en su vida.

—Lo peor —dijo ella después de un más que considerado silencio que todos respetaron—, fue mi relación con mi abuela. Había convivido con ella algunos años cuando conocí a Santi. Al principio fue educado y caballeroso, realmente nunca se comportó con mi abuela como con el resto de la familia, quizá porque vio en mi relación con ella más unión o algo..., no lo sé. El caso es que solo se quejaba ante mí de mis visitas a mi abuela. «Al que tienes que cuidar es a mí» decía, algunas veces con besos y arrumacos, y otras con gritos y exigencias. Poco a poco escondí mis visitas para no tener que enfrentarme a sus dañinas palabras que no entendían de lógica. No pretendía sustituirlo, eran relaciones completamente compatibles..., pero no para él.

»Mi última visita a mi abuela estuvo marcada por un intento que se llenó por el llanto y la pena. Como cada vez que lo hacía, esperaba que Santi se marchara a su supuesto trabajo y tras él, lo hacía yo. Como no tenía coche tomaba el transporte público, lo que suponía que debía tener en cuenta los horarios, pero siempre pueden pasar mil cosas y salir mal otras mil más. Aquel día el autobús, que me llevaba de regreso a casa después de haber pasado media mañana con mi abuela, se averió descomponiendo mi cara por vislumbrar lo que me esperaba en casa cuando llegara con ese retraso. Solo llegué una media hora más tarde de lo habitual. Pensé que si subía con una bolsa de la panadería podría contarle que había bajado por un poco de pan para la comida. Fui una ilusa pensando que podía engañarlo. Solo tuvo que observarme un par de veces con esos ojos iracundos para darse cuenta de que mi excusa de la panadería no era cierta. Era tanto lo que me imponía que no tardé en derramar alguna lágrima que solo logró confirmarle sus sospechas. No dijo nada, ni gritos, ni explicaciones; ni aquel día ni los dos días siguientes, solo se aseguró de dejar todo cerrado antes de marcharse... Y eso aseguraba que yo me quedaba dentro. —Los puños de Biel se apretaron a la vez que se tensaba toda su anatomía. Por su cabeza pasaban imágenes de Vicky encerrada, sola y desahuciada, abandonada a la mente perversa de un hombre al que él, ahora mismo, quería matar.

—Vicky, si quieres parar —sugirió Sonia. No era la primera vez que oía un relato de este tipo y sabía lo duro que eran esos recuerdos de verse tratada de esa manera, privada de toda libertad, sumida en la soledad absoluta y emocionalmente hundida.

Vicky asintió mientras secaba las lágrimas de sus ojos. Seguía culpándose de no haber puesto remedio, por no haberse rebelado contra un hombre que la trataba como un animal. Aunque sabía que ella era la víctima de todo aquello, era imposible de creer que no dijera nada, que no hiciera nada por salir de aquella situación.

Carmen, compañera del grupo que vivió aquella misma situación, se levantó a dar a Vicky un cálido abrazo. Biel, observando la escena, fue incapaz de hacerlo, aunque no fue porque la culpaba de ello, sino porque no quería que notara la rabia que recorría su cuerpo. Pensó en el momento que Lina y ella se encontraron con ese cabrón en el centro comercial, pensó en tener ocasión de volver a echárselo a la cara, pensó que la vida le daría esa oportunidad y que sería él el que saldría victorioso. Recordó las últimas palabras que tuvieron, el despotismo de él al infravalorar sus trabajos y sus palabras al dueño de la marca de ropa: «Si queréis la imagen de ella será con otro fotógrafo», y es que, por desgracia, en el mundo de la moda acababas encontrándote a los mismos tarde o temprano. Se arrepintió de no haber hecho lo que quería el día que vio a Vicky en sus brazos y el trato que le daba, de no haberlo apartado de ella en aquel momento evitándole así algunos días más de sufrimiento, y es que también estaba en sus manos haber hecho algo que no hizo.

Cuando Carmen soltó a Vicky, con lágrimas en los ojos, volvió a su sitio. Fue Biel, en relevo, quien abrazando fuertemente a Vicky soltó aquello que le carcomía por dentro.

—Lo siento —y las lágrimas cayeron por sus ojos—, siento no haberte obligado a dejarlo la primera vez que noté lo que estaba pasando, siento no haber insistido... —El llanto se hizo más intenso y abandonó los brazos de su Morena y acto seguido, la sala. Él no era tipo de expresar sentimientos y mucho menos delante de nadie, aunque sí era persona que los demostraba en cada gesto.

Vicky fue a seguirle, pero Sonia, la sabia Sonia, frenó su intento.

—Dale unos minutos. Volverá.

Así quedaron todos en la sala, a la espera de que Biel recobrara la compostura y el valor suficiente para seguir escuchando los relatos tan dolorosos de la persona a la que amaba.

—Vicky, tengo que preguntarte algo —dijo Biel mientras se acomodaba en el sofá junto a ella. — Has contado hoy que te encerró, ¿cuánto duró aquello? —La duda de Biel no iba por mal camino, ya que después de él regresar a la sala, Vicky había optado por ceder la palabra a Carmen que contó aquella misma experiencia, pero en otras carnes vivida.

—No duró demasiado, no al menos como Carmen que fueron años. Si no recuerdo mal, porque encerrada los días son diferentes, puede que un par de meses. Aunque durante esos meses salíamos a los trabajos que él me tenía concertados. Vamos que salía, pero solo con él. Cuando dejó de hacerlo, cuando dejó de encerrarme en casa fui yo sola la que lo hizo por miedo a las represalias. «Aprendí», según decía él.

—¿Cómo lo aguantaste? —preguntó quitándole a Vicky el pelo que cubría su rostro—. ¿De dónde sacaste las fuerzas?

—No... No lo sé —confesó ella volviendo a derrumbarse.

—Eh, eh, no más lágrimas, no más llanto, por favor. —Biel agarró el cuerpo de ella acomodándola entre sus piernas mientras la rodeaba con sus brazos.

—Lo siento —dijo ella entre sollozos.

—No lo sientas, Morena. El que debe sentirlo es él, el día que me lo cruce... Le daré con toda tu felicidad en la cara, ¡me oyes! Porque escúchame bien, un día, cuando menos te lo esperes, la vida nos dejará ser felices Vicky, a ti, y a mí. —Y ese «a mí» lo dijo con la imperiosa idea de que fuera juntos, los dos juntos.

Aquel sábado volvieron a la terapia de grupo. Los ánimos se habían apaciguado y Vicky se encontraba de mejor humor. Ese hecho lo corroboró Biel al ir a llamarla para que fuera preparándose. Vicky no era de mucho dormir, pero mientras tuviera recetada esas pastillas que la ayudaban a controlar el sueño, Biel tendría que encargarse de hacerla regresar al mundo. Aquella mañana lo hizo de la mejor manera que sabía, con un abundante desayuno en una enorme bandeja que pensaba compartir con ella.

Vicky abrió sus ojos al sentir el roce de unos dedos por sus mejillas. No podía negar que era una mujer muy afortunada si se levantaba cada día con un chico como Biel ante sus ojos. Y es que Biel era guapo por naturaleza, incluso en pijama. La sonrisa de sus labios no se hizo esperar, es más, se ensanchó cuando vio la bandeja que este cogía de la mesita de noche.

—Hazme sitio —pidió Biel deseando compartir esa cama para más cosas que desayunar.

Vicky no tardó en dejar pasar a Biel. Hacía frío aquel invierno por lo que se retiró abriéndole además las mantas para que él quedara tapado. Lo malo es que ella quedó en la parte fría de la cama y él en el

calor de ella, lo que hizo que el rostro de Biel mostrara lo gratificante que podía ser vivir aquello más habitualmente.

—¡Menudo desayuno! Te has esmerado —soltó ella echando un vistazo a todo lo que contenía la bandeja. Había tostadas, frutas varias y hasta algo de dulce.

—Ya sabes que soy un chef frustrado —contestó Biel que había dejado su mirada fijada en los labios hinchado y sonrosados de ella.

Observó cada movimiento que hacía como lo puede observar un hombre acostumbrado a captar los mejores momentos de la vida, aunque sea tras el objetivo de una cámara. Cómo sonreía con sus palabras, la manera en la que dudaba por dónde empezar, la mueca que esa duda creaba en su rostro, y la forma en la que pellizcó ese pequeño trozo de chocolate de la magdalena. Sí prestó una especial atención cuando vio que ella cogía la taza de café que era para él. Y no lo hizo por egoísmo ni nada por el estilo, sino más bien porque ella tenía vetada la cafeína por el momento, por lo que antes de que se llevara la taza a su boca Biel la frenó.

—Eh, señorita, que ese es el mío, el tuyo es este, el descafeinado.

—Casi cuela —dijo ella dedicándole un guiño a Biel que lo hizo carraspear.

—Será mejor que desayunemos y nos preparemos porque al final llegaremos tarde.

Tras el desayuno cargado de oportunidades para sonreír, se prepararon y en cuestión de dos horas se encontraban ocupando sus sillas en la sala de las terapias de grupo, con los nervios de Vicky en sus manos porque tocaba seguir hablando.

—Buenos días a todos —saludó Sonia—. Cuando quieras puedes continuar si te apetece.

Biel frunció el ceño. Odiaba que Sonia siempre dejara la posibilidad de que no continuara en el aire. Entendía que era la forma en que no se sintiera obligada, pero iban por buen camino y prefería que no hubiera ningún freno.

—Hoy quería hablaros de mi abuela —comenzó a decir Vicky—. Era una mujer inigualable. Para ser de edad avanzada nunca mostró que los tiempos que vivía la superaran, no se metía en la vida de nadie, ni siquiera lo intentó en la mía a pesar de que viera todo lo que pasaba en ella. —Llevó sus ojos a sus manos viendo aparecer la mano de Biel para cumplir la función que siempre hacía—. A raíz de mi encierro, mi relación con ella se distanció. La llamaba todas las semanas, pero solo podía ir a verla cuando Santi consideraba que era adecuado, lo que podía ser una vez cada dos meses. Le puse la excusa del trabajo y la falta de tiempo, y ella lo creyó o eso me pareció a mí. Había ocasiones en las que ella llamaba y Santi contestaba al teléfono diciéndole que no podía ponerme, aunque no estuviera haciendo nada. Él justificaba aquello con la idea de que a las personas mayores no había que echarles tanta cuenta, que solo buscaban llamar la atención.

»Creo que puedo decir que uno de los dos peores momentos que he vivido al lado de Santi fue el día que mi tía llamó anunciando el fallecimiento de mi abuela. Me arrepentí tanto de haberme dejado limitar las visitas y el tiempo que pasaba con ella que ese día, tras acudir al funeral, sola, porque él consideró que era cosa de familia y que no pintaba nada, llegué a casa con tanta furia que le planté cara. Grité, y grité millones de cosas que me pasaron por la cabeza ante un Santi que se mantenía atento a la televisión. «¡No vuelvas a hacerme algo así!» «¡Eres despreciable!» «¡Era mi abuela!» «¡¿Cómo has podido privarme de ella?!» ... Lo único que atrajo su atención, que hizo que soltara el mando del televisor tras apagarla y ponerse en pie, fue cuando chillé que le odiaba. No se enfadó, no reaccionó de mala manera, aunque ya su sola presencia me imponía. Con movimientos lentos se acercó consiguiendo solo con eso que mi alterada respiración no se relajara. Agarró mis brazos por los laterales de mi cuerpo, se acercó a mi oído susurrando las más bonitas palabras de amor que llegaron tras un «Lo siento, cariño». Nunca me había llamado cariño... Besó mi cuello y continuó con sus caricias por mis brazos hasta que agarró mi cintura.

Al ver que yo no me iría a ninguna parte y que había conseguido apaciguar a la fiera que había osado retarle, agarró mi mano y me llevó hasta la cama. Siguió con sus caricias y diciendo maravillosas palabras que yo me creía sin dudar en ningún momento, suplicando de mil maneras distintas que perdonara lo que había hecho y que entendiera que él no tenía a nadie por lo que era un inexperto en eso de las relaciones familiares. Y yo... Lo creí —balbuceó entre aquellos sollozos que demostraban que seguía echándose en cara todas las veces que caía en sus redes sin ver la trampa que las acciones de Santi escondían. Vicky seguía sin entender cómo era capaz aquel hombre de ser dos personas tan distintas. Sabía, por boca de Sonia, que los maltratadores emocionales lograban engatusarte cuando consideraban que te perdían con un cambio radical de actitud, y esa era la forma de volver a tenerte entre sus manos. Sin embargo, no por saber eso mejoraba la sensación que ella tenía de lo vivido a su lado.

—¿Cómo te sientes recordando esos momentos? No tienes por qué ocultar que disfrutaras a su lado alguna experiencia. No es malo si lo pasaste bien —aclaró Sonia que notaba la dicotomía amor-odio en los ojos de Vicky.

La muchacha levantó la mirada fijando sus ojos en Sonia. Por un instante pensó que no había escuchado bien. ¿Le preguntaba si lo pasó bien?... Sus ojos se amilanaron y volvieron a centrarse en sus dedos, porque no podía negar que cuando Santi volvía a ser aquella persona cariñosa, delicada y atenta que fue durante las primeras semanas de relación, sentía las razones de por qué estaba con él.

—Yo... yo lo amaba... Ahora solo siento asco. —La última palabra salió de su boca con tanto desprecio que le sirvió para reconocer que estaba todo superado, que los sentimientos hacia ese tipo habían desaparecido y que solo era la rabia por los años perdidos la que le recordaba quien era Santi—. Después de aquello, nos instalamos en Madrid. Había encontrado la forma ideal de convencerme, no me quedaba familia.

Perspectiva

(Dimensión de un objeto y la relación espacial entre ellos)

Por fortuna, la vida suele acabar encontrando la forma de devolver a algunas personas parte de lo que les quita. Aunque Biel sabía que Vicky no volvería a ver a su abuela, ni a recuperar a sus padres. Sin embargo, regresaba a casa sumido en una ilusión nueva. Las noticias que llevaba para Vicky seguro la animaban a seguir luchando por olvidar y cambiar su vida.

Subió en el ascensor sabiendo que Vicky estaría en casa, pero al llegar ella no se encontraba por ninguna parte, y más fue su alegría aún si pensaba que andaba haciendo sus propios planes. La puerta no tardó en abrirse con la aparición de Vicky que llegaba sofocada por la carrera que había echado para poder llegar a tiempo de comer con Biel.

—¡Hola, Morena! —gritó Biel desde el baño donde se estaba lavando las manos.

La vio aparecer cargada de bolsas y su sonrisa se amplió hasta llegar a sus ojos.

—Te has dado un capricho por lo que veo —soltó él inspeccionando por encima mientras Vicky se quitaba los zapatos.

—Pensé que no llegaba —dijo ella sintiéndose mal por la hora—. He ido a comprar algo de ropa porque mañana salimos las chicas —continuó bajando progresivamente el tono de su voz a la vez que achicaba su cuerpo.

—Perdona, no te he oído bien —señaló Biel sin dejar de mostrar lo contento que estaba—. ¿Dices que sales? ¿Mañana? ¿Solo chicas?

Ella asintió expectante por la reacción que aquella salida pudiera causar en él. Sabía que no le debía explicaciones de nada, que solo eran amigos, pero no quería disgustarlo. Biel se acercó a ella, que se había sentado en la cama esperando la reacción, tal y como estaba acostumbrada de su relación anterior y es que, por más que lo intentaba, no podía olvidar esos patrones. Se sentó a su lado y dándole un leve empujón con el hombro susurró:

—Prométeme que te lo pasarás genial.

Vicky miró rápido el rostro de Biel que seguía sin perder su sonrisa. Sonriendo ella también acabaron por tirarse para atrás con gran alivio por parte de los dos.

—Si supieras que yo también traigo buenas noticias —soltó Biel que de forma insegura había hecho rozar los dedos de su mano con la de ella mientras permanecían semitumbados en la cama—. Me alegra que te hayas comprado ropa porque la vas a necesitar. —Tras estas palabras se levantó y alargó su mano para ayudarla a incorporarse—. Te cuento mientras comemos.

Salieron de la habitación dejando allí las bolsas de la feliz escapada de Vicky y se sentaron a degustar el pollo asado y las patatas fritas que ella había comprado camino de casa. Una vez servidos y viendo que Biel empezaba a comer sin abrir la boca más que para morder y masticar, empujó un poco a su amigo para que soltara eso que tenía que contarle.

—Oye, no piensas decirme de qué se trata.

—Come —dijo él señalando con sus cejas el plato de su amiga.

—No puedo, me tienes nerviosa y sabes que los nervios y yo...

—Es que puede que si te lo digo no comas. Come y luego te lo cuento.

Vicky suspiró y aligeró su comida terminando con la mitad del plato sin degustar, lo que hizo que él le dedicara una mirada desaprobatoria negando con su cabeza.

—Trae ese plato aquí —dijo antes de que Vicky vaciara su contenido en el cubo de los desperdicios—, lo terminaré yo antes de que acabe en la basura.

—Pero ¿me vas a decir ya qué pasa o tendré que esperar a que termines? —La risa de Biel se hizo oír en toda la cocina. Se limpió con la servilleta la sonrisa que le quedó en los labios y le pidió a Vicky con la mano que tomara asiento.

—Te lo cuento y así descanso de comer, ¿te vale? —Ella asintió al escucharlo con ese tono tan juguetón que parecía traer hoy—. Esta noche —empezó a decir apoyando sus codos en la mesa y llevando su cuerpo más cerca del de ella—, te tienes que poner un modelito de los buenos, de esos que te has comprado. Te pondrás más guapa de lo que estás con esos pijamas de invierno y esos pelos de recién levantada y..., nos iremos a cenar.

—¡Anda ya! Para qué vamos a salir a cenar. ¿Celebramos algo? —ella se sintió decepcionada con la noticia para la que había creado tanta expectación, lo que no sabía era que todavía no había terminado de darle todos los detalles.

—La celebración la tendremos en casa, después de la cena. Abriremos un buen vino para festejar el contrato que vas a firmar con una de las mejores marcas deportivas para la que, casualmente, trabajo yo.

—¡Biel! —gritó Vicky entre entusiasmada y aterrada—. ¡Gracias! ¡Gracias!

—Sí, señorita. No tienes nada que agradecerme, solo dejé que vieran tus fotos y ya sabes que eres capaz de comerte cualquier objetivo con esos ojazos que gastas. Así que todo ha sido mérito tuyo.

—Pero... Es esta noche —decía aún perpleja—. No puedo, no me da tiempo...

La carcajada de Biel la hizo enfurruñarse por la poca conciencia de su amigo en cuanto a todo lo que tenía que hacer antes de esa cena.

—Tranquila, ¿vale? Es solo una cena y seguro estarás preciosa con lo que te pongas. —Tras esto, Biel se levantó, agarró a Vicky por los hombros y la sacó de la cocina—. Ya puedes ir a prepararte que no quiero acabar llegando tarde.

—Pero es que no tengo nada que ponerme. Y debería coger cita en la peluquería, y...

Biel no dijo nada ante tantas y tantas cosas que parecía no podría hacer en al menos las seis horas que quedaban para salir en dirección al hotel donde cenarían. Llevó a Vicky hasta el dormitorio donde estaba su bolso y le dio instrucciones precisas de lo que podía hacer.

—Siéntate, relájate y respira. —Ella hizo caso, aunque siguió mirándolo asustada, y es que seguía viendo en esa cena la oportunidad de su vida para lanzarse al mundo de la moda por su cuenta y riesgo, lo cual la ponía tan nerviosa como feliz—. Llama a Helena que venga a maquillarte y a Ramón para que venga a peinarte. Estoy seguro de que harán eso y más por ti. Y mientras tanto, te miras los modelitos que te has comprado para ver si alguno encaja en una cena de negocios. Si no, solo dímelo y te traeré lo que haga falta de alguna de los miles de marcas que conozco.

Él salió de la habitación alegrándose de que la cabeza de su Morena tuviera la tarde ocupada pensando en ella misma y en su nuevo futuro.

Biel regresó a casa deseoso de ver a Vicky. Al marcharse tras terminar de comer la había dejado organizando lo que sería una buena tarde de dedicación personal que se merecía de sobra. Entró cauteloso, no queriendo interrumpir nada, pero no la encontró por ninguna parte. Vio la puerta del baño cerrada y golpeó un par de veces con los nudillos.

—¿Biel? —escuchó su voz tras la puerta y solo eso fue suficiente para sonreír.

—Sí, soy yo. He vuelto y necesito ducharme —dijo él quitándose la parte de arriba y preparando nuevamente uno de sus pocos trajes.

En aquella ocasión, y por no repetirse, optó por el traje negro, camisa azul claro y corbata del mismo

color que el traje. Colocó cada prenda cuidadosamente sobre la cama, al lado de lo que parecía ser la ropa elegida por Vicky, un bonito vestido oscuro con una cinturilla de cuero que pensaba admirar una vez ella lo tuviera colocado.

Vicky salió del baño y dio paso a su compañero de piso, que no tuvo más remedio que cruzarse con ella en el momento en el que él andaba sin prenda por la zona superior, y ella solo envuelta en una simple toalla, que eso sí, agarraba bien para que no mostrara más de lo debido. Biel no perdió oportunidad de besar la mejilla de su Morena como siempre que llegaba, ni tan siquiera lo dudó porque ella estuviera con tan poca ropa encima o que pudiera resultar embarazoso, es más, eran los momentos de la convivencia que más le gustaban, aunque acabaran siendo dolorosos en algunas zonas.

Tras una ducha, salió y se encontró solo en la habitación, en la que se vistió esperando ver ese vestido sobre el cuerpo de Vicky. Una vez terminado, colocándose el reloj en su muñeca izquierda, aún descalzo y con la corbata a medio poner, no percibió los cuatro ojos que se fijaron en él, los dos de Vicky que admiraba a aquel hombre, y más sabiendo qué escondía debajo, y los dos ojos de Helena que había llegado minutos antes para maquillar a su amiga. No solo hizo eso, sino que retocó los rizos gruesos que Ramón le había marcado esa misma tarde.

Una vez terminada fue Biel, quien sentado en el sofá estirando sus brazos por el respaldo del mismo y cruzadas sus piernas, contempló el final de su acompañante. Vicky lucía radiante, no solo por la enorme sonrisa que dibujaban sus labios rojos, sino por todo en su conjunto. Hacía gala de aquel hermoso y ajustado vestido que le llegaba hasta las rodillas, con unas medias que dibujaban una línea más oscura por la parte trasera y que se escondía en el talón de aquellos elevados tacones. Por suerte, Biel se pudo permitir un par de minutos sentado, contemplándola con total descaro.

—Bueno, yo me marchó —dijo Helena tras carraspear un par de veces por lo que la mirada de Biel provocaba. Porque aquel hombre tímido e introvertido que siempre se escondía tras la cámara, podía ser, sin saberlo, el centro de atención de muchas féminas. Se despidió de Vicky con un ligero beso y de Biel con un movimiento tímido de la mano, pero este ni se percató de que se iba.

—Vicky... Estás fabulosa, bella, increíble... ¡Espera! —gritó él de pronto— ¡No te muevas de ahí!

Vicky quedó expectante a la espera de que él regresara para marcharse, pero al volver al salón lo hizo con una de sus cámaras en la mano y sin pedir permiso comenzó a disparar. Vicky se ruborizó consiguiendo que Biel la viera aún más bonita si era posible.

—Ponte ahí —indicó él apoyando el cuerpo de ella en la mesa grande del comedor. Se colocó justo a su lado, pasando su mano por su cintura y dejando su cabeza sobre el hombro de ella. Así, de esa posición, volvió a capturar un par de imágenes.

Cuando él iba a continuar pidiendo que se pusiera en otra postura u otro lugar Vicky lo cortó:

—Biel, ya. Llegaremos tarde si sigues así —notificó ella sin parar de sonreír.

—Vale, tienes razón —afirmó él mirando su reloj.

Soltó la cámara en la misma mesa donde hubiera besado a Vicky mil veces, y se marcharon al hotel donde tendría lugar el encuentro.

Al llegar se dirigieron al bar donde les esperaban para sorpresa de Biel, Bosco, Joan junto a Cristina y las otras dos chicas, Pilar y Laura. Vicky y él se acercaron al grupo.

—Señoras, caballeros —dijo saludando a los presentes—, ella es Victoria Vázquez.

—Encantada —soltó ella agregando—: Pueden llamarme Vicky. Hacía mucho que nadie me llamaba Victoria.

Los besos y apretones de manos se sucedieron entre los presentes. Vicky no pudo evitar fijarse un poco en como una de las chicas mostraba confianza con Biel, a lo que no pudo negar cierto malestar, aunque sabía que nada podía hacer frente a una mujer como aquella. «¿Para qué negarlo?» se cuestionó,

no tenía mucho sentido que Biel estuviera con una mujer como ella si se rodeaba constantemente de modelos como las que tenía ahora mismo ante sus ojos. Esto y todos sus recuerdos hicieron que su sonrisa fuera un poco más obligada y menos sentida, hecho que no pasó desapercibido por Biel.

Los dos socios y las modelos de la marca se presentaron especificando un poco su labor dentro de la empresa, para que Vicky fuera conociendo un poco el motivo de por qué estaban todos allí, chicas incluidas. Para ella todo aquello era completamente nuevo, y no solo los nervios, sino también el miedo, recorrían sus piernas, provocando que no pudiera dejar de mover su cuerpo echando el peso de un pie a otro. Biel viendo los movimientos de su amiga se colocó justo a su lado, bien cerca, dejando su mano y el calor de la misma en la parte baja de su espalda. Aquello no solo reconfortó los ánimos de Vicky, sino que también relajó un poco su posesividad, al ver como era ahora Laura la que miraba con gesto serio a la recién llegada.

—¿Pasamos al restaurante? —sugirió Bosco ofreciendo su brazo a Vicky. Esta titubeó un instante, pero por cortesía se agarró del empresario comprobando que no provocaba ningún malestar en Biel, hecho que le recordó que su amigo estaba a su lado por un sentimiento que lejos quedaba del amor de pareja.

Ocuparon cada una de las sillas que rodeaban la mesa y echaron un ojo a la carta. Biel había tenido el detalle de ocupar la silla contigua a la de Vicky, por eso de darle apoyo moral, aunque no se había conseguido quitar de encima a Laura que había ocupado el lado contrario. Había notado el malestar de su Morena con la cercanía de la chica, pero más que molestarle le había encantado tener detalles tangibles sobre lo que sentía por él, cuestión que le reconfortaba.

Pidieron las bebidas y algunos entrantes que fueron solicitados por Joan sin consulta del resto de comensales, y nada más terminar de cerrar la carta plantó sus ojos en Vicky.

—Señora Vázquez —empezó a decir, pero fue interrumpido por la propia Vicky que solicitó que la llamara de esa forma—. Está bien, Vicky. Nuestro propósito con esta cena es llegar a un preacuerdo de contrato, estipular un precio por su trabajo y ciertas cláusulas del mismo. No sé si su «¿amigo?, ¿pareja?» —titubeó observando a los dos alternativamente. Solo aprovechó sus palabras para enterarse de que tipo de relación podían tener, ya que no dejaban claro con su comportamiento lo que había, aunque sí lo que sentían el uno por el otro.

—Amigos —confirmó ella no con cierta molestia por tener que usar esa palabra. Y más fue la molestia cuando la sonrisa de Laura creció viéndose libre de poder atacar.

—Vale, amigos. Pues no sé si su amigo le ha contado algo de nuestro trabajo.

—Algo —contestó ella tímida.

—Bien, pues sabrás que somos una empresa de ropa y complementos deportivos y queremos introducir en nuestra marca un mercado más amplio, por ello tu presencia en esta cena.

—A ver —intervino Bosco—, lo que Joan quiere saber es si estás interesada en ser la musa de nuestra marca en el apartado *plus size*. —Bosco agarró la mano de Vicky con demasiada confianza. Lo que ella no sabía era que al chico le había caído estupendamente solo por la primera visión que había tenido de ella, y cómo no, de ese amor escondido que sentía por el guapo de Biel y que no le reprochaba, hasta él estaba encandilado con el fotógrafo—. Si es así, solo tenemos que concretar números y condiciones.

Los nervios de Vicky fueron en aumento al recordar el acuerdo de Biel con la empresa. No eran las sumas de dinero que había conseguido cobrar, pero se podía asegurar que no tendría exclusividad con la marca y así poder ganar incluso más mientras fuera lo suficientemente joven como para posar o desfilas.

—¿Qué incluiría ser imagen de la marca? ¿Solo posado, anuncios televisivos, desfiles...? —preguntó antes de hacer los cálculos oportunos. Nunca había tenido que negociar porque de ello se encargaba siempre Santi, pero sabía que temas había que tratar en este mundillo.

—Lo lógico sería que entrara con las mismas condiciones que nosotras —soltó Laura algo disgustada por lo que estaba presenciando—. Contrato renovable por año y abierto a ampliaciones. Nosotras cobramos un fijo y un incremento por evento o sesión. No somos como los fotógrafos del equipo, no podéis tratarla como uno de ellos.

Vicky enmudeció, ya que no consideraba justo que se hicieran tratos de favor. Aquella declaración de Laura hizo que aumentara su pudor y con él sus colores. Cogió la copa de agua y casi la vació del tirón. Se sintió acorralada por tener que romper aquella pequeña desigualdad de opiniones y no sabía hacia que lado sería el correcto. Para esto sí que no estaba preparada.

—Yo... —consiguió decir sintiéndose observada. Notó la mano de Biel en su pierna, su calor inconfundible relajó un poco sus hombros, pero no duró mucho.

—Creo que Laura tiene razón —añadió Pilar.

—Sí —logró escupir Vicky—, me adapto al contrato de las chicas. Sin problemas. Si me disculpan un segundo.

No dejó tiempo a más. No sabía que estaba aceptando, se encontró perdida en una situación nueva que nunca había vivido. Temió las condiciones que podría aceptar, ya que no sabía si estaba preparada para esos viajes, y pruebas, y desfiles que hacía tanto ya no tenía. Encontró el baño con la indicación de uno de los camareros al que preguntó casi de forma atropellada, e intentó recuperar el aire que sentía que le faltaba.

Biel intentaba levantarse de la mesa para seguir a Vicky, pero Laura y Pilar se lo impedían preguntándole cuestiones laborales, y viendo descortés por su parte abandonar la conversación de trabajo con los jefes delante, no le quedó más remedio que seguir donde no quería. Sin embargo, su mirada estaba fija en la puerta de los aseos y su preocupación también.

—Sí, esas fotos están ya pasadas por ordenador, nos faltaría ver las que vamos a hacer en el centro de la ciudad, tenemos que estudiar el ambiente primero. Si me disculpáis un segundo...

—Deja —lo interrumpió Cristina—, ya voy yo.

Biel no lo vio muy buena idea, pero no pudo impedir que sucediera de aquella manera. Permaneció sentado y siendo observado por los demás comensales, mientras Cristina traspasaba la puerta del baño y veía a Vicky apoyada en los lavabos haciendo un intento de respiración profunda que no llegaba a sus pulmones, y con los ojos cerrados, lo que indicaba que estaba realmente agobiada.

—Puedes estar tranquila —soltó Cristina atrayendo la atención de Vicky—. Ni vas a perder con el contrato, ni vas a perder a Biel, no al menos esta noche. —Cristina suavizó el rostro y dibujó en su boca una dulce sonrisa—. Laura puede ser insoportable, te lo aseguro. De todas formas, las condiciones laborales que ofrecen son buenas, seas modelo o fotógrafo, a esta edad y con el mundo laboral como está creo que nada es mejor de lo que tenemos. Y si te preocupan ciertas cosas como la exclusividad, puedes quedarte tranquila, no son exigentes con esos detalles. —Sacó de su pequeño bolso una tarjeta con sus datos y un teléfono de contacto—. El día que vayas a firmar el contrato avísame, iré contigo. Será un pequeño favor personal. —Cristina abandonó los aseos y Vicky pudo leer con claridad el contenido de la tarjeta, comprobando que Cristina era abogada y que eso podía ayudarla.

Regresó a la mesa un par de minutos después de Cristina, mucho más relajada y segura de sí misma. Biel no tardó en acercar su boca al oído de ella para asegurarse de que estaba bien y no encontró mejor respuesta que la sonrisa de sus labios, y no una cualquiera, sino una de verdad, lo que hizo que Biel se relajara también.

—Acepto —dijo Vicky—, y lamento haber tenido que abandonar la mesa.

Desde ese momento hasta el final de la velada todo fueron risas y celebración. Aunque era difícil obviar los intentos repetidos de Laura por captar la atención de Biel. Bosco disfrutaba con aquello, Pilar

casi había dejado la mesa y se veía que pensaba en otras cosas, y Joan y Cristina no tardaron en mostrar lo que había entre ellos con un par de besos y caricias furtivas. Anécdotas del mundillo empezaron a circular y las risas junto con el efecto del alcohol relajaron el ambiente hasta convertirlo en casi una cena de amigos.

—Creo que no tienes oportunidad ninguna con ella —dijo Laura directamente a Biel en el momento en que todos los demás compartían una de las historietas de Bosco.

Biel se tensó. Los comentarios de Laura no hacían daño, no podía culparla, no sabía nada de la vida de Vicky. La miró a los ojos, sonrió con inocencia y comprendió que las ideas de ella nada tenían que ver con él, sino que se había convertido en una especie de lucha por orgullo.

—Lo sé —le contestó—. Es lo mismo que te pasa a ti conmigo —soltó tomando su copa de cava y tragando el contenido del tirón mientras dibujaba una sonrisa en su boca y colocaba su mano en la espalda de su Morena.

Él sabía, y era casi un secreto a voces, que Vicky no tardaría en ver lo que todos podían apreciar. Que estaba locamente enamorado de ella.

Bloqueo de exposición

(Botón que nos ayuda a bloquear una exposición determinada)

Lo que pretendía ser un sábado diferente, había dejado de serlo por culpa de la llamada de Sonia. Al parecer, la psicóloga no podría tener la sesión que correspondía al sábado de la próxima semana y adelantó la misma. Sábado en el que Lina, Helena y Vicky tenían planeado salir. Aquella noticia no entusiasmó a la muchacha porque sabía que su estado de humor no sería el mismo. Se planteó no asistir, incluso pensó en no decirle nada a Biel, pero no quería comportarse como una cría con todo lo que él había hecho por ella, así que le comunicó la noticia esa misma noche de viernes mientras veían una película apoyados el uno en el otro.

—¿No quieres ir? —preguntó Biel.

—No es que no quiera. Soy consciente de que esas charlas me ayudan mucho, pero mañana iba a salir con las chicas y no quería estropearlo. —Biel entendió su preocupación, incluso temió que pensara en ceder su turno de palabra, pero no podría hacer nada con la decisión tomada.

—No puedo creer que no quieras pasar la mañana del sábado conmigo.

—No he dicho eso —soltó ella riendo por la ocurrencia de aquel rubio tan increíble que le sonreía en ese momento.

—Lo sé, Morena. Lo sé. —El beso en su cabeza le dio ocasión de aspirar un poco ese olor a Vicky, a cariño, a risas, a paz.

Siguieron con la película, aunque él abandonó aquel salón regresando a sus años preadolescentes, donde Vicky reía junto a su hermano, donde el brillo de sus ojos era por completo diferente, donde era plenamente feliz. Sabía que aquella mujer no volvería, no podría, y no solo por lo vivido con Santi. La muerte de sus padres, su abuela y la separación de su familia eran factores que también perjudicaban su felicidad.

—Sigue viendo la película, ahora vuelvo —escupió Biel saltando del sofá en dirección a su despacho.

—La paro y te espero, ¿qué pasa? —dijo ella sin saber qué había podido hacer o decir que hubiera provocado esa reacción.

—Oh, Morena —titubeó él volviendo un poco sobre sus pasos—. No es nada... solo he recordado... una cosa de trabajo que tengo que solucionar.

Biel se encerró en su despacho, y sí, lo hizo literalmente, incluso bloqueando la puerta. A pesar de la hora telefoneó a Sonia y le comunicó sus intenciones, agradeciendo que le pareciera una buena idea. Realizó todos los trámites oportunos y volvió al sofá, donde Vicky había dejado de ver la película cayendo en un profundo sueño.

—Eh, Morena —susurró Biel en el oído de ella—, vamos a la cama. —Estudió sus palabras pensando lo bien que sentaría que se hicieran realidad, que compartieran colchón y vida.

Vicky medio sonámbula por ese primer sueño que suele enturbiar más que ninguno, se dejó guiar por el pasillo hasta que volvió a reposar por completo entre las mullidas mantas con las que Biel arropó su cuerpo.

Parecía que solo había pasado unos minutos cuando de nuevo la voz de él la despertó.

—¿Qué pasa? —preguntó ella asustada.

—Nada, tranquila. Necesito que te levantes. Hoy tenemos una terapia diferente —fueron las palabras de él.

Ella todavía más intrigada, se incorporó comprobando que la oscuridad aún los acompañaba. Evidenció la hora mirando el reloj que Biel tenía en la única mesita que custodiaba la cama quedando

perpleja al verla.

—¡Biel, estás loco! Son las cinco de la mañana —dijo ella casi rozando la exasperación.

—¡No, no estoy loco! —gritó él desde la otra punta de la vivienda.

Cuando Vicky fue hasta el lugar del que venía su voz, observó que él estaba vestido, peinado y tomándose una taza de café.

—Pero ¿a dónde vamos? —dijo ella demasiado extrañada por todo.

—Te lo diré en un rato. De momento, vístete y tómate el café que te he dejado en la mesita de noche. Es café de verdad —agregó para sorpresa de ella.

—Pero... —Vicky intentó buscar respuestas.

—Pero nada. Confía en mí —dijo él acercándose a ella y colocando su mano derecha en su cintura. Esas palabras fueron dichas por Biel tan cargadas de cariño que Vicky no dudó en hacer lo que le pedía. Se alejó de su contacto, tomó el café y entró en el baño donde se vistió y aseo lo suficiente para empezar un día a las cinco de la mañana.

Tardaron poco más de una hora en llegar a la estación de Atocha y subir a uno de sus AVE dirección a Sevilla. Vicky sonreía con la sorpresa de Biel y este se apuraba en contarle el motivo de aquel ida y vuelta en un día.

—Me alegra que te haga tanta ilusión —anotó Biel sin quitar los ojos de los de ella—, pero el motivo de este viaje no solo es que me enseñes lo poco que nos dé tiempo de Sevilla, sino que hables con tu familia. Es la condición para hoy saltarnos la terapia de grupo.

—¿Cómo?! —exclamó ella cambiando su semblante. No estaba preparada para aquello y Biel debía saberlo.

—Eh, eh, tranquila. Yo voy a estar contigo en todo momento. Piénsalo, tarde o temprano deberás dar este paso... y tanto Sonia como yo hemos considerado que te vendrá bien para avanzar.

—¿Y ninguno ha pensado cómo lo vería yo? ¿No te has planteado que esto es algo que debo decidir?

—Vicky... Yo...

—Biel, no puedes determinar cuándo debo hacer las cosas. Me extraña que Sonia te diera el visto bueno para algo que se ve que es una locura.

—Lo hizo, de verdad. —Biel no soltaba las manos de Vicky por miedo a que ella bajara de ese tren. Tenía claro que podía enfrentarse a aquello, y sí, aunque Sonia sonó también reticente al principio, consiguió convencerla. Ahora le tocaba hacerlo con su Morena—. Es verdad que al principio le vio algunos flecos...

—¿Algunos? —dijo ella irónicamente—. Además, ¿no se iban a terminar las charlas con Sonia a mis espaldas?

—Está bien —bufó desesperado—. Te propongo lo siguiente: vamos a hacer el viaje y tienes todo el tiempo que dure para pensarlo; si una vez en Sevilla no quieres ver a tu familia lo entenderé y no presionaré, lo prometo —dijo elevando su meñique a la espera de que Vicky enlazara el suyo como hacían los críos para sellar una promesa.

Vicky asintió, pero no enlazó su dedo. Sin pronunciar palabra mantuvo aquel silencio en cada uno de los minutos que duró el trayecto. Aquel viaje se convirtió en el más complicado de su vida, más incluso que el día que Santi decidió vivir en Madrid alejándola de la poca familia que le quedaba. Su padre no tenía hermanos y su madre solo una hermana que podía volver a ser parte de la vida de Vicky ahora que Santi estaba lejos de ella. Sin embargo, temía ser rechazada por su parte, y sería incluso entendible, por las veces que ella renegó su contacto. Pensó la manera en la que ese encuentro podría tener lugar, tanto si era positivo como negativo; pensó cómo comenzar la conversación e incluso la manera de terminarla, lo que su tía diría o lo que sus primas le podrían reprochar. Lo vio todo y lo analizó desde todos los puntos

de vista posible llegando a una misma conclusión. Biel había tenido una gran idea.

Era fácil pensar que él se había tomado la libertad de decidir por ella, pero estaba segura de que, si no hubiera sido así, ella nunca habría intentado volver a contactar con su familia, y lo sabía por su miedo. De esta manera y junto a él podría hacer frente a cualquier cosa, incluso a esto. Miro a Biel que permanecía con los ojos cerrados, ella pensó que dormido, pero la mano de él agarrando la suya le dio señales de que se equivocaba debido a la presión de su agarre.

—Gracias —susurró ella decidida a aprovechar aquella ocasión a pesar de haber sido sugerida de una forma tan poco conveniente.

—No hay de qué, Morena —dijo él llevando la mano de ella a sus labios y dejando un cálido beso en ella.

Dejaron el AVE en la estación de Santa Justa unas dos horas y media después. Lo primero que hicieron fue localizar una cafetería en la que disfrutar de un buen desayuno ya que no lo habían hecho todavía a pesar de las horas que llevaban levantados. De allí, de las tostadas llenas de risa con un café cargado, tomaron un taxi que los llevó a la estación de autobuses de Plaza de Armas para desplazarse hasta el pueblo donde la familia de Vicky residía.

Ya en las calles del pueblo, los nervios de ella se percibían sin tener que prestarle mucha atención. Saludaba tímidamente a algunos lugareños y dejaba otros de largo escondiendo su cabeza con ese gesto que Biel empezaba a detestar. Él se dejaba guiar por las calles y plazas observando cada detalle de su actitud. Cuando llegaron a la calle donde estaba la vivienda de su abuela Vicky paró en seco. Dos casas más abajo era la de su tía y sabía que no le quedaban muchos metros para tener que enfrentarse a su mayor temor, el rechazo. ¿Cómo de comprensiva serían con ella? ¿Cómo la recibirían?

—Tranquila, Morena. —Biel la envolvió en un abrazo que le transmitiera la fuerza suficiente para lo que había decidido hacer, porque todo estaba en sus manos—. Si no quieres hacerlo... —Ella afirmó con la cabeza corroborando su ya firme decisión—. Te esperaré aquí, no me iré a ninguna parte —dijo Biel con la idea de darle un poco de intimidad.

—No, por favor, acompáñame, no me dejes hacerlo sola.

Biel agarró su mano incitándola a continuar. Volvieron a parar frente a la puerta de la que había sido la vivienda de su abuela y la suya durante unos años, observándola con añoranza. Poco más abajo y en la acera de enfrente, la de su tía, cerrada a cal y canto. Vicky miró el reloj pensando que quizá la hora no era la adecuada, pero eran cerca de las once de la mañana por lo que no había motivos para pensar que podrían dormir. Posó los dedos en el timbre sin llegar a pulsar. Una vez que lo hiciera no habría vuelta atrás así que se permitió unos segundos con los dedos allí para respirar y rezar porque fueran comprensivos con ella. Dejó que el peso natural de su mano pulsara el timbre y esperó apretando la mano de Biel con fuerza. La voz de una de sus primas, de Rocío si no se equivocaba, llegaba hasta ellos con un «¡Va!» que advertía de que estaban en casa. La puerta se abrió y los ojos de su prima con ella.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó aún sin creer lo que estaba viendo. Y acto seguido, antes de que sus progenitores vieran con claridad quién estaba en la puerta, Rocío estrechó a su prima entre sus brazos apretando con la fuerza que la nostalgia de años puede conseguir.

Amparo, la tía de Vicky y Vicente, su tío, no tardaron en unirse a aquella muestra de cariño tan inesperada que no había ni imaginado en ninguno de sus reencuentros que había tenido en su cabeza camino de Sevilla. Las lágrimas no tardaron en aparecer en ninguno de los presentes. Hasta a Biel se le humedecieron los ojos con aquella estampa.

Tras las presentaciones de rigor, Vicky y Biel accedieron a la casa y se acomodaron en el salón de la misma.

—No me puedo creer que estés aquí —decía Amparo sin perder el contacto de sus manos con las de Vicky.

—Gracias, tía. No debí... Nunca debí... —Vicky intentaba pronunciar una disculpa sin éxito.

—No te preocupes, cariño. Lo importante es que estás aquí.

—Has tenido a tu tía muy preocupada —soltó Vicente con seriedad, pero con ese punto de cariño y emoción porque su sobrina hubiera vuelto.

—Lo siento —contestó Vicky agachando la cabeza.

—Aunque me alegro de que hayas abierto los ojos —añadió su tío secando una tímida lágrima de su rostro.

—Aquí llego —avisó su prima Rocío, la hija menor del matrimonio y que aún vivía en casa de sus padres. Colocó una bandeja en la mesa con algunas infusiones de tila y un café para Biel.

—Tu prima Carmen y tu primo Vicente se casaron hace un par de años. Los dos el mismo año. No sabes la que se lio —empezó a contar Amparo—. Intentaron localizarte, pero fue imposible.

—No te preocupes, tía, lo entiendo.

—Vicente trae las fotos de las bodas. Biel quieres algo más, unas galletas o algo. Creo que debemos darte las gracias a ti por traernos a Vicky de nuevo a su familia. Y dime, cariño, ¿dónde estás viviendo ahora? —preguntó volviendo de nuevo su atención a su sobrina.

Vicente llegó con un enorme álbum de fotos y se volvió a sentar pendiente de lo que Vicky iba a contar.

—Ahora mismo vivo en Madrid. De momento no puedo moverme de allí..., por el trabajo.

—¿Sigues trabajando? Dejamos de verte en las revistas y pensamos que él...

—Lo dejé yo, tía. Bueno, más bien fue Biel quien me ayudó a dejarlo todo. He estado unos meses alejada del mundo y ahora tengo un contrato con una marca deportiva. Biel me ha ayudado a todo —contó llevando sus ojos a los marrones de su amigo.

—¿Tienes un piso o algo? ¿Necesitas dinero? —preguntó su tío Vicente sabiendo que las cosas no serían fáciles para ella.

—No, estoy bien. Gracias. Vivo con Biel, aunque es temporal, hasta que encuentre un piso asequible. Vendí el piso de mis padres —dijo retirando la mirada por lo que esa noticia pudiera causar.

—Has hecho bien —aseguró su tía palmeando el dorso de su mano—, lo mejor es empezar de cero cuando las cosas se tuercen. Y ahora ya sabes que nos tienes aquí para lo que sea.

Pasaron las horas con la familia. Su prima Carmen llegó acompañada de su marido recibiendo a Vicky con el mismo cariño. Vicente, su primo, llegó con su embarazada mujer y tampoco se privó de mostrar que había echado de menos a su prima. Biel contemplaba satisfecho cada instante de ese día. Veía los gestos de cada uno de los presentes, de cómo trataban a Vicky, de las palabras de ánimo hacia su Morena, el apoyo que le volvían a brindar como si nada hubiera pasado. Hubo momentos de tensión, cuando Vicky se vio obligada a contar algunos detalles de su relación con Santi, pero nada que Biel no conociera ya. Les habló de su terapia, de la madre de Biel y su hermana, e incluso de Tito. Todos agradecieron a aquel hombre que hubiera animado a Vicky a volver a retomar su vida.

Tras una comida familiar improvisada, pasearon por el pueblo para que Vicky recordara donde tenía su casa. Hasta que llegó la hora de volver. Su primo Vicente se encargó de acercarlos a la estación de Santa Justa, junto a Amparo, evitando que así tuvieran que salir con más tiempo y tomar varios transportes.

—Cuídate, cariño. Y llámame todos los días —decía Amparo emocionada por el día que había

vivido—. Cualquier cosa que necesites, llámame.

—Lo haré, tía, no te preocupes.

—Cuida de mi niña —le dijo a Biel—. Ahora que te he conocido y sé lo que has hecho por ella me quedo más tranquila.

—Cuenta con que lo haré. No pienso dejarla sola.

Las despedidas dieron paso a las lágrimas de tristeza por la separación, pero no podían evitar sentirse felices al mismo tiempo.

—No te olvides, Vicky. En unos días te llegará la invitación y esperamos veros a los dos —señaló Vicente recordándole a su prima y a Biel que eran invitados en la boda de su hermana Rocío, la única que quedaba soltera.

—Y espero que no tardéis en mandarme la vuestra —añadió Amparo.

—Tía —protestó Vicky—, ya te he explicado que nosotros...

—Sí, sí... Me ha quedado claro. —Los aspavientos de sus manos reflejaban que no creía nada de lo que Vicky le había contado con respecto a aquel hombre rubio que la acompañaba, y es que, al igual que todo el mundo, se había dado cuenta del amor que entre ellos se respiraba.

Con risas y despedidas Vicky y Biel se alejaron de ellos camino del andén en el que esperaba el AVE que los llevaba de regreso a Madrid.

Espacio de color

(Sistema de interpretación del color)

Vicky seguía sorprendida por la manera en la que le estaba cambiado todo en su vida. De regreso a Madrid solo pudo agradecer mil veces a Biel aquella idea y aquel empujón que necesitó para hacerlo. Agradecía además que tuviera tanta paciencia y comprensión con ella y su situación. No debía ser fácil tratar con una persona con tantos problemas y más aún si no tenías por qué hacerlo.

Se miró al espejo una última vez antes de salir al salón, donde Biel parecía dormitar. Abrió los ojos con el ruido de los tacones incorporándose para no perder detalle. La vio salir decidida, aunque con rostro cansado, y es que le había dado un buen madrugón. Se sintió culpable de haber elegido ese día que tenía la cita con las chicas para salir. Sonrió con su propia ocurrencia, no había caído en ese pequeño detalle. A pesar del cansancio y de las emociones que había vivido, Vicky estaba preciosa. Lucía un vestido casual, de cuello redondo color rosa pálido. Las mangas del mismo llegaban hasta su puño que cambiaba a negro, al igual que la cinturilla que se ajustaba a sus curvas dando pie a la falda ajustada.

—¡Joder! —susurró Biel cuando se fijó bien en lo bella que iba.

Vicky se sonrojó como nunca. No podía dejar de sonreír al ver la expresión que seguía pintada en la cara de Biel. En su mano llevaba un pequeño bolso de color negro que de poco servía, aunque suficiente para lo que necesitaba llevar esa noche.

—¿Me ves bien? —preguntó tímida.

—¿Qué si te veo bien? ¿De verdad me preguntas eso? Estás espectacular. —Vicky sonrió más si podía y ese gesto le llevó a un bostezo—. Hasta con tanto sueño te ves preciosa —añadió Biel, que no sabía qué hacer con sus manos que empezaban a sudar.

Se había puesto en pie, frente a ella, observándola y deseando que la próxima salida fuera de su mano. Retiró la mirada de su rostro para no intimidarla más y dejarla marchar muy a su pesar.

—Llámame si necesitas algo —le recordó Biel centrando de nuevo la vista en ella, aunque esos ojos ahora mostraban cierto temor.

—Tranquilo. No estaré sola y sé que puedo llamarte en cualquier momento —añadió Vicky enseñándole el móvil. Titubeando dejó un beso en la mejilla de Biel que le supo a poco, no solo a ella sino también a él.

—¡Pásalo bien! —gritó él mientras la veía marchar subida en esos taconazos que afortunadamente dominaba.

Tenía claro que no iba a acostarse hasta que regresara, por lo que se preparó algo de cena y echó agua en la cafetera, aunque tenía la esperanza de que no volviera demasiado tarde. Por un instante pensó que no la convencería, ya que a la vuelta dijo de llamar a las chicas y anular la «quedada», pero él no lo vio necesario y menos viendo que aquel viaje a Sevilla la había hecho un poco más feliz. No tardó en convencerla a pesar de que le preocupara que la casualidad volviera a poner a Santi en su camino. No tardó en mandar un mensaje a Lina con instrucciones claras de qué hacer si eso pasaba y tampoco tardó en recibir un *gif* que indicaba que era un poquito pesado. Se echó a reír por la ocurrencia de su hermana mientras tomaba su primera taza de café.

Los golpes en la puerta lo despertaron. Daba igual cuanta cafeína hubiera tomado, se había quedado dormido. Miró el reloj de su muñeca mientras se dirigía a la puerta. Las cuatro de la mañana. Sospechó

por la hora y el porrazo que había oído que era Vicky la que esperaba al otro lado. No se equivocó. Lo que no esperaba era encontrarla tan... «¿alegre?», por no decir borracha.

—Vamos, pasa —soltó él casi riendo por el estado en el que estaba.

—Biel. Mi. Que... rido. Biel —intentó decir ella mientras le agarraba la cara con las dos manos. Dirigió sus labios a los de él dejando un beso en ellos—. Te amo, nunca te lo he dicho, pero te amo —balbuceó a media lengua. Los ojos de Vicky se cerraban y apenas podía mantenerse en pie aun llevando sus zapatos en la mano.

Biel no quiso contestar a aquella confesión que dudó que fuera cierto, aunque le encantaría. Sin embargo, a pesar de todas las muestras que le decían que ella sentía algo por él, lo dudaba porque todavía veía ciertas reticencias que deseaba que solo fueran por el mal recuerdo que ella tenía de lo que es una relación. La acompañó hasta la cama mientras escuchaba palabras inconexas e incoherentes. Se alegraba de ver que había sido capaz de disfrutar de esa manera. A nadie le venía mal una borrachera de vez en cuando y menos cuando se tenían tantas penas que ahogar y tantos logros que celebrar.

La acomodó sentándola en la cama y suspiró sabiendo que venía lo más difícil, quitarle aquel vestido.

—Vicky, mírame —rogó consiguiendo que ella fijara sus ojos en los suyos, que no su vista—. ¿Puedes quitarte el vestido, Morena?

—Me encanta que me llames Morena.

—Y a mí me encanta llamártelo, pero ¿me has oído?, ¿puedes quitarte el vestido?

—Sí, no te preocupes tanto por mí —dijo de pronto como si la cordura hubiera vuelto a ella.

Vicky se levantó tomando unos segundos para mantener el equilibrio, entró en el baño y sin cerrar la puerta, se quitó el vestido, orinó y regresó a la cama. Todo y cada uno de esos actos fueron observados por Biel, que no dejaba de asombrarse de lo que podía hacer una buena dosis de alcohol. Al menos disfrutó de las vistas de ella en ropa interior, y qué ropa interior. Esperaba, eso sí, que al día siguiente no recordara mucho.

La ayudó un poco a meterse en la cama y la cubrió con las mantas para evitar que pasara frío. Iba a marcharse cuando ella susurró:

—Gracias. Es imposible no amarte.

Salió de la habitación con el fuerte deseo de que los borrachos siempre dijeran la verdad.

Las llaves suenan tras la puerta y ya sé quién está detrás de ese sonido. No necesito verlo para que mi cuerpo reaccione con los síntomas que lleva tiempo provocando en mí. Donde antes había una sonrisa y mariposas en mi estómago, ahora hay taquicardias, sudor e incluso náuseas; donde hace un tiempo había felicidad, ahora hay miedo. No quiero verlo, pero no tengo manera de evitarlo. Lo veo entrar desde el fondo del pasillo. Sus ojos se han clavado en mí provocándome escalofríos. Quiero que se vaya, que se aleje, quiero correr, hacer algo... No puedo. Permanezco estática sintiendo como esa maldita sensación de miedo entumece mi cuerpo, me debilita. Quiero gritar, lo intento con todas mis fuerzas, pero no consigo que ninguna palabra salga de mi garganta.

Sigue acercándose. Cada vez es más grande ante mis ojos y yo voy haciéndome más pequeña. Empiezo a oír a lo lejos los insultos que durante estos años a su lado me ha dedicado: gorda, loca, desquiciada, inútil, estúpida, ignorante... Y las frases que acompañaban su forma de tratarme: no sabes lo que haces, menos mal que estoy yo, no tienes a nadie, sin mí no eres nada...

Cada vez más cerca, su silueta es más clara, los rasgos de sus facciones más definidas y, ahí está, Santi en toda su plenitud. Sigo con mi intento de escapar de sus crueles palabras, de los momentos en los

que mientras estaba encima de mí, me indicaba lo poco que valía. Lloro, extraño los abrazos que me reconfortan, las palabras de ánimo, las ilusiones y los proyectos de futuro. Añoro todo lo que él me ha quitado.

No se acerca demasiado, pero sigo luchando por escapar. Me agobia saber que me tiene a sus pies, que no hago nada por liberarme de las cadenas psicológicas que me ha impuesto. Otra voz. Otra voz se va superponiendo a la de Santi y sus ofensas. Es una voz tan familiar... Me apacigua, me calma, hace que me sienta bien.

—¡Vicky! ¡Vicky! —gritaba Biel quien no conseguía que ella abriera sus ojos.

Eran pocos los segundos que llevaba escuchando los movimientos impetuosos de ella sobre el cochón. Llevaba tanto tiempo luchando con esa pesadilla que hasta el vaso de agua que él preparó estaba derramado sobre la mesita de noche.

—¡Vicky, despierta! Por favor... —suplicó Biel entrando en un estado de miedo por no conseguir su propósito en el primer intento. Parecía como si ese mal sueño la tuviera atrapada.

Ella abrió los ojos y lloró casi al mismo tiempo. Su primera reacción fue alejarse del hombre que tenía delante, temiendo que no fuera real lo que veía. Había sido tan clara aquella pesadilla que dudaba ahora lo que era realidad y lo que no. Biel agarró su cara para conseguir que Vicky fijara su vista en él y alejara el miedo que la recorría.

—Vicky, tranquila, estás a salvo. Estás en casa, Morena —dijo él para tratar de calmarla—. Soy yo, Biel. No te voy a hacer daño. —Acompañó sus palabras de un abrazo suave al que ella respondió con fuerza.

Aquel agarre tan vehemente de ella lo hizo pensar en el miedo que habría pasado con aquel hijo de puta, incluso aumentó sus ganas de cruzarse nuevamente con él. Tenía claro que no le daría pie ni a pronunciar una palabra, en estos momentos solo tenía ganas de partirle la cara.

Vicky notó como se tensaban los músculos de Biel, al contrario que él que apreció como los de ella se iban relajando. Él soltó el agarre para poder ver la mirada de Vicky y lo que en ella podía leerse, aunque solo encontró dolor y humedad de las lágrimas que seguían acumulándose en esos preciosos ojazos que ahora mismo quería besar, pero se contuvo, no quería que ella sintiera su acercamiento como algo negativo y tras esa fuerte pesadilla seguramente sería lo más probable.

—¿Estás mejor? —preguntó con un dulce susurro.

Ella asintió sin mirarlo a los ojos. La vergüenza por lo que estaba haciendo pasar al pobre Biel la embargó.

—Lo siento.

—¿Cómo que lo sientes? Mira, Vicky, estoy por exigirte que borres esas palabras de tu vocabulario. No debes pedir disculpas por algo que no puedes controlar y menos por algo que la culpa es de otra persona.

Vicky calmó su rostro casi sonriendo, pero no podía esconder que había pasado una de sus peores pesadillas. Miró el reloj de la mesita comprobando que eran las seis de la mañana, la cabeza le martilleaba y encima había mojado toda la mesa. Hizo amago de levantarse para secar aquel desastre, pero Biel se lo impidió.

—Yo me encargo. Espérame aquí —dijo saliendo a toda velocidad en dirección al baño. No quería alejarse demasiado por lo que optó por secar aquello con una toalla.

Regresó, poniendo orden en aquel estropicio y volvió a sentarse en el borde de la cama alargándole a ella un poco de agua.

—Deberías dormir. Es temprano. Tómate lo que te dejé anoche en la mesa. Está mojado, pero no se ha disuelto. —Tomó la pequeña pastilla que supo por el estado de embriaguez con el que ella llegó aquella

noche que sería algo necesario por la mañana. Lo que no sabía era que fuera tan temprano.

Vicky hizo todo lo que él le aconsejaba, ya que estaba empezando a diferenciar las peticiones de Biel con las que Santi le hacía durante su relación, que más que peticiones eran órdenes inexcusables. Tras tomarse la pastilla que identificó como paracetamol, volvió a recostarse en la cama.

—Descansa —pidió Biel dirigiéndose hacia la puerta.

—Gracias, Biel, por todo —soltó ella haciendo que él volviera a girarse.

—Esa es otra palabra que borraré de tu vocabulario en cuanto pueda. No tienes que agradecerme todo.

—Yo creo que sí. Hace que me sienta mejor conmigo misma.

—Si es así dímelo siempre que quieras, aunque no haga nada por ti. —Suspiró llevando sus ojos a sus pies descalzos para evitar lo que podía ser una mirada incómoda.

—¿Puedes quedarte? —preguntó Vicky que lo veía reacio a marcharse.

—No me iré si es lo que quieres.

—Es lo que quiero —confirmó ella.

Biel regresó junto a la cama y se sentó en el suelo, apoyando su espalda en la mesita de noche que afortunadamente no tenía tiradores. Ni siquiera se planteó meterse con ella en la enorme cama y mucho menos después del pánico que había visto en sus ojos. Apoyó su brazo izquierdo en el colchón hasta que ella lo acomodó bajo las sábanas agarrando su mano.

—Me jode tanto verte pasar por todo esto —se sinceró Biel, quien nunca había confesado tan abiertamente lo que sentía, o no al menos a la persona que le debían importar esos sentimientos—. Daría lo que fuera porque borraras esos años de tu vida. —Vicky permanecía en silencio, aunque él apreció que sus palabras estaban llegando a sus oídos por la inquietud de su mano—. Cuando descubrimos que Lina estaba sufriendo malos tratos tuve la oportunidad de enfrentarme con él. Lo miré a los ojos y vi lo ruin y mezquino que puede llegar a ser el ser humano. Descubrí que era capaz de todo por la seguridad de mi hermana y ante los gritos suplicantes de ella frené aquel intento de partirle la boca como había hecho él con ella en tantas ocasiones. —Vicky continuó sumida en el mutismo que una confesión de ese calibre provocaba. Sabía por Carolina que Biel nunca había contado ningún detalle de aquellos años, ni tan siquiera a ella, aunque apreció por su forma de hablar que era algo que le dolía, y que no había olvidado—. Ahora mismo tengo esas mismas ganas de enfrentarme a Santi, de tenerlo ante mí.

—Yo también te frenaría —murmuró Vicky sorprendiendo a Biel con su confesión—. De nada serviría que fueras como él. Eres mejor que eso.

El bufido de Biel resonó en el silencio de la noche. Vicky amaba a ese hombre y cada día creía tenerlo más claro. Era todo lo que necesitaba, pero le preocupaba que su situación le hiciera ver más de lo que había, y temía, además, que él solo sintiera esa pena que nos hace creer que hay amor donde solo hay cariño.

—Tuvo que ser duro. Y siento no poder borrarlo.

—Sí, lo fue. Pero un día vuelves a verte a ti misma. A la que eras antes de todo el tiempo que llevas con él y que en ese momento pesa como cien años. Es entonces cuando a él empiezas a verlo como la bestia que te mantiene encerrada en una jaula sin rejas, y solo pides a gritos silenciosos que te deje ir. Tuve la suerte que en ese momento... apareciste tú.

Ella no vio los ojos de Biel humedecerse, al igual que él no vio el brillo que los sentimientos causaban en los de ella.

Nitidez

(Claridad del detalle de una fotografía)

—Verlo fue como ver la luz después del miedo a la oscuridad, como ver la cura de una enfermedad, ver una forma de salvarte a ti misma, allí, tan cerca, tan delante de ti. —Todos los presentes miraban expectantes a Vicky mientras relataba como encontró a Biel en una de sus sesiones de fotos—. Mentiría si dijera que le fue fácil hacerme ver, pero su presencia trajo recuerdos a mi vida que me hicieron entender que la relación que estaba manteniendo no era lo que debía ser y, lo más importante, que ya no era lo que quería que fuera.

»Aquella sesión de fotos se presentaba como otra cualquiera. Santi y yo aparecíamos en aquel enorme estudio de Toledo como lo habíamos hecho en otros muchos, en otras muchas situaciones. Nada más llegar Santi se alejó de mí tras dejarme en manos de la peluquera, la cual no tardó en decirme la suerte que teníamos de contar con un fotógrafo tan guapo. —Vicky miró a Biel sonriendo. Este le devolvió la sonrisa ya cargada de recuerdos porque sabía más o menos los hechos de aquel día—. No le presté mucha atención. Un único vistazo que me sorprendió cuando lo vi tirado en el suelo con toda la largura que ocupaba. Acostumbrada como estaba a que en el mundo no existiera otra persona que no fuera Santi, no me demoré en mirar demasiado. Ahora no me pasaría, Biel es mucho Biel —comentó a modo de broma—. Aquella peluquera no se pensaba quedar ahí por lo que siguió relatándome virtudes: que si era buena persona, que era muy agradable, su simpatía... Al parecer no encontraba nada negativo en él. Yo ahora tampoco sabría decirlos. —Volvió a mirarlo, pero ahora sus ojos dejaban salir todo lo que su corazón escondía. Carraspeó para volver a aquel día y tomando el valor suficiente continuó su relato—. Cuando terminé en peluquería y maquillaje regresé junto a Santi, normas no escritas que había impuesto sobre mi persona. No me quería mostrar como su pareja porque aquello, decía, frenaba su trabajo con otras modelos, pero no me quería lejos por su supuesto «miedo a perderme». Daba igual lo que le dijera a modo de tranquilizarlo, él insistía en que no me relacionara más que lo estrictamente necesario. Así lo hice aquella vez y todas las anteriores, incluso las pocas posteriores que llegaron. Cuando me acerqué sin molestar, estaba saludando a Biel con un apretón de manos. Entonces me fijé en todos esos detalles que la peluquera había soltado mientras me preparaba, y no se equivocaba... en nada. —En esta ocasión su timidez ganó la batalla y se miró los dedos de las manos un segundo antes de seguir, evitando así el contacto visual con su inseparable acompañante—. Biel se fijó en que estaba allí y esperaba que Santi, como representante, me presentara. Lo que no sabía él era que este evitaba las presentaciones siempre que no fueran estrictamente necesarias. Por eso fue Biel quien tomó la iniciativa alargando su mano hacía mí a la espera de un saludo. No puedo especificar qué pasó por mi cuerpo en aquel momento, imagino que fue el miedo que la experiencia junto a Santi había forjado. Mis ojos se abrieron hacia Biel indicándole en cierta forma la locura que cometía. «Soy Biel, el fotógrafo», dijo esperando que estrechara su mano. No tardó en reconocermelo, cosa que tampoco entendí después de tantos años, por lo que no con una sonrisa enorme agregó: «¿Vicky?! ¿Eres Victoria Vázquez?». Aquellas palabras atrajeron la atención de Santi como si de una urgencia se tratara y lo era, para él lo era, porque tenía alguien de mi pasado cerca.

Vicky tomó un momento para beber un sorbo de agua de la botellita que todos los presentes tenían a uno de los lados de su silla. Y no regresó la botella al suelo, lo que permitió que jugueteara con ella para descargar los nervios. Aquel día Biel no había alargado su mano a la de ella, le faltaba aquel apoyo y las malas ideas, esas que surgen cuando no entendemos los motivos ajenos a nosotros, la llevaron a pensar que estaba un poco harto de todo eso.

Biel no era capaz de tocar a Vicky aquel día, es más, se había mantenido bastante distante todo el

tiempo desde que se enteró que ella contaría su encuentro en la sesión de hoy. La culpabilidad lo estaba matando por no haber podido arrastrarla ese día a su vida y alejarla de él. No entendía cómo no había sido capaz si solo con verla notó lo que estaba ocurriendo entre ellos. Y era una culpa muy pesada, porque su mente le recordaba el día que Vicky lo llamó pidiendo ayuda, rogando un lugar donde refugiarse, asustada, llorosa y mal vestida. Nunca supo que acontecimiento la llevó allí en ese estado, ni valor a preguntar había tenido después de ver cómo estaba ella aquella noche. Esperaba que algún día por voluntad propia ella se lo contara, aun así, sospechaba que la culpa que él sentía sería más pesada aún.

—Santi con su mirada me autorizó a estrechar su mano. Contesté a todas sus preguntas escuetamente y evité darle conversación, y más aún con Santi delante. Empezamos la sesión y todo marchó como siempre. Nos centramos en las fotos. Tras estas, la comida a la que fuimos Santi y yo solos porque debíamos seguir después. Nos sentamos en la terraza de un pequeño bar donde Santi pidió una cerveza para él y agua para mí. Siempre decía que era lo mejor que podía beber y lo más barato. La tirantez de sus gestos me hizo sospechar que me esperaban palabras duras y no me equivocaba. «¿Quién es ese tío? ¿De qué te conoce?» Soltó con movimientos bruscos en su silla. Se veía que algo temía, probablemente por el carácter amable de Biel y las miradas analíticas que nos dirigía a los dos. Le contesté a todas sus preguntas con la verdad. Si mi memoria no me fallaba, y no lo hizo, Biel era hermano de un antiguo amigo. Lo peor vino después, de vuelta a la sesión, cuando Biel entabló conversación conmigo mientras dejaba detalles de que fui la novia de su hermano Tito. La mirada de Santi fue tan dura como cualquiera de sus insultos. —Biel frotó su frente recriminándose el haber actuado así, aunque en cierta forma fue la manera de darse cuenta de que la relación de ellos no era todo lo normalizada que debía.

—Es fácil que esos acontecimientos pasen, incluso peores. La gente que nos rodea no sabe el infierno que puedes vivir en tu relación. Su comportamiento fue totalmente normal y adecuado —puntualizó Sonia en defensa de Biel, que mostraba signos de su cargo de conciencia.

—Lo sé —indicó rápidamente Vicky—, no le culpo por ello. Jamás lo haría. Todo aquello que pasó solo sirvió para abrir mis ojos todo lo que Santi los había cerrado.

—Me alegra que lo entiendas así —concluyó Sonia antes de hacer un gesto con la mano para que Vicky continuara con su historia.

—Lo peor fue el aviso por parte de la empresa que contrataba mis servicios de que ampliaban catálogo y necesitaban mi presencia, lo que suponía que tenía que volver a ver a Biel. Si esto fue malo para mí, para Santi no tenía medida. Se podía decir que andaba desquiciado. El aviso había llegado y tendríamos que personarnos dos días después en el mismo estudio. Santi se negaba a que el fotógrafo fuera Biel, incluso discutió con agresividad con su interlocutor, pero nada hizo a la empresa retroceder, y yo... me alegro por ello. No solo podía ver a Biel una vez más, sino que además este segundo encuentro terminó de salvarme.

»Cumplimos a pesar de todo. La suma económica se había elevado por esta eventualidad y Santi tenía una sensación agrí dulce. Con respecto a mí, durante esos días de espera, su actitud fue de mutismo, como siempre que quería culparme de algo. Ahora lo hacía por confraternizar un segundo con Biel y por ser conocido mío de un pasado que a él le provocaba «asco» según sus palabras. Hoy puedo entender su reticencia a aquella segunda sesión, puedo entenderla porque creo que los tres vimos las señales que se sucedieron, aunque cada uno desde su perspectiva: Biel vio los problemas que yo tenía, Santi el riesgo de que Biel se atreviera a entrometer sus narices en todo aquello que se había montado conmigo, y yo..., yo vi la forma de escapar.

—Permite que te interrumpa —dijo Sonia—. Sabes que no suelo hacerlo, pero me gustaría saber si Biel, como implicado más directo, tiene algo que aportar. —Este irguió su cuerpo y asintió ante la sorpresa de todos, especialmente de Vicky.

—Quería puntualizar que yo a Santi ya lo conocía de otras veces junto a otros modelos o marcas. No éramos precisamente compañeros de gremio porque le gustaba tratar con las altas esferas y no con los de abajo. Enterarme que ellos eran pareja... ¡Uf! No se le conocía precisamente por la fidelidad o compromiso. —Sonia asintió, entendiendo al igual que el resto de oyentes lo que había querido decir con aquello.

—Vicky, cuando quieras —volvió Sonia a darle la palabra.

La pobre muchacha se atrevió a continuar después de un suspiro que le hizo bajar todo el malestar, acumulado en su garganta, hacía el estómago.

—Regresamos al estudio el día indicado. Llevaba dos días pensando en la mierda de vida que tenía, en cómo Santi había anulado todo lo que yo era antes de él y en todas las humillaciones a las que me había sometido. El sentirme por unas horas arropada por un viejo conocido era más de lo que me podía esperar. Luego las cosas no salen como una quiere. La actitud de Biel ese día fue completamente diferente, se mostró distante y frío conmigo. Educado con Santi sin llegar a mucho, podría decir que enfadado, pero esa conclusión es la de hoy día y no la de aquel momento. Una de las chicas que organiza la dirección del personal se acercó a Santi indicándole que las fotos de hoy eran en traje de baño, por lo que el representante de la marca junto con la maquilladora y el fotógrafo querían ver a la modelo a solas. No era algo que no hubiera vivido ya o que no supiéramos que podía pasar. Es más, eran pocas las veces que no querían verte en ropa interior, algo normal ya que debes enseñar tu cuerpo. Lo novedoso era que el fotógrafo se hubiera invitado al acto, lo que puso a Santi como una fiera. Su indignación se hizo patente para todos. —Vicky hablaba junto con los asentimientos de Biel que confirmaban el recuerdo de aquel día—. Se enfureció especialmente con Biel al que acusó de todo en un momento. Santi cogió mi mano para sacarme de allí como fuera, pero Biel cedió rápido a no formar parte de los presentes en aquella sala y todo se calmó. Además de porque alguien tuvo la amabilidad de recordarle a Santi el dinero que estaba a punto de conseguir.

»Entré en la sala a la que el representante y la maquilladora me siguieron. Como algo a lo que estaba habituada, me desnudé y quedé en bragas y sujetador. La maquilladora miró algunas manchas de mi piel y aseguró que podía quitarlas con maquillaje y lo que no, ya se encargaría el ordenador. Tengo que confesar que esas manchas nunca habían estado ahí y que, actualmente, no están. Parece que surgieron como protesta de mi cuerpo ante el sometimiento de mi mente, así como: la apatía, las náuseas matutinas o las recurrentes infecciones de orina. —Vicky negó con la cabeza y apretó sus labios recogiendo un sollozo al recordar los males físicos que sufrió por no ser capaz de ver y acabar con aquello cuando tenía uno de sus momentos de lucidez—. Tras la inspección y aceptación del representante, este abandonó la sala y nos dejó a solas a la maquilladora y a mí. Se presentó rápido, ya que no era la de la última vez, y sin reparo, me dijo que dentro de mi zapato metía una nota de Biel, que no la abriera hasta estar segura de que no había riesgos. No me dio tiempo a nada, se marchó dejándome sola con el primero de los modelos que tendría que lucir. Todavía no he encontrado la manera de agradecerse a aquella chica, ni a Biel —dijo Vicky soltando su llanto por la suerte que la acompañaba en estos momentos de su vida.

—¿Quieres...? —preguntó Biel abriendo un poco sus brazos. La conocía y sabía de sobra lo que necesitaba para reconfortarse un poco, por ello no dudó en ofrecérselo mientras se reconocía a sí mismo que tuvo la habilidad suficiente de hacerlo bien, aunque todo fuera gracias a Lina que lo aconsejó.

Se abrazaron y el resto del grupo aprovechó para clamar con sus palabras de ánimo a una Vicky que había aprendido a recuperarse, a ver lo positivo de la vida y sentir que todo volvía a tener sentido.

—La sesión transcurrió como siempre —prosiguió tras el abrazo de Biel e impregnarse de su aroma y su paz—, las fotos de rigor con las indicaciones del experto —señaló a Biel—, la posterior revisión rápida de las mismas y la comida a la que tampoco fui yo, pero que Santi estaba encantado de asistir. No puedo

decir que pasó allí, solo sé que los días posteriores el mutismo que me acompañó fue diferente, no tan intimidante y sí cargado de inquietud.

—Si quieres, Biel, puedes contarnos qué pasó en aquella comida —propuso Sonia.

—Nada que nadie de los presentes no haya imaginado ya. Santi vino a reprochar mi comportamiento, a exigirme que me mantuviera lejos de Vicky y a escupir algunos insultos.

—¿Y tu respuesta? —preguntó Sonia ya más por curiosidad personal que otra cosa.

—Prefiero reservármela para mí —apuntó Biel mirando directamente a la psicóloga que asintió sin más remedio que quedarse con la intriga.

—¿Cómo se te ocurrió lo de el papelito? —preguntó uno de los presentes en el momento de los aperitivos.

—Por mi hermana. Fue una mujer maltratada. No es la primera vez que vivo algo así —confesó apesadumbrado.

—¡Oh! Lo siento. Nadie debería pasar por esto. Es duro hasta para los acompañantes —aseguró convencido.

—No lo dudes —confirmó Biel antes de disculparse para acercarse a Sonia que lo había llamado con un gesto de su mano.

Tras un rato de charla con la psicóloga y Vicky, decidieron marcharse. Era jueves por la noche y necesitaban descansar para el día que les esperaba ya que Vicky y él volvían a trabajar juntos.

—Me alegra mucho que estés avanzando así —soltó Biel en el coche después de los comentarios que había oído a Sonia.

—Yo también me alegro. Tú tienes mucha culpa de ello y yo no podré pagártelo jamás. —Biel pensó las diversas formas que ella tenía en sus manos para devolverle todo lo que se suponía tenía que agradecerle, pero no pensaba tomarlo como un cobro, él la amaba y todo lo que supusiera una posibilidad de estar juntos sería mucho más.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —soltó ella con prudencia. Biel asintió y cuando ella se vio con la seguridad suficiente continuó—: ¿Qué le dijiste a Santi en la comida?

—¿Quieres saberlo? —rio él por la curiosidad que ella demostraba—. Le dije que no permitiría que se saliera con la suya. Que pensaba alejarte de él como fuera —relató Biel manteniendo la mirada de ella mientras llenaba la suya de amor.

Vicky brilló. Sus ojos, su sonrisa, su piel y hasta sus gestos brillaron porque Biel había cumplido con su amenaza, porque la había librado de seguir viviendo en una mentira que la iba lapidando poco a poco.

Escala de grises

(Imagen cuyos pixeles solo contienen intensidades de luz)

Aquel domingo Vicky y Biel no pensaban hacer nada del otro mundo, por lo que no pudieron negarse ante la petición de Lina de cuidar de la pequeña Amanda. Madre e hija no tardaron en llegar y por pocos minutos no pillan a Vicky y Biel en pijama. Ni tiempo tuvieron de entrar en pánico ante la idea de quedarse con una bebé tan pequeña, ya que contaba solo con cinco meses.

—Gracias, de verdad. No sabéis el favor que me hacéis. Necesitamos un rato para nosotros y os aseguro que es imposible —dijo Lina dejando todas las cosas de Amanda dispuestas sobre la mesa del comedor—. En este papel lo tenéis todo apuntado, pero cualquier cosa me llamáis.

—Vete tranquila —soltó Biel con su sobrina en brazos—, disfrutará mucho de este día.

—Vicky, por favor, no lo dejes hacer una locura con la niña. Creo que aún no sabe las cosas que puede o no hacer una niña tan pequeña. —Lina exageraba sus palabras con los gestos de sus brazos, aunque todos los presentes sabían que se trataba de una broma entre hermanos.

—Puedes estar tranquila —confirmó Vicky—, yo cuidaré de los dos. —Aquellas palabras atrajo la mirada de Biel hacia ella acompañada de una enorme sonrisa llena de picardía.

—Ya ves, puedes irte aún más tranquila. Aquí la amiga se presta no solo a cuidar de tu hija sino también de mí, y no sabes las cosas que se me ocurren para que cubra las necesidades que tengo...

—¡Biel! —gritó Lina—, que está tu sobrina delante. —Mientras la hermana de Biel soltaba toda aquella riña, Vicky notaba los colores llegar a su rostro.

Los hermanos empezaron a reír a carcajadas y la pobre Vicky, avergonzada por los pensamientos que podía haber tenido su amigo, se unió a sus risas. Tras eso Lina se marchó dejando solos a los dos con la pequeña Amanda.

—Según el papel que nos ha dejado tu hermana, esta preciosidad no tiene que comer hasta dentro de unas tres horas, por lo que si quieres podemos darle un paseo por este barrio tan encantador —propuso Vicky mientras los dos le hacían carantoñas a la niña que los miraba atónita.

—Me parece bien —dijo Biel alargándole la niña a Vicky—. Yo me termino de vestir primero y luego me encargo de ella para que te vistas tú.

Con ese acuerdo entre ellos, acabaron saliendo casi una hora después de sugerirlo. Paseaban por Conde Duque sin darse cuenta de la bonita estampa que eran para el resto de los viandantes. Vicky, con unos vaqueros estrechos y una sudadera color gris con corazones rojos, acompañaba a un Biel también informal, ataviado con un vaquero desgastado, una camiseta básica color negro y una cazadora también oscura. La pequeña Amanda iba colgada de una de esas mochilas porta bebé del pecho de su tío, mientras Vicky llevaba el bolso con las cosas básicas de la niña. Algunas personas los contemplaban como si de una familia feliz se tratara y ciertamente familia no eran, pero feliz sí que se sentían en ese momento. Tras algunas calles de paseo, Amanda empezó a inquietarse. Biel se puso nervioso y Vicky no dudó en hacerse con la pequeña.

—¿Te coloco la mochila? —preguntó él.

—No, no te preocupes. Vamos a sentarnos un rato. ¿Te parece? —Biel escuchaba a su Morena, aunque su mente divagaba por otros caminos.

Observó como ella junto a su sobrina, tomaban asiento en un banco de una de las plazas que podías encontrar por el barrio. El sol y las sombras de los árboles daban una armonía perfecta para lo que más le gustaba a él, fotografiarla a ella. Sacó una pequeña cámara de la bolsa que había cogido del hombro de Vicky en cuanto esta tomó en sus brazos a la niña. Sin acercarse mucho empezó a capturar cada gesto que

Vicky le hacía a la niña para conseguir que fijara en ella su atención. Biel sonreía con sus muecas y seguía embelesado con las vocecitas que le ponía a la niña.

—Eso pasa rápido, amigo. Será mejor que hagas todas las fotos que puedas. —Un señor mayor, con bastón y boina soltó aquellas palabras que hicieron a Biel reflexionar sobre lo que deseaba junto a Vicky. No pudo apartar la vista de la imagen de su Morena junto a su sobrina y pensar que un día... Apartó la idea de su cabeza. No podía forzar las cosas con Vicky y lo sabía. Tras un par de fotos más se acercó a ellas esperando que Vicky se sintiera igual de bien a su lado.

Regresaron a casa un poco justos de tiempo y eso hizo que la pequeña llorara desconsolada por su ración de leche. Vicky, inexperta, tardó más tiempo del esperado en preparar el biberón, y Biel, más inexperto aún, no sabía qué hacer con la niña para calmarla.

—Esto no está saliendo muy bien que digamos —dijo Biel a Vicky por encima de los llantos de la pequeña.

—No pasa nada porque lllore un poco, aunque me está partiendo el alma oírlo —intentó consolarse Vicky a sí misma y a Biel.

Menos mal que no tardaron mucho más en darle a Amanda lo que estaba reclamando y consiguieron que se calmara con los primeros sorbos del biberón. Tras la toma y el oportuno cambio de pañal, cuya odisea no querían recordar, la bebé se quedó dormida en la cama de Biel junto a Vicky que la mecía con pequeños movimientos de su mano.

Biel llegó al dormitorio tras recoger los estropicios del cambio de pañal y de fregar todo lo que habían utilizado para el biberón de la niña. Al llegar se quedó en la puerta, apoyado en la jamba, contemplando de nuevo, con esos pensamientos más personales, como esa imagen se repitiese en sus ojos con otros sentidos.

Vicky notó su presencia y giró su mirada en su dirección.

—Se ha dormido —le informó ella con un tono de voz casi inaudible.

Biel se acercó más a la cama rodeando a la pequeña de miles de cojines que habían previsto para ello. Vicky se levantó y juntos salieron de la habitación para preparar algo de comer. En esta ocasión, él se encargó de los solomillos de ternera. A Vicky le encantaba el punto que Biel solía darle a la carne y ella se dispuso a preparar la ensalada de acompañamiento.

—Biel —Vicky llamó su atención—, ¿te ha gustado la plaza en la que hemos estado sentados? —preguntó con curiosidad y temor.

—Sí, ¿por?

—Tengo intenciones de vivir allí —soltó Vicky haciendo que un nudo presionara el estómago de Biel al instante—. He encontrado un pequeño estudio. Es caro, pero me encanta y puedo pagarlo. Estaríamos cerca y el barrio ya sabes que me ha enamorado.

—Aja. —Fue lo único que él pudo decir. Lo que ella contaba era demasiado duro, tanto que notaba cómo se desquebrajaba poco a poco su pecho. Mientras él se había pasado el día pensando en formar con ella una familia, ella lo había hecho en dejarlo solo.

—Tiene un pequeño balcón que da a esa misma plaza. Es acogedor y el baño es enorme comparado con el resto de la vivienda. Tendría... —Biel dejó de escuchar notando que le dolía más la emoción de ella que el hecho en sí. No entendía los motivos que la hacían alejarse de él.

—Voy a echarle un ojo a Amanda —expuso Biel interrumpiéndola. Salir de allí era lo que necesitaba. No quería acabar gritándole que no dejaría que eso pasara. Sabía que no podía hacerlo, pero era tanto lo que le dolía.

Vicky se quedó sorprendida por su reacción. Notó en el rostro de Biel el desasosiego y la pena, y no entendió como podía estar así cuando lo que ella hacía era devolverle ese trozo de su vida que le había

invadido.

—Si todo sale bien volverás a dormir en tu cama pronto —dijo ella con tono de broma para animarlo cuando regresó.

—Vicky, sabes que no hay prisa en que te vayas, ¿verdad? —Biel intentaba no decirle lo que realmente quería de ella. «No presiones», se repetía a cada momento.

—Lo sé, pero lo necesito.

—Me duele que me digas que necesitas alejarte de mí —confesó él tras un largo silencio.

Salió de la cocina para llevar los platos a la mesa que durante su charla habían preparado en el comedor con idea de estar más cerca de la habitación por si la niña lloraba.

—Biel... —Vicky cerró los ojos evitando soltar las lágrimas que en ellos se acumulaban—. No es eso lo que hago.

—A mí es lo que me parece. —Y se sintió injusto tras oírse en voz alta.

—Biel, yo...

Amanda empezó a llorar y su tío se levantó como un resorte. Había encontrado la excusa perfecta para no lidiar con lo que le provocaba las acciones de su amiga y esa separación que quería imponer entre ellos.

—Come tranquila, yo me encargo. Se me ha quitado el apetito —escupió Biel dirigiéndose al dormitorio del que tardó más de una hora en salir y cuando lo hizo fue con la pequeña, lo que impidió que aclararan el tema.

Lina volvió a por su hija un par de horas más tarde de la siesta de Amanda. No tardó en marcharse y a pesar de que le repetían, tanto Vicky como Biel, que habían pasado un día maravilloso, a Lina le costaba creerlos porque sus caras le decían lo contrario. No quiso indagar en el malestar de aquellos dos y prefirió dejarlos a solas para que aclararan sus diferencias.

—Me voy, portaros bien —dijo a modo de despedida, aunque la mirada fue dedicada a su hermano como una advertencia de «cuidado con lo que haces».

—Biel, si quieres hablar... —Vicky estaba sufriendo por lo que había provocado en él, pero sabía que pasar el resto de su vida ocupando su cama y dejándolo a él en el sofá no era lo adecuado. Que ella no se atreviera a decirle que lo amaba no era motivo para destruirle la vida. Ella no sería nunca una pareja buena para nadie y lo sabía. Eran muchas las experiencias que habían hecho fomentar esa idea.

—Necesito hacer algunos trabajos atrasados —murmuró él con la voz rota—, otro día.

Vicky asintió. Le daba pena pensar que estaba haciendo sufrir a la persona que más la estaba ayudando, pero también sabía que era cuestión de un par de días para que él se diera cuenta de que era lo mejor para todos.

Biel se encerró en su despacho cámara en mano. Activó el ordenador y descargó en él las fotos que había hecho aquella misma mañana. No entendía por qué ella no se sentía amada por él, aunque supuso rápido que era porque nunca se lo había dicho. El hecho de tener que ser tan prudente con todo lo que rodeaba a Vicky le estaba empezando a molestar. Sabía que había sufrido mucho por culpa de ese cabrón de Santi, pero también deseaba que las terapias y las sesiones con Sonia le hicieran darse cuenta de su presente, dejando atrás su pasado. Miró la pantalla del ordenador donde una foto de ella riendo con Amanda apareció. La contempló con tristeza, entendiendo lo lejos que quedaba aquella imagen de su vida.

Se sintió molesto, derrotado, hundido. Dejó que todos aquellos malos sentimientos se acercaran a su

pecho y los instaló allí. Ver aquellas fotos no ayudó, pero lo necesitaba. Sí, era machacarse a sí mismo, y lo sabía, aunque le resultaba inevitable.

Allí pasó tantas horas que cuando salió, nadie lo esperaba en el salón, solo su sofá convertido en cama y con las sábanas puestas, a la espera de recoger su intento de dormir.

Aquel martes fue tan diferente que ninguno de los dos quiso nombrarlo. Biel había aceptado a la petición de la psicóloga de hablar en el grupo sobre su encuentro con Vicky. Quería aprovechar que tenía la visión de ambos para dar a entender cómo cada persona vive los hechos de forma diferente. A los nervios de aquella charla había que sumarle el hecho de que la relación entre él y Vicky no estaba en su plenitud. Más que conseguir un acercamiento como sería lo esperado, estaban consiguiendo todo lo contrario. Tanto era así que ni siquiera habían vuelto a sacar el tema del estudio que Vicky pensaba comprar. Simplemente ella le había dicho a Biel que tras la sesión le gustaría que la acompañara a verlo. Pero él no le había confirmado nada.

—¿Estás nervioso? —preguntó Vicky en la puerta de la consulta.

—La verdad es que sí. Parece más difícil de lo que es.

—No tienes que hacerlo si no quieres. No puedo pedirte que lo hagas todo por mí —dijo ella dando a Biel la idea contraria, sí, podía. Incluso hubiera querido suprimir de su vida lo malo.

—Estaré bien. No te preocupes —concluyó entrando en la sala donde casi todos estaban esperando.

Tardaron unos minutos más para dejar un margen de cortesía a los rezagados, y cuando estuvieron todos en sus asientos llegaron las primeras palabras de Sonia presentando lo que ese día sería una novedad en el relato de Vicky. Todos estuvieron de acuerdo y dieron paso a Biel.

—El encuentro con ella y Santi ya lo habéis oído de sus labios. Fueron dos ocasiones que me dieron mucha información. La actitud de él y el haber vivido con mi hermana situaciones similares determinaron mi actuación. No dudé en contactar con ella, de la manera que fuera. Por eso en aquella nota le dejé escrita mi dirección y mi teléfono. Sé que no era mi labor exigir que hablara conmigo, que me dijera lo que pasaba, pero sí tenía claro que si ella estaba dispuesta a salir de esa relación lo haría con mi ayuda.

»Después de aquellas dos sesiones que supusieron nuestros dos encuentros, pasaron algunos meses, cinco creo recordar. Ella siguió con su vida y no la volví a ver. A él sí, un par de veces, con otras chicas, en diferente actitud. Crucé mi mirada con él en algún momento y la suficiencia de Santi me decía que se estaba saliendo con la suya. —Biel relataba todo de carrerilla, sin mirar a nadie en concreto y casi como si lo tuviera estudiado, idea que hacía pensar a Sonia que lo había relatado millones de veces en su cabeza—. Se encargó de que yo no volviera a ponerme en el camino de ella. Sin embargo, no contó con que ya tenía los datos que tenía que tener. Me alegro de no haber tardado en darme cuenta de todo lo que ella vivía, y me alegro también de haber actuado rápido. —Biel contempló un segundo los ojos de Vicky llenos de agradecimientos. Ambos sabían que él no era persona de palabras sino de actos, actos que habían supuesto muchísimo para ella—. Fue un domingo a las seis de la mañana cuando mi móvil sonó con fuerza en el silencio de la noche. Era un número desconocido, lo que hizo que aquella llamada fuera aún más extraña. No dudé en descolgar, aunque necesité un tiempo para reaccionar, lógicamente estaba dormido. Fue ella la que habló al otro lado de la línea. Lloraba desconsolada y me pedía ayuda. —La voz de Biel se quebró ante los recuerdos de aquel instante en que supo que no había olvidado lo que era capaz de hacer por amor—. Me eché a la calle y le pedí que me fuera indicando dónde se encontraba. Ella vagaba sola por la ciudad alejándose sin rumbo de la vivienda que compartía con Santi. No tardé en

encontrarla cuando me nombró un par de comercios conocidos. Me dirigí allí en mi coche, tal como la vi la hice subir en él —contó mientras recordaba el beso que no pudo evitar darle nada más verla y que se guardó para sí—. Temblaba, lloraba y creo que estaba tan absorta que ni cuenta se dio de que la llevé a casa de mi madre. La idea principal fue llevarla a mi casa, pero sabía por mi hermana que no sería buena idea ya que podía reaccionar de pronto con miedo hacia mí. Así que no dudé en hacer lo que hice. Mi madre supo actuar y tras darle un par de calmantes la acostamos en la que fue la cama de mi hermana. No la dejamos volver a ese piso. Mi madre y yo nos encargamos de todo y en un par de días estaban sus cosas básicas con ella. La segunda vez que lo intenté Santi había cambiado la cerradura por lo que no pude recoger todo lo que era suyo.

»Volvería a hacerlo un millón de veces más —soltó tras unos segundos de silencio—, no dudaría para nada en ofrecerle mi ayuda. No dudaría en hacer nada de lo que he hecho, eso y más. —Esa declaración sonó llena de emociones, además de venir acompañada de miradas que decían mucho más que las propias palabras. El problema era la venda, esa que a ella le impedía ver todo lo que los demás sí podían apreciar.

Filtro

(Cristales que se anteponen al objetivo para controlar la luz)

No era del agrado de Biel el giro que estaba tomando su vida, pero no pudo negarse a acompañarla a ver el estudio que Vicky no tardó en comprar. Incluso en parte se alegraba de que contara con él para algo tan importante. Entendió qué era lo que la había enamorado de aquel piso y es que sus vistas a la soleada plaza eran una maravilla. Anotó mentalmente que quería compartir su vida con ella en un lugar así. Sin embargo, la tristeza inundó los días siguientes. Todo lo que había imaginado a su lado se iba disipando, borrando, desapareciendo...

—Biel, necesito pedirte un último favor —solicitó Vicky aquella mañana de jueves mientras desayunaban.

—Sabes que puedes pedirme lo que necesites —contestó él apoyándose en la encimera mientras apuraba su café.

—Lo que voy a pedirte igual no es algo que te guste —soltó ella retirando sus ojos de los de Biel—, pero antes de que te quejes quiero que pienses que tengo mis motivos para ello.

—Me estás poniendo nervioso, ¿qué quieres de mí? —Las palabras de Biel sonaron compungidas. Él seguía pensando que ya nada podía ser peor de lo que estaba por pasar.

—Quiero ir sola a la sesión de esta tarde —escupió Vicky disminuyendo su tono de voz a la espera de que su noticia obtuviera la respuesta a la que con Santi estaba habituada.

—Claro, sin problemas —mintió Biel soltando su taza en el fregadero y dejándola sola en la cocina.

—Gracias —logró decir ella antes de que él no pudiera oírla. Lo que ella no se imaginaba era que Biel no la había escuchado, que ni siquiera se había escuchado a sí mismo aceptar aquella propuesta.

Él se encerró en el baño con la excusa de terminar de prepararse y con la finalidad de calmarse. No sabía los motivos que la llevaban a ella a alejarlo cada día más de su vida. Estaba claro que Vicky estaba intentando pasar página y él no estaba en ninguno de los capítulos que le quedaran por vivir.

—Me voy —dijo minutos después con su equipo de cámaras cargado al hombro—, hoy no podré venir a comer.

Vicky lo vio desaparecer sin más excusas, sin más motivos y sin más besos de despedida, de esos que habían desaparecido desde que le informó de que se iba. Por un momento se sintió tan mal como en su relación con Santi, pero tenía que entender que no siempre la gente le hacía esas cosas con la finalidad que ese tío había tenido. Biel era un buen hombre y ella no podía decir lo contrario, nunca. Solo pensar en los motivos por los que no quería que estuviera presente esa tarde la hicieron estremecerse, aquel sería uno de los días más dolorosos de su historia.

—¡No puedo creer que me excluya de esta manera! —gritaba Biel por teléfono a Sonia, que intentaba razonar con él—. Sabe de sobra que la apoyaré en lo que necesite... Sin embargo, me priva de hacerlo.

—Biel, ¿has pensado que tenga un motivo de peso? —Sonia intentaba plantearle las preguntas que él parecía haber obviado.

—¿Cuál, Sonia? Cualquier cosa que cuente no va a sorprenderme, ya lo sabe, sabe todo lo que hemos vivido con Lina, no habría motivo.

—No lo plantees desde tu única visión. Piensa en lo que puede sentir ella.

Biel chasqueó la lengua como reacción de disgusto con todo lo que estaba pasando, incluso consigo

mismo. Podía entender de alguna forma que ella necesitara contar algo más íntimo, pero alejarlo a él... Vicky sabía de sobra que nunca la juzgaría.

—No voy a juzgarla y lo sabe —rechistó él.

—Pero ¿y si no es eso lo que teme? ¿Y si lo que siente ella es algo diferente? —Sonia intentaba no decirle directamente lo que pasaba por la mente de una persona que, como Vicky, había vivido el maltrato emocional de aquella manera. No solo se trataba de lo que vivías, sino de cómo lo gestionabas.

—No lo sé. —Biel estaba mentalmente agotado. Su cabeza había estado todo el día dando vueltas sobre la petición de Vicky de no acompañarla, la compra del estudio y la inminente mudanza de ella. Todo le llevaba a una misma dirección, ella se alejaba de su vida.

Volver a casa aquella tarde y no encontrarla no ayudó, aunque Biel lo hizo queriendo para no tener que enfrentarse con nada, sabiendo que a esa hora ya no estaría.

—Mira —terminó por decirle Sonia—, déjame darte un consejo. Espera a que regrese. Probablemente te necesite más que nunca, pero mientras esperas eso, piensa que lo mejor es que no te necesite, sino que quiera estar contigo.

Biel se despidió con el eco de esas últimas palabras en su cabeza. Era cierto que sus sentimientos hacia Vicky no eran de necesidad y le gustaría que los de ella hacia él tampoco lo fueran. A veces las personas podían confundir sentimientos y no estaba dispuesto a que les pasara a ellos. Él quería estar con ella al completo, por amor, nada de emociones diferentes. Se dio una ducha rápida sumido en reflexiones y esperó pacientemente el regreso de su Morena.

Aquella tarde Vicky se mostraba más nerviosa de lo común. Ya estaba muy acostumbrada a hablar en las sesiones, a destripar sus sentimientos y exponerlos en bandeja, a mostrar sus errores más estúpidos, pero le faltaba Biel. El apoyo de él era fundamental y a pesar de que lo había pensado mucho, lo prefería fuera de aquella reunión. Aunque le costara el doble de esfuerzo permanecer allí.

Cuando tomó asiento dentro de la sala se fijó en que la silla de Biel la habían eliminado del círculo, lo cual fue de agradecer porque no era lo mismo estar en un grupo más pequeño que ver el lugar físico en el que se sentaba su acompañante.

No sabía si esto de eliminar el apoyo de la otra persona se había hecho alguna vez, pero cuando se lo comentó a Sonia en una de sus sesiones individuales no le cuestionó siquiera el motivo, simplemente le dijo que era libre de hacerlo como mejor se sintiera. No preguntó nada más.

—¿Estás listas? —oyó a Sonia decir a su lado.

Aunque no sabía si para eso estaría alguna vez preparada, ella asintió intentando mantener el control de su respiración, el temblor de sus manos e incluso el nudo de su garganta. Lo intentó, lo intentó mucho, pero no consiguió decir una palabra por lo que prefirió negar con su cabeza y dejar que Sonia controlara aquella sesión que para ella parecía no ser válida.

Escuchó a lo lejos, como un eco, el relato de otra mujer que contaba cómo había empezado todo en su vida, pero no quitaba de su cabeza que estaba en el sitio equivocado para contar lo que tenía que contar. Era mejor hablarlo con quien necesitaba en ese instante, por eso se levantó como un resorte nada más finalizó la sesión, no se quedó para tomar nada con sus compañeros, ni tan siquiera se paró a excusarse con Sonia, salió del edificio y cogió el primer taxi libre que pudo para que la dejara en el lugar donde tenía que relatar la parte más dura de su historia, en casa de Biel.

Decidir y hacer son cosas diferentes, por ello cuando se vio ante la puerta temió meter la llave, se preocupó por la forma en la que él la miraría a partir de ese momento, la vergüenza que suponía para ella,

e incluso pensó en volver a su mutismo de los primeros meses de terapia, pero no era la misma Vicky que entonces, era más fuerte que ella. Esa idea la ayudó a meter la llave en la cerradura. Biel la esperaba en un completo silencio, nada de televisión, ni música... nada. Solo el ruido de su garganta tragando el nudo que seguía allí desde que entendió que era él el que más la ayudaba.

—¡Vicky! —exclamó él cuando la vio entrar con su rostro abatido y cansando.

—Lo siento —suplicó ella levantando la mano para que no la interrumpiera—, siento no haberme dado cuenta que es a ti al que necesito contarle todo. No he sido capaz sin ti... Allí... No he podido.

Biel la miraba incrédulo y expectante. Se alegraba porque él fuera un pilar importante en su vida, pero verla de aquella manera no era lo que más le gustaba. Tenía claro que prefería a la Vicky risueña y feliz, o a la que venía de las sesiones destrozada emocionalmente, pero más segura de sí misma. Lo que no quería era a la Vicky hundida que tenía ante él. Biel la abrazó como sabía que le gustaba a ella, la dejó descargar las lágrimas que necesitó y la calmó con caricias en su pelo.

Una hora después y en la oscuridad del salón, la voz de ella resonó como un leve susurro.

—Eran las cuatro de la madrugada más o menos. La llave sonó tras la puerta y aunque estaba dormida, algo me hizo escuchar el sonido y despertar. —Biel se mantenía quieto, casi temiendo respirar. No sabía que era aquello que ella aún guardaba para sí y temía no estar a la altura de las circunstancias—. Las risas y voces se escuchaban en el silencio de la noche. Me levanté asustada, poniéndome una sudadera que tapara el camisón de mangas largas que utilizaba para dormir. Al asomarme brevemente por la puerta de la habitación, los vi. Santi y un amigo que había visto en alguna sesión. Los dos venían ebrios, riendo a carcajadas. La voz de Santi llamándome a gritos provocó que me paralizara por un momento, pero sabía que era peor no atenderlo. Salí de la habitación ya con el miedo instalado en el cuerpo, pero pensando que nunca me había hecho daño físico, no tendría por qué cambiar ahora. —Biel se movió interrumpiendo su relato con un carraspeo.

—Morena, ¿estás segura de que quieres contar esto aquí, sin Sonia? —preguntó. Él no era ningún especialista que supiera gestionar estas situaciones y no quería que Vicky se sintiera peor de lo que ya estaba.

Ella asintió y retirando de nuevo los ojos de los de Biel prosiguió con su historia.

—Me vio llegar y se alzó cuán alto era ante mí, intentando mantenerse erguido, cosa que con su olor a alcohol no consiguió. Se sentaron en el sofá después de que Santi dejara en mí una advertencia con la mirada. «Trae unas copas», pidió. Acerqué a la mesa una de las pocas botellas que teníamos en casa, no me preocupé en ver qué era, la coloqué sobre la mesa junto a un par de vasos. Aproveché que se entretenía en echar la bebida para volver a la habitación, pero un grito me frenó en el intento. «¡Ven aquí!», aulló cambiando la risa de su rostro por una mueca de enfado. Su acompañante reía ante sus conductas. Me quedé frente a ellos, retirada por el miedo de que pudiera tocarme en ese estado, pero encarándolos a los dos. «Desnúdate», pidió con calma. —El llanto de Vicky se hizo intenso y necesitó unos segundos para recuperarse y poder continuar—. Se suponía que era algo a lo que estaba acostumbrada, ya ves, pero no en aquellas circunstancias, no con los miles de ideas que pasaban por mi mente en aquellos instantes.

—Vicky —susurró Biel con el corazón encogido de dolor e ira.

—Volvió a repetirme lo mismo y se puso en pie acercándose a mí. Levantó mi camisón con manos torpes mientras yo hacía lo posible para que no lo consiguiera. No había ni un solo milímetro de mí que no estuviera aterrorizada y peor fue cuando vi cómo el amigo se levantaba y se colocaba junto a él. Puso sus manos en mi cara agarrando mi barbilla sin brusquedad, pero con firmeza. «Solo quiero ver si me vales», dijo mirándome fijamente. Ese entretenimiento le sirvió a Santi para levantar mi ropa lo suficiente como para dejarme expuesta ante su amigo. Lloraba, Biel, no hacía nada, solo llorar. —Las lágrimas de

Vicky y los sollozos que siguieron a aquella confesión rompieron en dos a Biel que con cautela se acercó a ella para intentar calmarla entre sus brazos—. No hacía nada... —continuaba diciendo ella con el sentimiento de culpa que por desgracia sigue recayendo siempre en las víctimas.

Necesitó casi una hora para calmar todo el dolor que le provocó aquella vivencia. Biel le acercó un vaso con agua y calmaba su llanto cuando este se hacía intenso. Prefirió no decir más que dulces palabras de cariño del tipo «estás a salvo», «no te lo merecías» o «no fue culpa tuya». Sus escasos conocimientos de lidiar con problemas se quedaron demasiado cortos para aquello. Pensó en llamar a Sonia, pero lo descartó por no abandonar a Vicky en esos momentos. Pasados casi veinte minutos, Vicky sacó fuerzas y continuó.

—Aún hay noches que siento las asquerosas manos de su amigo paseándose por mi piel. Con amenazas que se unieron al pánico, consiguieron quitarme la ropa y dejaron mi cuerpo solo con las bragas. Se retiraban, me observaban como si fuera un jarrón y volvían a acercarse para tocar en uno u otro lado mientras decían qué faltaba o qué sobraba. No sé exactamente cuánto duró aquel espectáculo, pero sé que terminó cuando su amigo propuso llevarlo a otro nivel mientras se frotaba sus partes por encima del pantalón. Creo que debí alegrarme porque Santi tuviera esa posesión sobre sus cosas, y sobre mí. Aunque la alegría duró poco, el tiempo que tardó Santi en proponer que me usara como quisiera, pero que no me penetrara. Continuaron el juego de toqueteos mientras ya mi rostro se notaba rígido de las lágrimas secas y la furia contenida. Sin embargo, el llanto no tardó en volver. Su amigo sacó su miembro y empezó a masturbarse mientras seguía tocándome. «Va a ser un gustazo correrme encima de ti» decía. Pero de pronto algo pasó por la cabeza de Santi. De estar riéndose mientras su amigo hacía aquello pasó a levantarse y quitármelo de encima. «Vete», soltó en mi cara. Corrí a la habitación donde cogí algo de ropa y me encerré en el baño. Los oí discutir. No sé el tiempo que pasé allí metida, pero esperé un rato después de escuchar la puerta de casa cerrarse de un portazo. Después salí cautelosa para cerciorarme de que no merodeaban por allí. —Vicky levantó la mirada hasta Biel—. Lo demás ya lo sabes. Vagué unas cuantas calles... Hasta que te llamé.

Los brazos de Biel apretaron a Vicky en un intento de borrar todo aquello. Vicky dejaba caer sus lágrimas y Biel no hizo menos con las suyas. Nadie se merecía sufrir ese tipo de humillaciones, aunque tampoco entendía cómo alguien era capaz de provocarlas. Así, bien entrada la madrugada Vicky se quedó dormida entre los brazos de su amigo. Este no quiso despertarla y se acomodó como pudo para dormir a su lado. No quería abandonarla, no después de lo que le había contado.

El cansancio llegó más bien tarde para Biel, que no solo había comprendido mejor los miedos de ella, sino que además sentía mucho más amor después de saber que ella no le guardaba ningún secreto.

Moiré

(Sensación visual que se genera en la interferencia de dos rejillas de líneas)

El trato de Biel para con Vicky no se vio afectado por las confesiones tan duras que tuvieron lugar aquella noche de jueves, es más, puede que su amor por ella hubiera aumentado en la escala de los amores, si es que existía. Aunque todo hay que decirlo, la pena por su marcha seguía clavada en alguna parte de su corazón diciéndole que no podía hacer nada por evitarlo. Quizá comprendía un poco más sus retraimientos, aunque no los compartía.

La llegada de ella, días después, con el notario que la hizo propietaria del estudio empeoró la tristeza de Biel y cada pequeño paso que daba ella para marcharse se convertía en un duro golpe para él. Una caja empaquetada o una maleta preparada era una visión dolorosa que lo hacía sumirse más en sí mismo.

Vicky se paseaba nerviosa por cada rincón de la casa, andaba buscando pequeñas pertenencias que podía dejar olvidadas mientras hablaba con su tía, contándole que ya tenía vivienda propia y que podrían venir a visitarla cuando quisieran.

—Biel estará cerca, tía —dijo Vicky mirando al hombre que se erguía con toda su magnitud ante sus ojos. Ella retiró la vista ruborizada por las ideas que en su cabeza bullían solo con mirarlo.

Se había sentido amada por él y de qué manera... Recordaba las dos ocasiones en las que las manos de aquel rubio habían paseado por su piel, lo que le había hecho sentir, y el cariño que le demostró. Sin embargo, ella seguía pensando que todo aquello era por lo noble y bueno que era él, y sí, el cariño y pena que sentía hacia ella, pero también sabía que no era lo que él quería y Vicky creía tenerlo muy claro.

La conversación con su tía duró poco más. Acabó con una promesa de visita antes de la boda de su prima, idea ante la cual Vicky quedó encantada.

—Creo que no tengo mucho más por recoger —le dijo a Biel cuando terminó de hablar por teléfono.

—Probablemente aún huelo a pintura el estudio, sería mejor que... —Su intento de retrasar la partida de Vicky fue interrumpido por una risa de ella.

—No es motivo para quedarme más tiempo, Biel. Además, vamos a estar bien cerca... Y trabajamos juntos... Y están las sesiones a las que espero me sigas acompañando... —Vicky, sin saberlo, buscaba sus propios motivos para no separarse jamás de él, pero necesitaba este cambio, necesitaba verse sola para enfrentarse al mundo y a todos sus males.

—Vicky, yo... —Él intentó decir lo que sentía, pero nunca había podido decírselo a nadie, ni siquiera a su madre. Daba por hecho que sus actos demostraban lo suficiente para ahorrarse pasar por ese trago de confesarlo, y es que cada persona lleva su timidez como puede, y así la llevaba Biel, callada, sin confesiones de sentimientos o emociones, pero cargada de miradas, gestos y conductas que podían decir mucho para los que miraran más allá. Para todos, menos para Vicky que seguía ciega ante los reales sentimientos de él—. Simplemente no tienes que irte.

—Lo necesito. Además, vas a poder recuperar tu vida. —Biel negó con la cabeza. No era su vida lo que quería, no si ella no estaba incluida.

Ella fue a coger su maleta, la última que tenía que llevar al estudio, cuando Biel frenó su mano.

—Quédate —rogó levantando el dedo índice y poniéndolo sobre sus labios—. Quiero que pases la noche conmigo. No en mi casa, sino en mi cama. Quiero que si algún día me echas de menos sepas dónde regresar. —Dejó que el dedo se deslizara suave por sus labios.

Vicky cerró los ojos sintiendo que su cuerpo entero deseaba lo que Biel le pedía. Tras su dedo fueron sus labios, que tímidos, se acercaron poco a poco a los de ella para rozarlos con dulzura. Aquel beso fue

una declaración en toda regla, declaración que las pocas barreras de Vicky no dejaron pasar.

—Te prometo que... —intentó hablar ella que fue callada de nuevo por él, por sus besos.

El cuerpo de Biel fue pegándose más y más al de Vicky que se dejó llevar hasta chocar con la mesa del comedor. Para cuando Biel quitó su boca de los labios de ella, estaban inundando el espacio con respiraciones excitadas y pequeños gemidos. «Atrapada», fue la palabra que le cruzó a Vicky por la mente. No en el mal sentido de la misma, no como ella conocía el significado de ese vocablo, sino más bien como la encrucijada que se planteaba mientras se dejaba llevar. Temía que eso que él pedía solo le provocara más daño a ella. Biel en unos días se daría cuenta de que no estaba enamorado realmente, y ella, sin embargo, tardaría meses en sacarlo de su cabeza y años para sacarlo de su pecho.

—Biel, no puedo. —Él solo necesitó escuchar eso para separarse bruscamente. Agitada aún la respiración de ambos, se miraron fijamente durante unos segundos. Los ojos de ella seguían mostrando temor a lo que la vida de pareja le pudiera reparar, los de él, una pena inmensa por no ser capaz de hacer que se quedara.

Biel se retiró de su camino dejando un beso rápido pero sentido en sus labios. Se dirigió a su pequeño despacho donde un par de minutos más tarde escuchó el portazo que le indicaba que todo estaba perdido.

Balance de blancos

(Ajuste para equilibrar la temperatura de color de una escena)

Vicky consiguió instalar sus cosas en su nueva casa solo unos días después. Necesitó más tiempo en organizar su mente que las cosas materiales que la acompañaban. Claro que para eso contó con mucha ayuda. Lina y Martín fueron colaboradores para montar algunos muebles e incluso Amanda ayudaba con algunas de sus risas. Helena la ayudó con la elección de las cortinas y Ramón colgó los cuadros que ella iba indicando. Todo era preciso para no llamar a Biel, al que pensó que le vendría bien un tiempo a solas. Aunque se habían visto para cada una de las sesiones que habían sucedido desde entonces. En esas ocasiones Biel no podía ser sustituido, jamás, ella no lo consentiría a no ser que él se negara.

Él, por su parte, se centró en el trabajo de manera casi enfermiza. Las sesiones de fotos que compartía con Vicky eran las mejores, pero no terminaban con el horario laboral ya que él continuaba en su ordenador mejorando el brillo, la saturación o la nitidez de las fotos, y seguía observándola y amándola en su silencioso piso. Había salido una noche con Miguel y hablado con él del tema que lo estaba matando, que no era otro que Vicky, pero nadie le daba ningún apoyo. Todos veían la necesidad de ella de hacer frente a una nueva vida, todos menos él que veía positivo el cambio, aunque seguía sin entender porque lo excluía. Incluso su hermana le había recordado que Vicky no era una mujer común, no después de haber vivido lo que había vivido.

El tiempo hace y deshace a su antojo. Nadie puede evitarlo y correr en contra, por lo que poco a poco Biel se vio haciendo su vida como antes a excepción de la terapia con Vicky, tiempo que esperaba con impaciencia. Ella hizo frente a su independencia, a sus miedos, a sus pesadillas; echó de menos a Biel todos y cada uno de los días que iban pasando, pero se alegraba de ser capaz de poder con todo aquello que le iba viniendo.

—¿Crees de verdad que ya no es necesario? —Vicky seguía sin creer que Sonia la libraba de las sesiones grupales.

—Insisto. Estás más que preparada para comerte el mundo, y no te estoy privando de nuestras charlas. Esas serás tú la que tendrás que decidir cuándo terminan.

—No sé, Sonia... —Vicky seguía dudando de abandonar lo único que la unía a Biel. Realmente era para preocuparse. Sabía que el trabajo no era un lugar en el que estuvieran muy unidos, no podían hablar de sus cosas y siempre estaban rodeados de gente.

—Es normal que tengas miedo, pero no por contar tus vivencias en un grupo superas lo vivido. Son muchas más cosas las que han hecho que mejores. El grupo siempre estará ahí, pero tu vida también. — Sonia insistía en que Vicky podría soportar la vida con solo una sesión individual a la semana.

—Si tú crees que es lo mejor...

—Vicky, esto no es blanco o negro. Ya hemos hablado muchas veces que lo que un día son pasos hacia delante otro día lo son hacia atrás. Si en algún momento necesitaras volver, sabes que no habría problema —aclaró la psicóloga.

Vicky estaba encantada, pero solo muy en el fondo. Su cara de momento solo reflejaba lo incómoda que estaba, no por hacer frente al miedo, no por la nostalgia que podía sentir por sus compañeros de grupo que sabía que tarde o temprano cambiarían, sino por lo que suponía perder la única excusa que tenía para estar con Biel a solas.

Alicaída regresó a casa. Era tarde, no excesivamente, pero ya había anochecido. Caminando a paso ligero por las calles de su barrio que desembocaban en la plaza donde ahora residía, oyó risas de un grupo de personas que tomaban algo en el bar de la esquina. Sus ojos se dirigieron allí, deseando por un

momento tener un grupo de amigos con el que compartir esos momentos, y no quedó ahí su pensamiento porque se percató de que lo tenía. Siguió dándole vueltas y más vueltas hasta que pensó en lo bien que podía venir una pequeña fiesta en su nuevo piso. Sacó el móvil del bolso y con dedos ágiles montó un grupo nuevo de WhatsApp para unir en él a las personas que le habían ayudado tanto. Añadió, incluso, a Carolina, la cual seguía acordándose de ella y llamándola casi a diario.

Los mensajes en respuesta a su propuesta no se hicieron de rogar, aunque por mucho que miraba Biel no había contestado aún. Él pasaba sus ojos una y otra vez por las palabras de aquel mensaje:

Vicky.

<Por motivo de inauguración de mi nueva vivienda os invito este sábado a una copa. Hora: 20.00. No faltéis>.

—¡Eh! ¿Te pasa algo? —dijo Miguel a su lado en el gimnasio donde Biel había tenido plaza tiempo atrás y que ahora había recuperado.

—No, nada —contestó no sabiendo qué intenciones llevaban a todo aquello.

No se sentía capaz de ser amigo de Vicky en la distancia, de verla quizá algún día con otro hombre de la mano o, simplemente, que él no estuviera en su vida. Tenía una sensación en el pecho de que aquella fiesta podía suponer una despedida formal para ellos.

Aquella misma mañana, Sonia, le había informado de que sacaría a Vicky de la terapia de grupo. Noticia que tampoco había asimilado bien y que presintió que era el motivo principal de la celebración de su amiga. ¿Cómo podía celebrar que se alejaran un poco más? No entendía nada de aquello que estaba arrollando su vida.

—A mí no me engañas —insistió Miguel— y sabes que haría yo. Ya te lo he dejado claro.

—No puedo... No puedo decirle lo que siento, no me veo capaz. No lo he dicho nunca... Algo me lo impide. Además, ella no necesita ahora escucharlo. Soy consciente de que la independencia que está viviendo es necesaria para su recuperación.

—No puedo creer que nunca le hayas dicho a una mujer que la amas.

—Nunca he amado a ninguna, solo a Vicky. Y no apareció en mi vida hasta aquella madrugada.

—Ya sabes lo que opino de ella. Es una mujer increíble, pero te complicará la vida. Muchas cargas emocionales —aclaró Miguel que había tenido ocasión de rescatar a Vicky de su primer encuentro con Santi.

—No me importan sus cargas, sus pesadillas o lo que sea.

—¿Entonces?

—Es más complicado que eso. Ella... Creo que ella no quiere estar conmigo. —Los ojos de Biel se alejaron de la sala del gimnasio donde se encontraba. Viajaron por los recuerdos a todas las veces que los gestos de Vicky lo hacían verse fuera de su vida.

—Amigo, creo que hablo con seguridad si te digo que te equivocas. Ella... Te mira diferente, no sé cómo explicártelo. —Biel sonrió acordándose también de las palabras de su hermana.

—Sea como fuera se ha ido —afirmó Biel.

—Que deje de vivir contigo no significa que se vaya porque no le gustes o no esté enamorada. Yo en su lugar necesitaría reencontrarme. No la conozco bien, pero vi su miedo aquel día y con eso fue suficiente para saber que su vida ha sido complicada.

Biel prefirió guardar silencio de todo lo relativo a Vicky. Conocía muchos secretos de ella, incluso la agresión en forma de humillación a la que fue sometida en su última noche con Santi. No pudo ya en toda la tarde quitarse las palabras de su amigo. Nunca había pensado lo duro que podía ser para ella y nunca lo

sabría porque no podía ponerse en su piel, pero no veía lógico la opción de ella de alejarse como solución a sus problemas.

Se duchó en el gimnasio temiendo las agujetas que llegarían al día siguiente, se vistió y renunció a la cerveza que Miguel le ofreció dejando a su amigo con otros compañeros camino al bar. Sacó su teléfono del bolsillo y no dudó en contestar:

Biel.

<Cuenta conmigo>.

Y sin mucha demora recibió la respuesta:

Vicky.

<No pensaba no hacerlo>.

Cuando los invitados comenzaron a llegar, Vicky los recibía con una sonrisa sincera de agradecimiento y cariño. Biel se demoró más de lo preciso. Dada la cercanía tanto ella como muchos de sus amigos pensaron que sería el primero en llegar, pero no fue así. Vicky reducía su sonrisa planteándose que Biel había decidido no asistir, o que quizá tenía algo mejor que hacer. Lo que ella no imaginaba eran los nervios que aquel hombre sentía y que lo hacían dar vueltas del armario al espejo y del espejo al armario camisa tras camisa. Con nada se veía bien y no comprendía que no era lo que se pusiera, sino lo que llevaba por dentro. Nadie estaba preparado para anular de su vida lo mejor que había.

Una hora más tarde de la citada, Biel hizo su aparición para sorpresa de Vicky y calma de todos los demás que notaron como ella se había ido apagando poco a poco. Los ojos de Vicky se iluminaron solo con su presencia y, aunque tardaron en saludarse unos minutos, la tranquilidad la embargó.

—Siento llegar tarde —se disculpó cuando después de saludar a todos se acercó a la anfitriona.

—Lo impórtate es que estás aquí.

—No podía faltar. —La conversación entre ellos se hacía demasiado extraña, percibiéndose como la charla entre dos desconocidos—. Te ha quedado muy bien —añadió paseando sus ojos por la vivienda.

—¿Sí? ¿Tú crees?

—Yo lo veo genial y ya sabes que el ojo de un fotógrafo ve las cosas diferentes.

Ella lo agarró de la mano llevándolo a dar un pequeño paseo por su pequeño apartamento. Entrar en el baño fue una maravilla porque era enorme comparado con las dimensiones de todo lo demás, pero más se alegró cuando llegó al dormitorio principal y en lugar de una cama para dos, había una individual. Ella no pudo obviar cómo los ojos de él se fijaban en esa «rareza».

—Puse esa cama para aprovechar más el espacio. Es cama nido, pero no tengo intención de sacar la de abajo.

—Si es lo que necesitas ahora mismo, está genial. Así puedes venir a casa a dormir cuando necesites una cama grande —soltó él medio en broma medio en verdad. Ella le dio un manotazo en el brazo antes de poner dirección al salón con el resto de invitados.

Biel se demoró unos segundos más que invirtió en analizar cada aspecto decorativo de la estancia que recogería ahora los sueños y pesadillas de su Morena. No pudo sonreír más cuando vio una foto de los dos juntos en la cómoda, pegada a sus colonias y algún utensilio de maquillaje. Ese detalle le aseguraba que ella no se olvidaría tan pronto de él, al igual que él no lo haría de ella. Regresó junto al grupo y se

sintió más observado que nunca. Su hermana no le quitaba la mirada de encima y su madre no hacía nada diferente a Lina.

—¿Qué pasa? —preguntó Biel a su madre casi irritado por la actitud de ella.

—No puedes cagarla ahora —soltó Carolina con el desparpajo que la caracterizaba—. No te das cuenta, hijo. Ahora es cuando más necesita de ti.

—Lo dudo —declaró Biel llevando el vaso a sus labios y sus ojos a Vicky.

—Necesita espacio y tiempo. Y con tu estúpida actitud no se lo estás dando. —Carolina lo miraba indignada. No era tan complicado ver que la pobre chica quería ver de lo que era capaz por sí misma y que la conducta de su hijo solo la martirizaba en su intento.

—¿Qué más espacio quiere?! Se ha ido de mi casa, casi no nos vemos y salvo alguna llamada que le hago...

—¡Biel! —interrumpió su madre con un grito ahogado para no atraer la atención de todos los presentes.

—No es espacio «literalmente». Quiere vivir sola, enfrentarse al mundo y eso con el apoyo de todos y no con tu cara mustia porque se ha ido de tu casa.

Biel abrió los ojos a los pocos segundos de madurar esa idea. Pensó en lo que podía suponer para él intentar conseguir algo mientras una persona importante en su vida se dedicaba a pasear a su alrededor con el gesto descontento y mala actitud. Cambió su rostro, lo que creyó que podía modificar rápido, porque nada le aseguraba que pudiera guardar mucho tiempo las señales de su pecho y se prometió a sí mismo poner su mejor cara ante su Morena.

La fiesta terminó horas después. Vicky recogía tranquilamente alguna de las cosas que habían quedado por medio. Casi todos se habían marchado ya, solo Biel se resistía a hacerlo. Bueno, él, su hermana y Martín, aunque esperaba que estos últimos lo hicieran antes que él; no obstante, el hecho de que Amanda estuviera con los abuelos paternos apuntaba a que querrían fiesta.

—Lo has conseguido —susurró Biel a la espalda de Vicky que no pudo menos que asustarse por la sorpresa de no esperarlo tan cerca—. Lo siento —se disculpó él sonriendo al ver el leve temblor de ella por el susto.

—¿Qué he conseguido? —preguntó asegurándose que Lina y Martín seguían con sus carantoñas en el sofá.

—Vivir sin miedo —aseguró él cogiendo un par de vasos y echándolos a la bolsa que Vicky había cogido para ello.

—¿Quién te ha dicho que no tenga miedo? —confesó ella—. Todos los días me levanto pensando en lo que he pasado, en cómo he perdido esos años al lado de un hombre que sin estar a mi lado sigue gobernando mi vida.

—Eres tú quien manda ahora y lo sabes. —El intento de generar seguridad de Biel se esfumó con el resoplido de Vicky.

—No es fácil. ¿Y si vuelvo a cruzarme con él? ¿Y si descubre dónde vivo? ¿Y si se entera que estoy sola? —Las cuestiones que ella planteaba fueron abriendo miedos en Biel, pero ya tenía claro que apoyarla era lo que iba a hacer y no frenarla con más incertidumbres.

—Si cualquier cosa de esas pasara, yo estaré ahí. Nunca volverás a verte sola... Por mucho que intentes echarme de tu vida.

—¡Biel...! Yo no quiero echarte de mi vida —protestó ella.

—Lo sé —bajó la cabeza hasta fijarse en las puntas de sus zapatos—, igual no me he explicado bien, lo siento.

—¿No creer que nos decimos demasiadas veces «lo siento»? —dijo ella volviendo a mostrar sus

dientes.

—Tienes razón, será un vicio que deberemos superar.

Lina y Martín se levantaron interrumpiendo la conversación que podría seguir entre ellos durante toda una vida, pero el miedo de Biel a no saber cómo encauzarla hizo que se despidiera de ella junto a su hermana y su cuñado para marcharse con ellos, dejando a Vicky en su nuevo hogar y a los pies de su nueva vida.

Distorsión

(Deformaciones ópticas de la imagen causadas por el objetivo)

Vicky llegó al estudio acalorada. El sol ya se hacía notar hasta en horas tempranas, lo que supuso que el rojo de sus mejillas fuera más intenso que el habitual cuando cruzó la mirada con los ojos de Biel que, ya preparado cámara en mano, estudiaba la luz para las diferentes fotos. Se miraron un instante, pero él retiró sus ojos para poder tomarse el tiempo que necesitaba y cambiar su gesto en un intento de seguir apoyando a su Morena.

—Llego tarde —dijo ella a modo de saludo.

—No, aún no he terminado —contestó él disparando un par de fotos más.

Ella se dirigió a peluquería y maquillaje donde no tardaron más de veinte minutos en prepararla y acto seguido fue a vestuario a por el modelo que le tocaba lucir.

Llevaban un tiempo que solo se veían en las sesiones en las que coincidían, y aunque alguna llamada que otra se podían hacer durante la semana, las conversaciones entre ellos se habían enfriado bastante. Biel no encontraba consuelo cuando estaba a solas y ella tampoco, pero a ambos les costaba reconocer los sentimientos del otro. Él seguía pensando que ella no sentía nada por él, en cambio ella se cerró a la idea de que lo que motivaba a él a acercarse era la lástima, no un amor verdadero.

—Biel, me gustaría hablar contigo —pidió ella intentando alejarlo de los ayudantes que se removían por su alrededor.

—Dime. —Ella echó en falta un Morena, incluso ahora que le sonreía.

—Solo era por informarte, es que...

—¡Vamos a empezar! —gritó uno de los organizadores.

Ambos miraron en dirección a la voz. Volvieron a ocupar su lugar y dejaron la charla para más tarde. Biel comenzó su trabajo con más detalle que en otras ocasiones, ya que era ahora cuando obtenía los mejores momentos de Vicky. Atrás habían quedado las fotos robadas en su casa, las risas de Vicky en su sofá o su cara de vergüenza al encontrarlo saliendo del baño. No había nadie con quien almorzar los días que podía volver, ni nadie que lo hiciera dormir en el sofá donde había acabado cuando a las sábanas de su cama se le agotaron el olor a ella. Al menos allí podía imaginar que Vicky seguía ocupando su lecho, que nada había cambiado.

Tras unas horas de trabajo intenso se tomaron el primero de los descansos. La preocupación volvió a Vicky que no sabía de qué modo se tomaría él la noticia que iba a darle, y nerviosa, esperó a que Biel se acercara.

—He cogido el mes de agosto y parte de septiembre de vacaciones —dijo cuando él llegó frente a ella. Intentó hacer algo con sus manos hasta que él viendo los nervios se las atrapó—. Me voy a Sevilla —escupió viendo como la cara de Biel se transformó en el momento que asimiló la noticia. Soltó las manos de ella como si quemaran—. No..., solo por las vacaciones —aclaró ella. Aunque consiguió que Biel relajara un poco su cejo, no lo logró del todo, ya que para él suponía demasiado tiempo sin ella.

—Puedes hacer lo que quieras, eres libre —susurró apenado y fingiendo que no le molestaba.

—Ya, pero quería que lo supieras. ¿Dónde irás en tus vacaciones? —preguntó para demostrarse a sí misma que él tendría sus planes.

—Todavía no lo sé. Esperaba que... —Biel frenó su lengua. No podía hacerla sentir culpable—. Nada, esperaba que Miguel me acompañara a la sierra, para hacer fotos, ya sabes. —Llevó su mano a la nuca haciendo el gesto de rascarse para así poder quitar los ojos de su perspectiva.

—Eso estaría bien. —El silencio se hizo entre ellos—, Podrías...

—Cuidaré de tu casa —se pisaron al hablar. Sin embargo, la invitación que Vicky pensaba hacerle para que la visitara durante ese tiempo se quedó sin pronunciar.

—Eso era lo que iba a pedirte —mintió. Las palabras de su amigo le habían dado a entender que no tenía intención de ir a Sevilla.

—Vete tranquila.

Volvieron a ser interrumpidos, pero esta vez por una chica de la organización que se aproximó a Biel pidiendo que la acercara a su casa al terminar la sesión. Él no se negó y no lo hizo porque su mente no le dio tregua con la idea de no ver a Vicky durante tanto tiempo. Así que se vio asintiendo en silencio con los ojos clavados en su Morena que no sabía dónde enterrar la cabeza para no tener que presenciar lo que tenía ahora más claro. No estaba enamorado de ella.

Biel regresó a casa después de terminar en el trabajo, pero no se libró de llevar a Lorena en su coche. La chica no dejaba de hablar. Desde el estudio hasta el aparcamiento fue contándole los últimos acontecimientos del mundo de la moda, del que era una apasionada, aunque no era modelo y, una vez en el asiento del copiloto, intentó que Biel interviniera, pero por mucho que lo motivó él seguía absorto en sus ideas. Al final se cansó de que solo contestara con monosílabos así que se silenció unos minutos hasta que llegaron a su calle.

—Gracias por traerme —le dijo Lorena al llegar—. ¿Te gustaría tomar algo? —añadió en un último intento de que Biel se fijara en ella.

—Lorena, hoy no es un buen día para mí —se sinceró.

—¡Oh! Quizá en otra ocasión.

—Sí, en otra ocasión.

—No puedes estar así todo el verano —escupió literalmente Miguel mientras corría en la cinta junto a Biel, que lo hacía en otra justo a su lado—. No habrá quién te aguante.

Biel refunfuñó. No era capaz de soltar nada por miedo a no poder parar. Aunque en el fondo necesitaba desahogarse, pero no con Miguel, sino con la carrera y las máquinas que usaría después.

—¿No vas a llevarla? —siguió indagando su amigo.

—No puedo —masculló. Entre línea de aquellas dos palabras se podía apreciar su mal humor—. Si voy a llevarla —continuó bajando el ritmo de su cinta —estoy seguro de que diré o haré algo que no será adecuado y la cagaré.

—Mientras no sea ilegal y tenga que arrestarte...

—Muy gracioso, Miguel.

—En serio, yo iría a la estación con ella, le demostraría que apoyo su decisión y le desearía que lo pasase bien. Eso sí, dos días después me presentaría en Sevilla.

—No puedo hacer eso. No me ha invitado, ni a ir con ella ni a visitarla. —Bajó de la cinta para tomar una toalla con la que secarse el sudor.

Miguel se percató entonces de cómo su amigo era observado por algunas chicas del gimnasio animándose a sí mismo y a él para hablar con ellas. Por supuesto que Biel fue a regañadientes porque Miguel no aceptaba su negativa. Así fue como se vio tomando unas copas después del gimnasio con un grupo de chicas y su amigo, mientras imaginaba cómo Vicky llegaba a la estación y montaba en el AVE dirección a Sevilla. Dos cervezas más tarde y con la unión al grupo de otro compañero de gimnasio, Biel decidió irse porque sabía de sobra que no era una buena compañía.

Un mes más tarde Vicky jugaba con su teléfono desde la habitación de su prima Rocío. Lo pasaba de una mano a otra para ver si tenía el valor suficiente de llamar a Biel para que fuera su acompañante en la boda que se celebraba ese mismo fin de semana.

—¡Llama ya! —insistió Rocío desesperada por la actitud de su prima.

—No puedo. ¿Cómo voy a pedirle después de tanto tiempo separados que venga a Sevilla para acompañarme a tu boda? En todo este mes hemos compartido solo un par de mensajes. Ni siquiera me ha llamado.

—Ni tú a él —apuntó Rocío.

—¿Cómo quieres que lo llame? No soy capaz de hacerlo. Eso sería como volver a meterme en su vida y no tengo claro que él me quiera en ella.

—Pues yo creo que te equivocas. Con todo lo que has contado me lo imagino esperando al lado del teléfono a tener noticias tuyas —dijo su prima intentando animarla.

—Lo más seguro es que este tiempo le haya servido para volver a retomar su vida. Y eso no me incluye en ella. Carolina me ha contado que ha salido algunas noches y que no deja de trabajar. Definitivamente, no voy a llamarlo. —Había tomado la decisión y por mucho que a su prima le pareciera que lo había hecho muy a la ligera, los miedos que la recorrían estaban por dentro, recordándole que Biel estaba mejor sin ella, sin sus traumas, sin nadie que le destrozara la vida con sus miserias.

—Prima, tú puedes hacer lo que quieras, pero déjame decirte que te estás equivocando.

Vicky observó como Rocío abandonaba la habitación. Todavía con el móvil en la mano colocó el dedo en el botón de llamar. Su agenda no era muy amplia por lo que era fácil dar con el número de Biel. Marcó decidida, carraspeando para suavizar su garganta y recordando todo lo que había pensado decirle, pero no tuvo la oportunidad porque tras muchos tonos, el teléfono le pasó con el buzón de voz y colgó.

Biel desesperado buscaba su móvil por todas partes. Vaciaba una a una las bolsas de las cámaras de fotos donde podría haberlo guardado por descuido, pero no daba con él. Revisaba sus bolsillos y nada, hasta que recordó que lo sacó de su vaquero cuando se agachó para cambiar la perspectiva de uno de los disparos. Fue mentalmente a aquel momento y vio su mano colocar el teléfono en una repisa del viejo edificio. No le quedaba más remedio que volver a por él y más teniendo a su Morena tan lejos de allí.

Regresó a la nave en la que había estado trabajando, pero la encontró cerrada. Paseó por la zona a la espera de poder encontrar a algún vigilante que pudiera echarle una mano. Sin embargo, no tuvo suerte. Se desesperó, se enfadó y se hundió un poco más por su torpeza, en aquel preciso momento se hubiera dado un par de patadas en el culo.

Vicky volvió a llamar, no una, ni dos, sino tres veces más y seguía sin tener respuesta. Decepcionada, se sentó en la cama de Rocío hasta que se recordó que era lo mejor para él.

Sensor

(Elemento que captura la información que compone la imagen)

La boda de Rocío se celebró ese mismo domingo. Solo dos días después del intento de Vicky por contactar con Biel sin éxito ninguno. Acudió a la ceremonia sola, pero no estaba triste por eso, su tristeza era por la confirmación de lo que ya sabía y que ahora le tocaba asimilar, muy a su pesar.

No tardó en regresar a Madrid tras la fiesta. Aquel mismo lunes por la tarde estaba despidiéndose de su familia para volver a su nuevo piso, a su recuperado trabajo y a su nueva vida. Había quedado con Helena el día anterior, justo en pleno convite. La recogería en la estación e iría a tomar una copa con su amiga que, al igual que ella, acababa de regresar de las vacaciones. Pensó, justo antes de subir al tren, en lo triste que había sido su viaje a Sevilla sin una despedida en condiciones por parte de Biel, y en lo doblemente triste que era su regreso sin que él fuera a recibirla. Aunque volvió a repetirse que era mucho mejor así, intentando convencerse de lo que había dado por hecho.

Helena marcaba rápidamente las teclas de su móvil dejando el aviso a Biel de que se iba a recoger a Vicky. Él le devolvió un gracias y sintió cómo los nervios subían por sus piernas, cómo le costó respirar y, ante todo, las ganas que tenía de verla. No dejaba de culparse por aquella pérdida del teléfono. Cuando lo recuperó y vio las llamadas perdidas de ella se quiso morir. Sabía el motivo de las mismas, la boda. Ella había dado el paso que él esperaba y no estuvo ahí para corresponderla, desde ese momento estuvo martirizándose por ello. Había intentado llamarla, pero parecía no tener conectado el móvil por lo que no pudo hablar con ella. No fue hasta ese mismo día por la mañana que consiguió el dichoso aparato y ahora lo miraba culpándolo de su desdicha.

Se cercioró de que todo estaba como debía. Revisó con la vista las bebidas, los canapés fríos que estaban preparados en pequeñas bandejas, y el enorme globo que le daba la bienvenida. Mientras paseaba su mirada por todos esos detalles se encontró los ojos de su madre que sonreían al igual que sus labios.

—Te noto nervioso —dijo a su hijo frotándole la espalda con cariño.

—Espero que esto salga bien —susurró él no muy convencido.

—Seguro que sí. Ya verás.

Una hora más tarde recibía el segundo mensaje de Helena, un escueto «llegando» que le removió todo lo que tenía en el estómago, o sea, nada, porque no había sido capaz ese día ni de comer. Lina solo tuvo que darse cuenta de la manera en que miró el teléfono para saber que Vicky estaba por cruzar la puerta de su casa, lugar en el que estaban todos para recibirla como se merecía. Los presentes sabían que la idea de Biel de la fiesta de bienvenida se había convertido en una excusa para verla y, no solo eso, sino que añadían como motivo: el no dejarla escapar.

La voz de Helena se hizo notar incluso desde la plaza. Todas las luces estaban apagadas pero el balcón lo habían abierto con idea de poder ventilar y no morir de calor. Amanda empezó a sollozar en los brazos de Martín al verse rodeada de tanta oscuridad. La pequeña no entendía nada de lo que estaba pasando y se preocuparon de que sus pequeños quejidos estropearan la sorpresa. Biel vio ahí la oportunidad de respirar unos segundos. Cogió a la pequeña de los brazos de su padre y se largó al balcón, sabiendo ya de antemano que Helena y Vicky no podrían verlo.

—¡¡Sorpresa!! —dijeron todos al unísono cuando la puerta se abrió y Vicky apareció tirando de su enorme maleta.

La sonrisa de la muchacha se hizo tan grande que hasta los ojos se le llenaron de lágrimas, y en esta ocasión fueron de felicidad. Descubrió que su nueva vida estaba cargada de amigos que no la olvidaban por mucho tiempo que pasara fuera. Saludó y abrazó con ganas a cada uno de los asistentes, pero pronto

se entristeció al ver que Biel no andaba por allí y, ni su apartamento era tan grande como para perderse, ni Biel tan bajito como para no ser visto. Los últimos besos los dio achicando su alegría, pero los ojos de Lina le dijeron que lo mejor estaba en el balcón. Retiró las cortinas y encontró a Biel con Amanda en sus brazos. La pequeña seguía sin estar del todo conforme y mucho menos después del grito de «¡sorpresa!» que le habían dado a Vicky.

A pesar de que la pequeña era un encanto, los ojos de la muchacha se fueron directos a los del hombre que la tenía en brazos intentando, sin éxito, calmarla, y ni decir que él hizo exactamente lo mismo. Los brazos de Lina aparecieron para quitar a Amanda de la carga que ya su hermano tenía encima. Aquel encuentro era demasiado intenso para los dos.

—Hola —susurró Biel levantando un poco su mano. Temía acercarse a ella, temía que ella se alejara solo por eso, y temía, como siempre, meter la pata con algún comentario o gesto.

—Hola —contestó ella.

Como si las cortinas que separaban el salón del pequeño balcón fueran un enorme tabique, los dos se sintieron solos con el gentío que tenían detrás. El ruido de las copas y risas llegaban hasta ellos, aunque ninguno los oía.

—Te llamé —dijo Vicky no queriendo sonar rencorosa.

—Si te contara donde estaba el móvil, no me creerías. Hasta esta mañana no he podido recuperarlo, luego cargarlo y luego... Tenías el tuyo apagado.

—No te preocupes. Solo te llamé por si no tenías planes y querías venir conmigo a la boda, pero no estabas obligado.

Se callaron, el silencio entre ellos era aprovechado para fijarse el uno en el otro con mirada analítica. Los gestos, los movimientos involuntarios, todo valía para saber cómo entenderse mejor.

—Quería ir. Tu tía me invitó. Habré quedado como un capullo —rebufó tras su comentario.

—No, por Dios, no. No te preocupes por eso.

—Te he fallado —aclaró sabiendo que estaba dolida. No fijaba mucho tiempo su mirada, y todavía no lo había saludado con un abrazo como a todos los demás. La situación se ponía complicada para él.

—No te preocupes. No soy tu responsabilidad.

—Espero que no te haya molestado la fiesta —dijo señalando con la mano el interior de la vivienda—, sino la habré cagado dos veces seguidas.

—¿Ha sido idea tuya? —preguntó sorprendida.

—Soy el único con un juego de llaves, ¿no?

—Lo apuntaré, para la próxima se las dejaré a tu madre.

—Eso espero. —Las palabras de Biel impactaron a Vicky que no entendía aquella contestación—. ¿Vamos a tomar algo? —El cambio de tema y su entrada en el salón dejaron a Vicky más estupefacta aún, pero lo siguió al interior sin protestar, o más bien, sin saber qué contestar. Biel necesitaba salir de aquel encuentro que se complicaba por momentos. No sabía cómo decirle lo que se suponía tenía que soltarle, pero, por otra parte, estaba deseando que eso pasara, que ella tomara la decisión de estar o no en su vida, aclarar por fin si había llegado el momento en el que ella tuviera el valor suficiente de dejarlo entrar en la suya... En fin, solucionar sus respectivas vidas.

La primera copa de vino Biel la tomó sin respirar, necesitaba un poco desinhibirse y lo sabía él y todos los presentes, aunque eran pocos, concretamente su madre y su hermana, las que sabían a qué se debía aquella fiesta de bienvenida y todo lo que se había molestado Biel en montar, el resto solo lo intuía.

Risas y anécdotas llenaron el par de horas que tardaron en empezar a desaparecer los invitados. Todos se excusaban y prometían a Vicky regresar al día siguiente a recoger, cosa que le sorprendió conociendo a sus amigos que no dejaron casi nada por medio en la fiesta anterior. Cuando vinieron a darse cuenta los

dos protagonistas de aquella noche estaban solos, recogiendo cada uno por su lado, en un completo silencio que ninguno se atrevía a romper.

—Biel... —dijo Vicky sin mirarlo.

—Dame un segundo —soltó él cogiendo la botella de licor de almendras y dándole un sorbo directamente de la boquilla. Vicky no entendía nada. Desde que había llegado tenía la sensación de no conocer a ese hombre que estaba descubriendo en aquella fiesta sorpresa—. Ahora. Tengo que hablar contigo. —Las palabras salieron de la boca de él como si todavía siguiera ensayándolo frente al espejo. Nunca le había afectado tanto la timidez como lo hacía con ella.

—Biel, ¿estás bien? —preguntó Vicky incrédula.

—Te quiero —confesó por fin. Y lo dijo mirándola a los ojos sin plantearse demasiado si era por donde tenía que empezar su discurso o si, por el contrario, aquello la asustaría y serían las últimas palabras que se dirían.

—¿Qué?! —Ella no paraba de abrir y cerrar la boca sin decir nada.

—Que te quiero.

—Oh, Biel, yo también te quiero y te he echado de menos... —Su lenguaje no verbal indicaba a Biel que no entendía la profundidad de su declaración. Retiró sus ojos hasta el suelo, inspiró hondo y soltó el aire con fuerza.

—No, Vicky —interrumpió él—. No te quiero como Lina o mi madre pueden quererte. Yo... Estoy enamorado de ti, te quiero en mi vida, en mi cama, en mi sofá. Te quiero todos los días en el desayuno, en la comida y en la cena. Te quiero riéndote y llorando, incluso enfadada. Te quiero desde hace tantos años que me he hecho mayor queriéndote.

—Biel, no sabes lo que dices. No soy una buena pareja. —Ella intentaba quitarle de la cabeza esa idea porque seguía creyendo que su vida estaba tan magullada que no la soportaría.

—Eres la pareja ideal, mi pareja ideal. ¿Por qué te niegas a verlo?

—Porque no es lo que quieres.

—¿Qué sabes tú lo que quiero?! —exclamó él arrugando su frente, ofuscado y confuso.

—No puedo destrozarte la vida, no lo entiendes.

—No, no te entiendo a ti. No te pido que me quieras a la fuerza, no es tan complicado. ¿Sientes algo por mí? Di sí. ¿No sientes nada? Di no.

—No es tan fácil... —se silenció unos segundos. Ella vio el miedo en el rostro de él, y Biel sintió que igual estaba equivocado... Él, su madre y su hermana que lo animaron a dar este paso—. Es sí, pero no puedo llenar tu vida de tantas desgracias. No quiero que dentro de unos años me eches en cara mis pesadillas, o mis miedos si vuelven a surgir, y no sabemos si puede pasar, ni cuándo lo hará. No quiero estropear tu vida tanto como lo está la mía.

—Por favor, Vicky... —Biel la miró suplicante—. Te amo, déjame amarte, déjanos amarnos. —Se acercó a ella tanto que notaba el calor de su aliento en su piel. Él agarró su cintura, respiró el olor que solo ella tenía, ese aroma a paz que conseguía envolverlo. Se esforzó por no devorarla en ese mismo instante. Llevó su boca al oído de Vicky—. Destrózame la vida —susurró llenando con esas palabras los ojos de ella de lágrimas, pero de unas lágrimas que se saboreaban dulces.

Biel se atrevió a llevar sus manos a la cara de ella, así, con el rostro de su Morena delante, expectante, llevó su boca a la de ella, pero no la besó.

—Solo tenemos que amarnos —murmuró antes de pasear sus labios por encima de los de Vicky mientras la empujaba con su cuerpo hacia la pequeña cama que esa noche pretendía compartir.

Ella tomó la iniciativa entre la humedad de sus lágrimas y la de su lengua que salió a recibir las caricias de Biel. Todos los miedos de ella y el temor de él volaron alrededor de la pareja, y ambos sabían

que seguirían ahí durante mucho tiempo, acechando cada noche, cada momento.

—Acabaré destrozándote la vida —murmuró ella entre besos y lágrimas.

—Eso espero —fue la respuesta de Biel mientras la tumbaba sobre la colcha para amarla como se merecía.

Epílogo

Cinco años más tarde...

—Tengo que irme —dijo Biel a Vicky que seguía en la cocina preparándose un café.

—¿A qué hora terminas? —Quiso saber ella.

—Todavía no lo sé. Te mando un mensaje y te informo —sus palabras llegaron entre los besos que se daban y de los que no se cansaban a pesar de los años.

—¿Seguro que no quieres que te acerque? —insistió ella que se quedaría ese día el coche de Biel para hacer unos recados.

Plantearse la compra de otro vehículo era impensable tras los gastos de la reforma a la que el piso de ella junto con el de al lado, que compró Biel, había supuesto. Durante un tiempo fueron unos simples vecinos, pero aquello duró más bien poco. No podían pasar una noche separados por mucho que lo intentaron con la idea de no correr en su relación, de que ella fuera poco a poco. Sin embargo, siempre había una excusa para llamar a la puerta del otro, un «necesito», un beso de despedida que se prolongaba hasta bien entrada la noche, o un «ya quédate». Tanto fue así, que un día la cama nido de Vicky se abrió y no volvió a cerrarse.

—Seguro —confirmó sin querer despegarse de la Vicky en pijama y con pelo revuelto que tenía delante.

—Está bien, no insisto.

Un último beso y el «te amo» pronunciado sin voz fue la despedida de aquella mañana, que al igual que muchas otras no podía ser mejor.

—¿Estás seguro de que no puedes venir? —preguntaba una de las modelos que había terminado de cambiarse para ir a comer.

—Muy seguro —confirmó Biel mientras recogía alguna de las cámaras que había utilizado en ese evento de moda. Tenían muchas cosas que hacer Vicky y él como para entretenerse en comidas.

Había grupos de personas repartidos por todas partes. Era lo que tenía esos pequeños desfiles que concentraban personal de todos los gremios: modelos, diseñadores, marcas, fotógrafos y encargados de organización por todos lados. Biel seguía a lo suyo con la compañía de aquella chica que seguía sin creer que ese hombre no cayera en sus redes.

—Anda vamos —dijo una compañera al llegar a su altura e imaginando la escena—. Este ya está cogido.

Biel sonrió viendo como se marchaban. Siguió enrollando cables junto con un par de ayudantes que llamaba para ocasiones más especiales. Una mano en su hombro lo hizo volverse.

—Biel, me gustaría presentarte a alguien. —El empresario que tenía ante él se tensó al ver cómo los ojos de Biel se llenaron de furia.

—Ya nos conocemos —se atrevió a decir Santi sin intentar estrechar su mano.

La rabia iba creciendo en Biel quien se intentaba calmar recordando lo bueno que de ese capullo había salido, es decir, su relación actual. Sin embargo, la mirada de suficiencia de Santi, junto a los recuerdos de algunas noches de pesadilla de su Morena y la imagen del último suceso que Vicky había vivido con aquel tipo, y que se había convertido en su propio mal sueño, lo llevaron a agarrarlo por las solapas de la

chaqueta con la que se contoneaba en sus narices.

—¡Suéltalo! —pidió el empresario que había agarrado una de las muñecas de Biel—. No sé qué pasa entre vosotros, pero no es el sitio adecuado para solucionarlo.

Santi creía que iba a salirse con la suya, pero Biel lo encaró más de cerca, poniendo en evidencia los centímetros que le sacaba.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Santi con cierta chulería.

Aunque ninguno de los presentes lo oyeron, los oídos de Biel se habían hecho al sonido de la voz de su pequeña Victoria que, con solo tres años y medio, había desarrollado la capacidad de tener a su padre a sus pies.

—¡Papá! —volvió a gritar la pequeña que corría hacia él seguida de su madre que se paralizó al ver la escena.

Biel soltó rápidamente a Santi alzando a su pequeña en sus brazos. Quería evitar que Vicky tuviera que enfrentarse a esta situación, la cual, por otra parte, habían hablado en contadas ocasiones que podía ser posible dado que compartían mundo laboral. Sin embargo, se dio cuenta de que ella no lo asimilaba muy bien. Sus ojos se habían abierto sorprendidos y su mirada mostraba asco, algo en lo que se convertía el miedo cuando tu vida mejoraba.

—¿Has enviado eso? —preguntó Biel cuando Vicky y él acortaron la distancia tratando de atraer la atención de su Morena para así desviarla de aquel tipo, que no quitaba ojo a la escena que tenía delante. Ella asintió retirando sus ojos de Santi y centrándolos en el hombre que realmente merecía la pena.

Estaban rodeados de más trabajadores que iban y venían desmontando la pasarela y las sillas que la rodeaban. Aunque no era ese el mayor motivo para mantener la compostura, sino la pequeña Victoria.

Sentían la mirada penetrante de Santi que no pretendía más que intimidar, pero Biel sabía que no podían dejarse amilanar, no lo iba a consentir.

—Recuerda, Morena. Te dije que un día le daría con tu felicidad en la cara.

Vicky apretó sus labios hasta que los soltó en una sonrisa. Biel levantó a su pequeña en sus brazos haciéndole una carantoña tras la cual la dejó en el suelo. Se acercó de nuevo a donde Santi y el empresario se encontraban, cogió la bolsa que contenía su equipo colgándosela al hombro.

—Hablamos en otra ocasión —soltó con los ojos en el hombre que había traído a Santi hasta él.

Regresó sobre sus pasos, alzó de nuevo a su pequeña en brazos y agarró a Vicky por la cintura poniendo dirección a la salida mientras los tres sonreían.

A muchos kilómetros de allí, un par de días después, Amparo entraba en casa temblando por los nervios y gritando:

—¡Vicente! ¡Vicente!

Su marido apareció bajando las escaleras con parsimonia, pero aligeró el paso cuando vio los aspavientos que su mujer hacía con una carta en la mano. Se temió lo peor, una multa o cualquier reclamación de hacienda que les trajera una mala noticia.

—¡Por fin! Por fin, Vicente.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó a punto de sufrir un amago de infarto.

—Vicky... Vicky se nos casa.

AGRADECIMIENTOS

Voy a comenzar dando las gracias a todas aquellas personas que no existen. A los protagonistas de esta historia, a Vicky que me ha enseñado que de lo malo se puede salir; a Biel que ha sido mi inspiración real para toda la historia porque ese personaje llevaba tiempo rondando por mi cabeza; y a Santi que, aunque sé que no existe, también soy consciente que muchas mujeres, por desgracia, lo tienen a su lado.

A mi familia en esta ocasión incluso a mi hija que se sentó conmigo en los inicios de la investigación del maltrato emocional. Espero que todo aquello que leímos juntas empiece a forjar lo que no debe buscar en una relación. A mi pareja, por ser todo lo contrario que Santi y preocuparse tanto de que sonría todos los días. A mis padres, y especialmente a mi madre que espera ansiosa esta novela. A mi cuñada que hizo el intento de leerla en sus comienzos y que ni siquiera sé si algún día lo hará, pero sus ideas también fueron recogidas.

No voy a olvidarme de todas mis lectoras pero a las que aprecio y adoro. @librossinmiedo por estar siempre dispuesta a leerme y no negarse nunca a que descoloque su rutina con una lectura que no esperaba; además de porque ha sabido sacarle jugo a la misma. @aredboots por haberse atrevido con esta dura historia sin apenas conocerme como escritora y sabiendo que podía esperar cualquier cosa. A Nina Vera que se atreve con todo y por todo y que sabe sacar punta de todo lo que lee, mil gracias. Y a Sonia R. Salvante, no solo por leerla en plena creación de su *Vencer al miedo. Jaque mate*, sino porque además me permitió utilizar el fragmento de su obra, me dio sus consejos de gramática más avanzada y por el cariño que me despierta hasta sus críticas constructivas, porque en este mundo de letras solitarias que es la vida de un escritor, está gente como ella, como todas ellas. GRACIAS.

Otras obras de la autora

Entre tú y el dinero (biología).
Siempre tú (biología).
Con otra piel.
Hazlo, pero conmigo.
Cómo hablar de sexo. Del qué al cómo.
Autor novato. Autor sensato.

